

ABIGAELE BOHÓRQUEZ

# LAS AMARRAS TERRESTRES

## ANTOLOGÍA POÉTICA (1957-1995)



MOLINOS  
DE VIENTO

No. 131  
SERIE • POESÍA



## LAS AMARRAS TERRESTRES



ABIGAEI BOHÓRQUEZ

**LAS AMARRAS TERRESTRES**  
ANTOLOGÍA POÉTICA  
(1957-1995)

Nota, selección y prólogo:  
Dionicio Morales



**MOLINOS  
DE VIENTO**

No. 131  
COLECCIÓN  
MOLINOS DE VIENTO  
SERIE • POESÍA



Casa abierta al tiempo

# UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

*Rector general*

José Luis Gázquez Mateos

*Secretario general*

Edmundo Jacobo Molina

*Jefe del Departamento Editorial*

Gilberto Alvide

© Abigael Bohórquez

© Dionicio Morales, por la nota, selección y prólogo

© Universidad Autónoma Metropolitana

Reservados todos los derechos, 2000


ISBN 970-654-261-2

Medellín 28, Colonia Roma, 06700, México, D.F.

Teléfono: 511-61-92

Fax: 511-07-17

editor@correo.uam.mx

 Impreso y hecho en México / *Printed and bound in México*

**A la memoria de doña Sofía Bojórquez García**





## NOTA

En 1995 la Universidad de Sonora —a iniciativa de la maestra Mónica Luna— le organizó a su poeta por excelencia, Abigael Bohórquez, un homenaje. A sugerencia del ilustre sonorense fui invitado a participar. Dentro del festejo se daría a conocer una serie de apoyos personales e institucionales para que la Universidad otorgara una beca vitalicia al artista que puso muy en alto el nombre de la tierra que lo vio nacer. Me uní a la realización de este merecido proyecto y con una carta recabé la firma, la solidaridad, de escritores y artistas que admiran y respetan el trabajo poético de Bohórquez, misma que leí en esa fecha.

Aproveché la oportunidad para preguntarle a Abigael si me autorizaba la publicación de una antología poética suya seleccionada y prologada por mí. Me contestó que sí. De regreso a la ciudad de México visité en sus oficinas al amigo y Director de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma Metropolitana, Bernardo Ruiz, y le hice la solicitud formal. Él aprobó de inmediato el proyecto para someterlo al Consejo Editorial, sabedor de que la poesía de Abigael Bohórquez ha sido publicada a salto de mata, costeadada con su salario, bastante escaso por cierto, y distribuida sólo entre sus amistades; algunos llegaban a la crítica pero siempre se impuso un aterrador silencio. Al mes y medio de su homenaje me avisaron de Hermosillo que Abigael Bohórquez había fallecido de un paro cardíaco. No podía creerlo. No lo creo todavía. En un cambio de funcionarios culturales en la UAM en 1998 el libro quedó en suspenso hasta que este año se reanudó el proceso de edición.

La antología —me duele saber que Bohórquez ya no la verá— aquí está. Elegí el título de *Las amarras terrestres* porque así se llama uno de sus libros predilectos y, además, porque me parece que estas palabras encierran la verdad de su extraordinaria vida y poesía. Este libro se abre con *Fe de bautismo* (1960) y se cierra con *Poesida* (1995). Si nos atenemos a la fecha de la publicación de sus primeros poemas (1957), esta selección abarca casi cuarenta años de creación. En total se incluye material de doce libros publicados y, a pedido de su autor, dejo fuera sus poemas iniciales reunidos en la plaqueta *Ensayos poéticos* (1955).

Algunos lectores se preguntarán por qué una antología tan vasta. Puedo mencionarles dos razones: Una: Es la primera ocasión que tienen entre sus manos la obra reunida de un poeta importante, casi desconocido en el ámbito de nuestras letras y por eso era necesario caer en el “exceso”; Dos: Su poesía lo amerita.]

D.M.

## LAS AMARRAS TERRESTRES DE ABIGAELE BOHÓRQUEZ

### 1

En pleno desierto le nació el poeta a Sonora y, paradójicamente, desde la aparición de la poesía de Abigael Bohórquez (Caborca, 1936) a finales de los años 50 en periódicos locales, se convirtió en un oasis, en un lago que todavía baña no sólo sus tierras sino también territorios aledaños. Carlos Pellicer, el gran poeta nacido en Tabasco, declaró en una entrevista: "Bohórquez es el primer poeta importante que da el Norte... México tiene en este joven a un poeta extraordinario". Hijo natural de doña Sofía Bojórquez García, "mi madre me parió frente a todos a palos", en "un pueblo lleno de saliva", como él mismo decía por aquello de las habladurías, creció rodeado de mujeres pero a la vez muy solitario. De pequeño encontró en los libros, en la poesía, el mundo desconocido y soñado que llenó de savia su imaginación y cultivó su espíritu hasta el final de sus días (Hermosillo, 1995).

Desde sus inicios Abigael Bohórquez asombró, con su lirismo torrencial y sus imágenes desmedidas, audaces, a los lectores enterados. Sí, Abigael pertenece a esa estirpe de poetas caudalosos para los que no existe un dique capaz de contenerlos, como Federico García Lorca o Pablo Neruda o Walt Whitman. Algunos piensan que debe llamársele "facilidad poética", pero no estoy de acuerdo.

Me inclino más porque esta manifestación sea un signo especial de nacencia, un frágil y equilibrado regalo de Dios en el que la madre tierra volcó parte de su prodigiosa naturaleza para compensarlo —quizá— de otras carencias terrenales. La mayor parte de sus primeras manifestaciones poéticas son el espejo de su cercana realidad, es cierto, pero en su expresión se adivina ya al poeta tocado por la gracia, como dice Octavio Paz de Carlos Pellicer. Bohórquez vivió una vida “a toda madre”, generosa e intensa. En sus años de vida regó en la tierra que pisaba el amor, desprendiéndose hasta de sí mismo para reconfortar a los demás, pero se debe señalar que ese dulce desgarramiento que en unos llega a ser antesala o sinónimo de la palabra muerte, en él templó su carácter y aligeró su vuelo.

A través de la poesía recorreremos su camino y en cada libro se va cumpliendo, como en un círculo sellado, su biografía. Pero no está de más recordar que Abigael Bohórquez, aparte de ser un poeta —en el sentido más amplio y estricto de la palabra— trascendental, moderno, original, rompehuevos, en el panorama de la poesía hispanoamericana de nuestro tiempo, realizó una labor de indudable mérito como promotor de la cultura. Los artistas y escritores que ahora están en plena madurez no olvidan su paso por el OPIC (Organismo de Promoción Internacional de Cultura) dirigido por el Lic. Miguel Alvarez Acosta y dependiente de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Durante años convirtió la Sala de Arte y el Departamento de Literatura de ese Organismo en los medios idóneos de comunicación con los artistas de otras latitudes a través de conferencias, lecturas, mesas redondas,

exposiciones de pintura, obras de teatro, cine, folklore, revista, gaceta. Este espacio, situado en la Av. Juárez de la Ciudad de México, fue por muchos años el sitio de reunión de los artistas nacionales y el escaparate de los jóvenes, de los latinoamericanos y españoles que llegaban a nuestro país.

Después de esta etapa de extraordinarios excesos vivenciales de los que todo México hablaba, Griselda Alvarez le consigue a Bohórquez un empleo en el Instituto Mexicano del Seguro social y se desplaza a vivir a Milpa Alta, a una hora del centro de la ciudad. El poeta tiene oportunidad de sembrar verduras y criar animalitos, en casas rentadas, lo que de alguna manera lo lleva a sus orígenes ya que esta zona es una población rural. Imparte clases, forma grupos de teatro y un Coro de Poesía. Los reflectores, el traqueteo, los desórdenes, han quedado atrás. Es época de recogimiento —como en Pellicer— de franciscana alegría. Sólo los amigos más allegados lo frecuentamos. Cuando ya había echado raíces, lo trasladan a Chalco, Estado de México. Por la cercanía, el cambio no pareció tan brusco aunque si lo fue porque la comunidad lo quería y respetaba, se sentía orgullosa de su presencia y de sus aportaciones culturales que proyecta a Milpa Alta fuera de su territorio.

En Chalco continúa con su mismo ritmo de trabajo y sus labores rurales: sembrar y cosechar, cosechar y sembrar. Chalco, en la biografía de Abigael Bohórquez, es una llaga nunca cicatrizada porque bajo ese cielo y en esa tierra quedó sepultada su madre doña Sofía Bojórquez García, la niña de los ojos de su alma, hecho del que el poeta no pudo reponerse nunca, no sólo por el natural dolor de una existencia que para él ya estaba trunca o vacía sino

porque hubiese querido que sus restos regresaran a su lugar de origen: Sonora, algo que no logró. Ella reposa acá en el altiplano y él, por lo mismo, no puede descansar en paz en Hermosillo.

Después de sufrir por un tiempo la desaparición de su madre y de vivir en la orfandad más huérfana y profunda, de rumiar *la sola soledad salada y sola*, de que los recuerdos le trituraran el alma, Bohórquez decide regresar a Sonora. Este reencuentro con su tierra natal, sus familiares y amigos, sus lectores y discípulos de antaño, con los jóvenes sonorenses para quien su nombre, su poesía y su vida eran más que una leyenda, casi le hizo nacer de nuevo. En sus esporádicos viajes a la Ciudad de México, en sus cartas, en llamadas de larga distancia, Abigael no disimulaba —no tenía por qué— su felicidad, a pesar de la llama que el viento había apagado: su doble orfandad. Era el regreso del hijo pródigo, de su poeta. Al amparo de un trabajo, que después perdió por mezquindades burocráticas, siguió con su poesía y su escritura al lado de amigos y lectores, a pesar de que la “alta” burocracia cultural de su estado no le dio el lugar y el apoyo que con su obra literaria, entre las más originales de cuantas se hayan escrito en México, ya se había ganado. Como la hormiga, siguió arrastrando sus “prodigiosos miligramos”. En su interior pudo lograr un poco de paz estando cerca de los suyos.

Por esta época publicó una recopilación de poesía escrita en los últimos diez años. En su estadía en Hermosillo nacieron nuevos libros, ganó premios, viajó por varios estados de la república, impartía conferencias, leía —como nadie— sus poemas, fue jurado de algunos concursos y le

daba forma a viejos proyectos literarios, entre ellos una novela autobiográfica. Al parecer, como los toros buscan las tablas del ruedo cuando van a morir, Abigael Bohórquez regresó a su lugar de origen donde todavía canta su cordón umbilical. En su poesía última hay algunas muestras de ello. Y mientras leemos la obra de quien hizo brotar el agua en pleno desierto, del que vivió toda su vida con gran humildad y digna pobreza, del poeta que de su mísero salario todavía sacaba para pagarse las publicaciones de sus libros, del mano tendida, de quien la "crítica" nacional erigió un escandaloso silencio a su alrededor, del ninguneado, de quien no perteneció a mafias o capillas literarias, del que murió antes de tiempo porque todos los días regalaba sus pedazos de vida al semejante, recordemos unos versos suyos más que premonitorios que bien podríamos apropiarnos cualquiera de nosotros: "mientras quizá/ahora mismo/el trompetario suena,/está sonando por alguien/de nosotros."

## 2

En 1960 Abigael Bohórquez publica su primer libro *Fe de bautismo*, incluido en *Poesía i teatro* con el que ganó el Concurso del Libro Sonorense convocado por el gobierno del estado en 1957. Esa bendita incontinencia —sólo con los elegidos se puede utilizar este adjetivo— que arrastró desde su juventud no tendría mucho valor literario si, como en los poemas de este libro, su expresión no estuviera regida por ciertos privilegiados resquebrajamientos nacidos de un turbulento pero apegado lirismo que nos habla ya

de ciertas buenas lecturas precoces y excepcionales, y si no hubiesen poseído a sus poemas los demonios congénitos de su enfermiza, recalcitrante, succulenta ebriedad de vida. Desde este su primer libro Bohórquez perfila su destino. Aquí están juveniles y frondosos, metafóricos y ensoñadores, claros y profundos, desgarradores y autobiográficos, amargos y tiernos, sus rasgos mejores que tuvo oportunidad de ensanchar a lo largo de su obra.

¶ Su voz *primaveriza* —para utilizar un neologismo que bien podría ser bohorquiano—, dulce, triste, con la desoladora tristeza de un joven provinciano retrasado, confinado en ese tiempo a su pertinaz e impredecible mundo interior, o en dado caso circunscrito al mundo que empieza y termina en los límites geográficos de su natal Sonora, anuncia una espléndida y *veranecida* obra poética. Con *Fe de bautismo* Bohórquez inicia su biografía hablando de lo que tiene más a la mano: él y su entorno. En los poemas de este libro, Abigael saquea su propia naturaleza; encara su origen con edípica verdad y ternura, como si quisiera desde un principio sepultar al demonio de su ignorada paternidad en el reconocimiento épico y justo de la figura materna, mientras critica a la sociedad, al medio que lo rodea, develándonos el hilo negro de sus orígenes y el cimiento de su obra; además, acomete la poesía social con inquebrantable lirismo al escribir un poema antológico, “Llanto por la muerte de un perro”, parteaguas de lo que dieron en llamar “literatura comprometida” en la segunda mitad del siglo XX, uno de los que han sido escasamente celebrados (y digo esto porque tiene muchos poemas también dignos de celebrarse):



*Hoy me llegó una carta de mi madre  
y me dice, entre otras cosas —besos y palabras—  
que alguien mató a mi perro.*

*“Ladrándole a la muerte,  
como antes a la luna y al silencio  
el perro abandonó la casa de su cuerpo  
—me cuenta—,*

*y se fue tras de su alma  
con su paso extraviado y generoso  
el miércoles pasado.*

*No supimos la causa de su sangre,  
llegó chorreando angustia,  
tambaleándose,  
arrastrándose casi con su aullido,  
como si desde su paisaje desgarrado hubiera  
querido despedirse de nosotros,*

Por esta época ávido lector de César Vallejo, Pellicer, Ramón López Velarde —y de los poetas ya mencionados—, Bohórquez logra imprimir al verso libre una abierta musicalidad sustentada a veces en trancos clásicos que alterna o conjuga a su albedrío para no dejar a la intemperie, desabrigado, su canto. Conocedor de los estilos clásicos desde su formación —escribió en estos años varios sonetos— y atento a las injusticias de nuestro tiempo, en “Llanto por la muerte de un perro” amalgama forma y contenido: el aliento social —tan difícil de evitar caer en el panfleto— y el vuelo lírico. En estos poemas es obvia su inclinación edípica (“Llanto por la muerte de un perro”, “Madre, ya he crecido” y “Carta a Sofía desde ayer”) pero no por tratarse de una manifestación tan personal, íntima

diría yo, su poesía se demerita o decae; al contrario, en Abigael Bohórquez su dolorosa contienda, su lucha por descifrar el mundo y sus orígenes es tan auténtica, machihembradas celestialmente —por aquello de cielo e infierno— fondo y forma, que el fuego y la desesperanza, la reconditez del alma y la descarnada fiereza, el soliviantado fervor épico y ético, su rasposa dulcedumbre querella a la vida, la hacen abrirse hacia las cuatro estaciones y a los cuatro puntos cardinales, es decir hacia el ser y estar de todo ser humano. Cabe señalar que Bohórquez, pese a ser ateo por obra y gracia del Espíritu Santo, desde este primer libro, *Fe de bautismo*, recibió, gracias a Dios, las aguas bautismales...de la poesía.

### 3

Al inicio de los años 60 Abigael Bohórquez llega a radicar a la Ciudad de México. En el suplemento cultural de "Novedades" publica "Llanto por la muerte de un perro". Esta década quedó inscrita en la historia del siglo XX como una de las más significativas por sus manifestaciones sociales: la guerra de Vietnam, la Revolución Cubana, el problema de los negros en los Estados Unidos más vivo que nunca, la tiranía y militarización en latinoamérica, primero; después, la Revolución Cultural China, el apartheid en África, los gritos de los jóvenes en Francia pidiendo que la imaginación tomara el poder, el Movimiento del 68 en México, la invasión y la matanza de los checoslovacos perpetradas por los rusos, por citar sólo algunas de ellas.

Eran tiempos crueles, aunque pensándolo bien quizá no tan crueles como los de ahora: derrumbe de ideologías que han forjado naciones, hambruna de millones de seres humanos, matanzas que degradan al hombre, crisis económicas en todo el orbe, SIDA, terrorismo, proliferación de religiones y sectas suicidas, asesinatos políticos sin esclarecimientos, etcétera. Eran los años de *La espiga amotinada*, y *Ocupación de la palabra*, libros colectivos de Juan Bañuelos, Oscar Oliva, Jaime Labastida, Jaime Augusto Shelley y Heraclio Zepeda, por un lado; por el otro libros de Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Isabel Fraire, Gabriel Zaid, Homero Aridjis, José Carlos Becerra; en medio de los dos "grupos" Carmen Alardín y Guillermo Fernández; y solitario, solo de sola soledad, Abigael Bohórquez. De todos ellos únicamente Bañuelos, Becerra, Alardín y Fernández apreciaban —aprecian— los poemas de Bohórquez.

En 1966 Abigael publica su libro *Acta de confirmación*, con prólogo de Horacio Espinosa Altamirano. Nótese cómo el poeta, ateo, continúa con la liturgia, quizá para aferrar su sitio a la tierra. Aquí Bohórquez es un poeta eminentemente exterior. Su yo interno se ha petrificado en la nostalgia. Su otro yo, desde la niña de sus ojos, contempla los horrores del mundo. Los poemas empiezan a sucederse. Son poemas-pedradas, poemas-fuegos. Abigael desnuda, o más bien descarna a la palabra, la pega a los huesos, la saca a la intemperie para que la vida las oreo, a través del placentero dolor de la sobrevivencia. En las cenizas chirrían sus cantos y ayes lastimeros confundidos con endecasilábicas marchas triunfales, con himnos tutelares de escombros,

con sonoras oquedades, dejando al descubierto sus reales significados en la rabia y la iracundia del poeta. Como en la cita bíblica, la última ciudad se incendia.

*Acta de confirmación* es un libro unitario, cerrado, rabioso, viril, uno de los testimonios poéticos-políticos más afortunados escrito en la segunda mitad de este siglo. En el poema "Del oficio de madre", Abigael Bohórquez arrastra de nuevo su cordón umbilical, pero en lugar de suavidades musicales, *de tiempo de rosas, de tactos agónicos, de cantarle a unos ojos remando*, como él mismo dice en "Del oficio de poeta", su lenguaje, por necesidades de expresión, se ha vuelto ríspido y la figura materna se agiganta —si es que ello es posible— y se universaliza. Ya no es sólo la imagen de doña Sofía Bojórquez García la que prevalece sino la percepción de todas las madres del mundo. El poeta, en un acto de contrición, con humildad y soberbia a la vez pero con feroz entrega, con imágenes crudas, directas, inventaría las culpas soterradas que masacran el cuerpo y el espíritu materno. Este poema es uno de los cantos más provocadores y sediciosos de que tengamos memoria, en contrapunto dedicado al ser por antonomasia idealizado.

"Carta abierta a Langston Hughes" está dirigida al gran poeta norteamericano que hizo de la negritud su escudo y espada. Como el mismo Abigael Bohórquez escribe: *estoy de humor para decir agravios*. Y la enumeración de los agravios cometidos en contra de los negros no es fortuita, los estadounidenses se los han ganado a pulso. Un repaso con mirada tierna y mano dura del poeta mexicano que vive en carne propia y denuncia acendrada, líricamente,

las atrocidades de la negación a los más elementales derechos humanos, una imprecación solidaria en nombre de la libertad que en ese país ha manatiado a millones de seres por el vergonzante racismo. Bohórquez le canta a los hombres de color que han servido de carne de cañón cuando de defender los intereses de los Estados Unidos se trata, pero que han sufrido innumerables vejaciones además de ser etiquetados como seres humanos de segunda:

*Cómo es que se te puede despreciar,  
niño ondulante y rítmico,  
de la voz más caliente y más amada;  
...cómo es que se te puede castrar,  
matar a garrotazos junto al Missississippi;  
en Little Rock,  
en Georgia,  
en Carolina,  
muchacho hermoso,  
de cabellos planchados sobre el luto;  
y a ti, mujer elástica,  
cómo es que te dan a comer lo que les sobra,  
lo que han perdido de alguna cinta métrica,*

Sí, este es el reclamo, el canto de un poeta, de un *grasy mexican* a Norteamérica, que es el canto y el reclamo del mundo.

En "Del oficio de poeta" Abigael Bohórquez lanza su manifiesto poético desde la negra torre de su empleo burocrático, de mecanógrafo del INBA. El poeta, *magnolia en la majada, jacinto trapajoso, escondrijo del vino, colibrí atado*, como escribe Bohórquez, se rebela ante la ignominia de checar tarjeta de entrada y salida; le enfurece no la

exigencia de cumplir con un horario estricto sino la canallada de los cebados reyezuelos —léase jefes— que con sus actitudes sátrapas ningunean a los artistas, como ya lo había señalado en los años 30 Silvestre Revueltas, por sus preferencias ideológicas —o sexuales, agregaría yo. “¿Es una ambición innoble poder estar en paz con el pan para poder crear mejor?”, se pregunta Silvestre. Y años después, José, el de los muros de agua y apandos infernales, a su regreso de un viaje a Cuba, no encontró en la oficina de la SEP donde laboraba ni siquiera su escritorio y mucho menos quien le diera alguna explicación.

Abigael vivió muy de cerca este doble rechazo —ideológico y sexual— y no le quedó más remedio que escribir su poesía dentro del hambre. “Acta de cofirmación”, poema que da nombre al libro, puede decirse que es la suma de una enconada protesta general de los injustos acontecimientos sociales de Hispanoamérica regidos por el mismo dolor, la misma náusea. Bohórquez, en su carácter de libelador, en el más justo origen de la palabra, entona con enérgica y diáfana alegría cantos a la necesaria rebelación —después su significado tendrá que escribirse así: revelación— de los jóvenes, apuesta por y se va con ellos humana, ideológica y sexualmente:

*porque somos, estamos hechos  
con la misma sangre,  
porque estamos  
testículo a testículo,  
en la misma doliente madrugada  
y nos cuelga todo mismo tamaño,  
nos estremece toda gana de muerte...*

Como señala Carlos Eduardo Turón —otro poeta, ensayista, crítico, narrador, injustamente olvidado en nuestras letras— en su ensayo indispensable para conocer la primera parte de la poesía de Abigael Bohórquez: “El péndulo”, prólogo a su antología personal *Heredad* (1956-1978) publicada por FEM en 1981, para nuestro poeta “la integridad de la persona y el bien colectivo no son sino una y la misma cosa.

4

*Canción de amor y muerte por Rubén Jaramillo y otros poemas civiles*, 1967, es quizá la parte de la poesía de Bohórquez menos aceptada por sus lectores más cercanos —no hablo de mí—, tal vez por la manoseada y a veces dejada de lado presencia de los héroes. En rigor, la selección de los poemas incluidos en esta parte, “Canción exaltada a Claudio Aquiles Debussy”, “Palabras por la muerte de Silvestre Revueltas” y “Canción de amor y muerte por Rubén Jaramillo”, no tiene nada que ver con los héroes oficiales. Al leer los nombres de Debussy, Revueltas y Jaramillo, alguien se preguntará qué puede reunir o enlazar a estos personajes, aparte de la poesía, para que formen parte de un libro. Sin pensarlo mucho contestaría que la música. Pensándolo bien diría de nuevo que la música. ¿Por qué?

Toda ópera necesita de un libreto, y estos tres poemas, uno de ellos fragmentado, representan los tres actos en que se divide. Me cuesta trabajo decidirme sobre qué voy a hablar primero: fondo o forma. Decido contar la historia

y pienso que fondo es forma. En "Canción exaltada a Claudio Aquiles Debussy" Abigael Bohórquez retorna a su "pueblo de adobe y de gorriones", a la casa familiar, a la escuela y a la maestra de música que se llamaba Consuelo quien le enseñó a manejar sus diez dedos —lo que le sirvió también para las cosas de la soledad— y lo acercó a Debussy. Después Claudio Aquiles es aprehendido en la palabra y música del poema y Bohórquez, en un brusco rompimiento de tiempo y espacio, lanza a esta figura más bien reposada y tierna las andanadas de la era moderna: Alabama, Auschwitz, Hiroshima, Siberia, muro de Berlín, los Sputnik, Wall Street. La ineludible confrontación anímica entre una y otra presencia se diluye gracias al final cuando el poeta le devuelve a Debussy el mar soñado. En este poema oímos, a través de la forma, es decir de la música, viejos nocturnos empañados por un aliento primitivo y fragmentos de la siesta de un fauno que despierta de su letargo.

En "Palabras por la muerte de Silvestre Revueltas", acto segundo, asistimos más explícitamente al drama de un artista, músico genial también, de un hombre antes que nada, en el que Abigael deletrea sílabas solares. Aquí la apología suaviza su a veces fuerte y desgastado significado para endurecer la pleitesía natural a un varón a quien *Lo pusieron delante de la vida. / Se lo llevó la vida por delante.* El poeta llora la muerte de Revueltas —*mi pena caminando lo persigue/ como un terco animal tras de su dueño.*— recorriendo un doloroso itinerario de vida a la vez que reclama las marginaciones y los desalientos de que fue víctima un hombre puro. Todo ello sucede mientras la auténtica y original música mexicana elevada a su máxima expresión,



y que supera cualquier justa ambición nacionalista, inscribe sus acordes en el pentagrama musical de otro cielo.

"Canción de amor y muerte por Rubén Jaramillo" es el tercer acto y culminación de la obra. A través de este poema, Abigael Bohórquez llega con el mismo aliento lírico a un más que desencantado final, a una trágica consumación, por otra parte ya esperada, tomando en cuenta los tiempos correlativos de vida; es decir, después de las sombrías instancias que se perdieron en los largos silencios, un hijo terrenal de Emiliano Zapata, Rubén Jaramillo, reverdece sus sueños y edifica de nuevo sus mismas exigencias justicieras en el aire, cuyo asesinato fue cometido con una saña pocas veces vista: ametrallaron también a sus hijos y a su mujer embarazada. Como escribe Bohórquez: *nuevamente Zapata* —y lo que representa— *masacrado*. (Por los acontecimientos actuales en Chiapas, de matanzas de lesa humanidad que deberían avergonzar a los políticos más cínicos —disculpen la rima involuntaria— no sabemos si es que la historia se repite o que regresamos a la época de las cavernas.) La pregunta obligada: ¿y dónde está la música? En el poema, con el poema, dentro del poema; en los espacios, en los silencios. Música nuestra desde la entraña de un caracol prehispánico, de un tamborilero de Nacajuca, Tabasco; música de corneta en la contienda, de vals en la espera de hipócritas palmadas en el hombro en Palacio Nacional, de corrido en plena "bola". Y en última instancia, o en primera, la música negra, sorda y ciega de la metralla. Por último sólo diré que este poema le debe mucho a la pluma de Miguel Guardia, sin demeritar en nada al de Abigael, y que sus

lectores nos quedamos esperando su gran poema sobre el Movimiento del 68.

5

En la obra de Abigael Bohórquez, como ya lo hemos visto, cada libro entraña una nueva propuesta tanto en el tema como en la expresión. Digamos que es la visión de un arquitecto que construye ciudades en zonas y climas distintos, a miles de kilómetros de distancia, pero que en su basamento o en su techumbre vislumbramos un sello característico. Este libro a que me referiré no es la excepción. En 1969 Bohórquez publica en la revista de poesía "Pájaro Cascabel" su libro *Las amarras terrestres*, premiado en un concurso por Juan José Arreola y Rubén Bonifaz Nuño. Todavía recuerdo la euforia del maestro Arreola por este largo poema —primera parte del libro— y la profunda admiración hacia su autor, quien a su publicación se lo dedica. En esta cita está la clave para entrar en el poema: "En el corazón de todos los hombres hay siempre una Laura dormida: llámese amor, muerte, ilusión, desesperanza, ensueño, sexo o poesía.... Laura siempre perseguida, siempre tumbada sobre los encuentros y fugitiva siempre".

*Las amarras terrestres*, uno de los libros fundamentales en la poesía de Abigael Bohórquez, está dividido en cuatro cantos. En el primero —y así será hasta el tercero—, "Canción de la ciudad de México bajo la tormenta y de la lluvia sin Laura", el poeta desdobra su personalidad en dos voces que son una misma: la suya, donde una sirve de

equilibrado contrapeso a la otra porque están escritas, o mejor dicho cantadas en tesituras diferentes; esa aparente discrepancia formal hace que los versos fluyan con mayor solidez, por el intermitente respiro emocional, para dar forma y cuerpo al poema, a la poesía. Las voces alternadas no es un caprichoso “rompimiento” en el aire del poema sino la yuxtapuesta concreción de la otra parte de la historia. Digamos que son dos faros mirando a puntos cardinales distintos en el resguardo de una misma isla.

*“Tal vez me encontrarás en todas partes./Adiós”*. Después de pronunciar estas siempre simples últimas palabras a quien hayan sido dichas, se desata feroz y perpetuo diluvio universal sobre la Ciudad de México —corazón del poeta— en la delirante búsqueda por Laura. Laura representa no sólo la figura mítica del amor sino el amor mismo, lo que equivale a decir las fuerzas sublimes de la Creación, desmadejadas de los estados libérrimos del alma que en lugar de negarla afirman su permanencia. Si la búsqueda es delirante, la poesía también. Abigael Bohórquez, después de los extraordinarios fuegos sincréticos expresivos de sus libros anteriores, cambia de piel, ajusta cuentas con el lenguaje, recorta su silabario ético, equilibra desazonamientos enumerativos, y a la vez que se le entrecorta la respiración para calmar —no acallar— ímpetus sociales, su voz, también diluvial, atruena por los entresijos de la Ciudad de México y ni la persistente y feraz tormenta logran silenciarla.

Empieza el recorrido. Justo es decir que aunque existen conocidos antecedentes poéticos sobre la Ciudad de México, los de Renato Leduc, Salvador Novo, Efraín Huerta,

José Emilio Pacheco, Bohórquez no se parece a ninguno. Es más, me atrevo a decir que la visión de nuestro poeta la complementa y, en el terreno de la extraordinaria síntesis de contenerla en un solo poema, la trasciende. Con ello no niego, de ningún modo, que en Abigael haya florecido para bien la semilla de sus ancestros. Ahora oigamos al poeta:

*Por San Juan de Letran  
se quiebra toda brújula;  
...el Correo Mayor  
está a punto de zarpar;  
...Poseidón de impermeable,  
pita en Cinco de Mayo;  
... Tláloc se hiere de dulzura;  
... Neptuno y Anfitrite con macanas de limo  
comandan el oleaje en Peralvillo;  
... Bellas Artes queda hipopotámica;  
... la virgen pesca en la Colonia Roma  
hidrofóbicas almas;  
...pero no hay un paraguas para El Angel  
—prometeo del alba— sufriendo su columna;  
...relinchan  
los pluviales centauros  
arremetiendo el sexo de la Diana;  
...es un buzo patriarcal la estatua de Cristóbal Colón;  
en la Alameda Central todas las formas  
del olvido y del silencio están presentes;  
... La Torre es como un mástil del diluvio.*

Y como dice Bohórquez, llueve lo más cristal de Dios, y Laura ¿dónde? Laura ¡nunca! Un viaje por la Ciudad de México nunca antes descrito —escrito— en la poesía

mexicana con semejante inventiva en el que, además, campea un gran sentido del humor, una tibia amorosa mansedumbre, un gran lago de imágenes —no sólo por la lluvia torrencial que la sepulta— que nos la devuelve intacta a como era, a como es, y no sé si a como será.

En la segunda parte, “Canción de la semana como pudiera ser junto a Laura como tal vez sería”, la fuerza y presencia de las voces se alternan casi en igualdad de circunstancias y no se sabe cuál de ellas sobresale, porque en esta parte del poema su altura formal es equivalente por el uso irrestricto de los endecasílabos y heptasílabos con los que Abigael Bohórquez arquitectura su musicalidad, al tiempo que acentúa la trascendencia de su nada magro discurso poético. Con la primera voz asistimos a la desnudez corporal y espiritual de la fugitiva Laura, es decir, a la revelación de su persona para saber quién es, de dónde viene. El amor y la pasión, que puede no ser lo mismo, van de la mano en una serie de señales que lo mismo ascienden al iluminado cielo de la pureza o bajan a las profundas oscuridades de la carnalidad —bendita ceguera— que el poeta conjuga en un plano de medio tono, quiero decir justo, certero, en el que se solaza un equilibrado y al mismo tiempo encendido erotismo:

*Laura tenía un insoluble asombro.*

*Jarra de fiebre en los desnudos remos  
cuando llegó. Dijo que me quería. Era  
igual que una naranja al mediodía.*

*Ciudadana lustrosa de enclaustrados aromas...*

*Laura no preguntaba el rumbo de las puntas  
del dardo castigado tantas veces.*

*¿Cómo no amarte, segador del alba? —me decía.*

*Mi soledad entre dos filos iba  
soñando con segar su florería.*

En la segunda voz la disociación expresiva no llega a imponerse porque su memorial arrastra, a cada paso, la justificada búsqueda de Laura que Bohórquez emprende en los siete días de la semana, como los que necesitó Dios para crear al mundo; no sé si pueda parecer sacrílego pero Abigael lo hace nacer de nuevo alrededor de la imagen de Laura, en un escalonamiento musical que me remite a "Piedra de sol" de Octavio paz. Como en un rompecabezas, cada uno de los días va develando a la mirada la soñada presencia de Laura que aparece en la página al solo nombramiento del poeta. Así descubrimos que

*el lunes ...bajaste de tu nombre  
con tu oficio de rumbos enterrados;  
el martes, además de buscar a Dios y encontrarlo,  
saber que forma parejas  
de las palabras rotas y las piedras  
que buscan compañía;  
el miércoles llegaste  
sobre el viento diluido de tu forma,  
...con tu desamparo,  
lenta la precisión de tu sonrisa;  
el jueves Noche de desclavarnos otra puerta  
—mientras mi ruego interno te desviste—,  
el viernes es sacramental  
por la piedad que no he tenido nunca,  
y que me ha dado su poesía viva  
desde tu arribo caudaloso;  
el sábado es el día cero, ya el poeta se encuentra*

*extrañamente huérfano del cuerpo,  
del pan,  
del ser,  
dulcemente muriendo de mis venas,  
viviendo de mi saliva;*

y el domingo no empezó, como se pudiera pensar, sino terminó todo

*y se hizo la luz  
cuando te dije:  
Deja beber de ti las amapolas!!  
Y tú dijiste: No!!*

Este es el origen y razón del poema.

En "Canción de Laura que viene cuando la sueño y de la noche como niña negra", tercera parte, Bohórquez empieza llamando a Laura por su ¿verdadero? nombre: Amada inexistente y después de "hacerse la luz", la tristeza —que ha dejado de ser terrestre, como la de Margarita Michelena— se acoge a los pliegues del sueño en una noche muy negra. La noche, como una niña negra, es barrida de todos los lugares, menos de las estalactitas y estalagmitas —barrenos— del sueño, y el poeta, el amante, más que condolerse de Laura se duele de sí mismo al justificar la inefable ausencia. Las voces alternas, como en la primera parte, están bien delimitadas pero esa verticalidad de ambas en lugar de separarlas, las acerca, mejor, las complementa hasta llegar al final del poema. Aquella cita que Abigael Bohórquez escribe antes de empezar el poema, "En el corazón de todos los hombres..", se adueña de la dimensión en su verdadero significado y Laura es, o puede ser: *niña, mujer, amante, santa, víbora, adolescente, virgen, solterona,*

*macho*; pero Laura, pese a todo, muere de nuevo y el día, el nuevo día de la Creación, muge en todo su esplendor.

La segunda parte de *Las amarras terrestres* no tiene, en fondo y forma, qué ver con la primera, pero me arriesgaría a decir que arranca de ella, de la infructuosa búsqueda de aquel resbaladizo ideal convertido ahora en: *adolescente, virgen, solterona, macho*. Por otro lado, a ratos pienso que esta parte tiene mayores méritos de nombradía para el título de *Las amarras terrestres* que la primera, porque estos poemas de Abigael Bohórquez son más directamente de su mundo que los anteriores. “Canciones de soledad para no estar tan solo” y “Las canciones por Alexis” —sobre la égloga segunda de Virgilio— son, como su nombre, un canto llano y simple, en contrapunto, plagados de sensualidad, erotismo y carnalidad, pero también de frágiles adioses, de esporádicos desalientos —porque en la pasión el rompimiento es una manera de mantenerla viva y la reconciliación es la muerte más segura para saciarla—; son cantos que a algunos pueden parecerles reiterativos, enumerativos, pero su suave ropaje lingüístico los hace conciliar su sentido original.

La exposición amorosa se abre a los anunciados horizontes y el poeta ya puede decir: *Pero tú, / más lejos que tú mismo, / estás ahora / nunca más en mis manos, o lees el periódico / mientras que Dios te lustra los zapatos sin ningún sentido de culpa*. El poeta, el hombre, Abigael Bohórquez, puede ser como todos los demás pero ha decidido ser como él mismo, oigámosle:

*me podría llamar como todos los hombres de la tierra  
que se emborrachan y riñen y fornican  
y hacen parir porquesí,*



*que hacen el amor,  
el pequeño estúpido por que se ama;  
que marcan con una raya en la pared  
la inmolada virgen número tantos  
que ya no es y borrón y cuenta nueva;  
que viven de santísimas satisfacciones,  
y partidos de fútbol.*

Bohórquez asume su amor sin descaro, más bien con cierta humildad y con una honestísima entrega literaria: *niño de tibias maquinaciones, / oficiente de la perturbación, / petálico, / rincón más claro, / ahora que no estás: desnudémonos. / húndete.*

Poesía desenfrenada y cachonda, poesía ronca y subrepticia, poesía nostálgica y sedienta, ¿de qué? De amor, así, a secas.

## 6

En 1970 Bohórquez reside ya en Milpa Alta, delegación del Distrito Federal que raya con el Estado de Morelos, un lugar hermoso, con cerros y valles sembrados de extraordinarias arboledas y nopales para consumo de México y del mundo. Como Abigael había alterado la fecha de su nacimiento —decía que había visto la primera luz en 1937—, ese año “oficialmente” cumplía la edad de Cristo. Avicinado en Milpa Alta, atado a su pueblerino traqueteo diario —no se nos olvide que es una zona rural—, cómplice de su obligada mansedumbre nocturna; después de los excesos vivenciales —en todos los sentidos— en la Ciudad de México, del ingrato abandono amistoso de sus

“amigos” intelectuales en el poder, del silencio sepulcral ante su poesía, al poeta no le queda más remedio que rumiarse su soledad, y si es acompañado de una botella de licor, mejor. Con ello no quiero decir que Milpa Alta sea la culpable por la inclinación etílica de Bohórquez. Él siempre fue un elegido de Baco.

En 1975 el poeta edita su libro *Memoria en la Alta Milpa*, finalista en el “Premio de Poesía Aguascalientes”, según le informó Víctor Sandoval, quien además le ofreció publicárselo... y no lo hizo. Abigael tenía no un sexto sino un séptimo sentido para captar a la primera mirada el estado anímico de las personas que lo rodeaban o de las que en su aparente lejanía también formaban parte de su entorno. Sabía descubrir en las cosas pueriles sus escondidos arrebatos; se compenetraba en la geografía y la historia, en la naturaleza del paisaje que lo sitiaba. Milpa Alta ejerció en él un aguerrido poder de seducción. Una noche, como otras tantas noches botella en mano, lo asaltó la soledad por todo lo vivido y derramado, por la asunción de la nueva etapa en Milpa Alta. En este libro Bohórquez se aísla dentro de sí para emprender un repaso en la memoria, se deja atrapar y se asimila con su amañada elocuencia nortea a la campiña —la vista y los hermosos parajes de Milpa alta, el cerro del Teutli, el convento de la Asunción, el paisaje humano—, se enraiza a las costumbres de la zona, aprovecha la “distancia” con la Ciudad de México para satanizarla festivamente a propósito de la muerte de Agustín Lara, y deja un testamento amoroso-poético-revolucionario.

En el primer poema antologado del libro *Memoria en la Alta Milpa*, el poeta elige el apacible ruido de los silencios

nocturnos y lo titula "Noche Noche". *Aguardo a que la noche/se tienda sobre este forastero que soy*, escribe, y aunque sentimos el olor a vino pesa más la sacra embriaguez de la palabra. En la poesía de Abigael Bohórquez extrañamente no veo la frívola imagen conocida de Narciso ahogándose en su propio resplandor sino vislumbro otra, aquella de dolor que sonríe enigmáticamente por la pérdida —futura— de su celebrada hermosura. La desazón que en muchas páginas puebla sus poemas no es del todo secuela de irresponsable autocampasión; es una arista del eterno dolor ajeno; de pronto no sólo es suyo, es de los demás. Ello no impide, hablándole a la poesía, que a estas alturas de su vida —treintaitres años— vuelva la mirada hacia el espejo y vea en sí mismo *a aquel niño precoz,/aquel adolescente escarnecido,/aquel mano tendida para ganar ingratitudes,/...el afanoso dos veces incurable de creer/que la ternura servía para algo*. Después de reconocerse forastero y quedarse dentro de la tranquilidad del vaso, afirma enfebrecido, instalado en el limbo báquico: *y no hay en cien leguas a la redonda/un poeta,/escribiéndole al vino,/como yo*.

Ya dije que desde el silencio de su casa en Milpa Alta, Bohórquez calibra los ruidos de la noche, los escucha pacientemente y los dibuja con su lápiz. Las campanadas de la iglesia de la Asunción y la música del reloj de un edificio público son los huéspedes involuntarios que acompañan al poeta en su impiedad nocturna. En "Milpa Alta's Blue" se asoman por la ventana abierta del poema sus esplendides lingüísticas en la conjunción de jitanjáforas, neologismos, silogismos. A partir de este poema, las figuras literarias de nuevo cuño estarán presente en su poesía, así

como también las palabras tomadas de indigenismos y sus citas sarcásticas escritas en "espanglish". Esta necesidad —en él de ninguna manera es pose o folklore— de recurrir a otros vocablos para expresar quizá con mayor exactitud su pasión ontológica sobre temas específicamente razonados, no quebranta o limita su vocabulario original; al contrario, lo enriquece con el brusco cambio de la experimentación fónica y, sobre todo, le sirve para imprimir en el rejuego idiomático, en momentos cumbres, una mejor comprensión meditabunda ya que la recurrencia a estas lenguas es más que válida por la culturización —la indígena— o la transculturización —el inglés—, tan próximas a su corazón y a su entendimiento: la lengua náhuatl porque es la que hablan los Momozcos nativos de Milpa alta, y el inglés por lo que todos sabemos, además de que él lo ha padecido más de cerca por la proximidad de Sonora con los Estados Unidos.

No es casual que este poema se llame "Milpa Alt'as Blue". La conjuración de la noche se presta para esta música suave y profunda que sintetiza los estados desgarradores y libérrimos de los negros, que han hecho suya los blancos. Bohórquez recorre en el poema varias instancias rítmicas que a la vez marcan los cambios en los versos cuya discordancia formal magnifica su discurso, hasta llegar al final donde la musicalidad concertada cede terreno a una nueva manifestación expresiva, y en un aparente válido atropellamiento verbal escrito en versículos que bordean la prosa, finaliza por todo lo alto en la mordaz descripción de lugares y sucesos cotidianos en la vida de todo metropolitano —pero conocidos también de los mexicanos— para cerrar

el círculo alrededor de Milpa Alta y de los seres que habitan en la región y en su corazón. "Viejas postales que apenas en el corazón se hallan" es casi una prolongación de los poemas anteriores con su declaración de amor ciego por Milpa Alta, escrita —contrapunto— a la manera clásica, en sonetos en los que Abigael hace alarde de su extraordinaria destreza.

"Agustín (Noticia de muerte con la que se consterna un cuate, al escuchar por la radio velorio, pasión y show con el cadáver de Agustín Lara que murió después de fundar un huerto)" culmina, después del respiro lírico de los sonetos, la afortunada incursión de Abigael Bohórquez en el verso largo cortado y esparcido en la avidez de la construcción —reconstrucción— de una crónica que se antoja transcrita o escrita con acelerada procesión de imágenes radiales captadas visualmente y "pintadas" en la página en blanco. En este poema se le concede carácter memorioso a una época relevante y a los artistas de un México que ya se fue. Con virulencia descarnada, con socarronería directa, enfebrecido de crítica humorística, el poeta nos reseña la muerte del gran músico mexicano y los comentarios de algunos de sus amigos e intérpretes:

*Libertad Lamarque está muy trije  
y todo le ha llegado al alma;  
Jorge Mistral llora tequilísimas palabras;  
Joselito Huerta opina que es un enorme honor  
que el mejor flaco del mundo  
hubiera muerto en México,  
Olga Guillot no dice que Cuba llora,  
pero nosotros sabemos que sí;*

*y mañana lo velaremos en Bellas Artes pero en un pasillo;  
Ninón no pudo venir porque está crudísima;  
María Félix le dice a Zabłudowsky desde París:  
por eso ya le dije que lo siento mucho,  
¿qué más quiere que le diga?*

*(y cuelga en un largo bostezo sin acordarse de Acapulco).*

“Crónica de Emmanuel” es uno de los poemas más bellos de este libro, “poema del tiempo de los falsarios, y del que tampoco sabemos si es un cántico de rebeldía, de amor o de muerte.”, escribe Carlos Eduardo Turón. Es eso y más que eso. Poema testamentario concebido con delectación amorosa, con pasional honestidad revolucionaria, como canto último y primero de las cosas más puras del alma; poema escrito en el justo medio de una nueva balanza en la que se sopesa la vida y la muerte, en la que se inventaría con humildad y complacencia el esplendor de lo vivido, en la que se aprehende el porvenir en esta húmeda labranza de la poesía. Bohórquez no puede ser más él que cuando termina el poema diciéndole a Emmanuel: *y piensa que todo pudo haber sido de otro modo/ si el mundo.../ si los hombres.../si la vida...*

7

En 1976 Bohórquez publica el libro *Digo lo que amo*. Abigael Bohórquez, cansado de susurrar su amor, harto de esconderlo o soslayarlo en su poesía, herido por el ninguneo del mundo contra los seres que aman de igual forma pero al revés, no puede acallar su encardada y

enarenada voz nacida en los desiertos de su tierra y grita, con sapientísima conciencia poética, lo que ama, a quién ama, cómo lo ama, en su libro *Digo lo que amo*. No es arriesgado decir que en la poesía mexicana no existe un libro con esta característica amorosa escrito con profana sabiduría idílica y beatífico resquebrajamiento animal —del latín *anima*, principio de la vida—, como el de Bohórquez. Las formas o cambios lingüísticos de su libro anterior, aquí alcanzan alturas sospechadas. El poeta, desde su devoto, colérico soliloquio a que lo han orillado los oídos sordos, necios, y el ayuno hipócrita silencio de una sociedad literaria perversamente machista, asume con fortaleza su preferencia sexual, no sólo como un mero desahogo personal sino con premeditación, alevosía y ventaja para cometer el “crimen perfecto” de retar al mundo con una obra fuera de serie que marca un hito en la literatura mexicana, y quedar libre de culpa —porque en efecto no hay ninguna.

La referencia al crimen y a la culpa, a propósito de este libro, no es gratuita. El poema “Primera ceremonia” empieza provocadoramente lúbrico pero asaz tierno: *Primaverizo yaces,/deleital y ternúrico,/y nadie es como tú, cervatillo matutinal,/silvestrecido y leve.../aparentas dormir/... Tú veranideces,/...y me tiendo a tu lado./Desnudo te descubres; desnudo estoy allí;/suspense, trémulo*. En su crecimiento —me refiero al poema— el asalto amoroso se cumple poco a poco, el núbil asombroso cosquilleo visual de uno responde a las sumisas sedientas animales caricias del otro. El tiempo nace en el flujo y el reflujo de la golosa lentitud de los sentidos —todos— que han perdido, por fortuna, su rumbo

—¿cuál?— para encontrar la otra residencia en la tierra. Es una lucha cuerpo a cuerpo en la arena imprevista de la noche cuando la oscuridad alumbra los cuerpos sudados, sonoros, que flagelan y niegan el inefable hartazgo de la muerte cotidiana. Abigael Bohórquez, el hombre, el poeta, no da ni se da tregua: *Tu modo de ser tú casi me lame,/...me viene encima tu sazón,/la rotación novicia de tu ombligo,/tu almíbar de estar hecho/veloz, inmóvil, lento, prensil, inapresable;* para terminar diciendo: *De pronto, tú, el relámpago,/abierto, florecido, restallante,/...hiendes la oscuridad, y adentro:/llueves.* Este poema es la prueba de que ha “transgredido” el orden común de los “normales” y el cuerpo del deleite se convierte en cuerpo del delito; Bohórquez sabe que es un chivo expiatorio y comienza el juicio.

El “Cargo”, pronunciado por el Fiscal en una Corte, es breve y directo; aquí la referencia a este enfrentamiento ha sido escrito en castellano antiguo. Abigael acepta con el regocijo de haber tocado el cielo que *dormí/favorido/de so el niño garrido y aprovecha la lengua primitiva para aceptar con humor su pasión y el amor vencidos*. La “Aprehensión” se logra y el poeta reconoce, por aquello de la delación, que es preciso *volvernos a tiempo/hacia los que no nos ignoran*; es decir hacia los despreciables personajes sociales que cuidan la moral ajena mientras arrastran la suya a escondidas: el cura, el homicida, el sátiro, la distinguida cogelona, entre otros, que como bien señala Bohórquez *no sé que hacían/emboscados,/allí,/en el monte de los olivos*. Después de esta declaración que de seguro levantaría un murmullo en la sala, Abigael convierte la imprescindible declaración en “Descaración previa”; un como arrebatado



amoroso, olvidada la iracundia, se apodera de él y se pregunta qué sucedería si se atreviera a declarar, a confesar lo que los corrosivos oídos —perturbados provocadores— quieren oír de sus labios, cuando no existe otra verdad más que ésta: *sólo era quelte amo*. La necesaria reconstrucción del hecho, de seguro por cuestiones de fonética, Abigael Bohórquez la transforma en “Reconstrucción del lecho” y como su respuesta al Fiscal y al Jurado es breve, contundente, habla por sí sola, no resisto transcribirla: *en esta cama fueron/las/tentaciones./yo tenté./tú tentaste./ustedes, qué!!!?*

Ahora hemos llegado a la presentación del cuerpo del delito, que en lenguaje bohorquiano, cerca al Efraín Huerta de los poemínimos, quiere decir “Cuerpo del deleite”. En este poema Abigael Bohórquez retoma su extraordinario lirismo, hace a un lado las sutiles “estridencias” lingüísticas y deja que su voz amurallada en el desolado entorno nocherniego nos transmita de nuevo —¡oh paradoja!—, ahora que ya no está el cuerpo a su alcance y el deleite es cosa sabia ya de la memoria, el quebrado desasimiento amoroso que lo ha llevado al banquillo de los acusados. El poeta se reconoce sin desmayos ni arrepentimientos *aquel que fue contigo tu soldado de plomo,/tu primera mujer,/tu barco de papel,/tu cama*. El alegórico desaliento —está lleno de recuerdos estremecedores— alcanza visos de confesión obligada para salvar el nombre del amor y Bohórquez no duda en hacerlo: *yo acerqué a tu cadera/ un acedo calor de lenocinio;/yo puse mis colmillos de solapado roedor/a morder tu amistad;/yo fui...tu asesino,/el corsario de tu pureza,/tu verdugo*. En “Careo” Abigael recurre de nuevo al doble sentido, al humor, a su franco erotismo no

sólo verbal sino visual. "Tlamatini" es una recreación — como antes lo hizo con el castellano antiguo— sui géneris de los poemas escritos en náhuatl en la época prehispánica, con admiración y sorna dedicado a MAESE NOVO, así con mayúsculas, figura de las letras mexicanas. Es evidente la imitación propositiva y la aleación poética en este canto líricamente antiguo, referido a un personaje célebre contemporáneo, que en su afición por la lengua de sus ancestros —la náhuatl— se ve reflejado en un espejo que mira hacia el pasado.

*Digo lo que amo* —esta selección— se cierra con dos poemas de características formales distintas pero enlazados por el mismo y único motivo que ha dado "pretextos" al poeta para vivirlo, gozarlo, escribirlo: la pasión y el amor que ya puede decir, gritar su nombre, por lo que Abigail Bohórquez es absuelto y eternamente libre. "Reincidencia" es uno de los poemas más hermosos de su autor, cuya significación pasional, erótica, trasciende su original naturaleza ontológica para situarlo en otra dimensión. Poema antológico, su lectura es obligada porque en nuestra lengua no existe un testimonio homosexual semejante escrito con la flor de varonía —aquí está dicho todo—, con la dulcedumbre rapacería amorosa como "Reincidencia":

*dejó sus cabras el zagal y vino...  
ah libertad amada dije  
éste es mi cuerpo, laberinto, avena,  
maduro grano que arderá en tus dientes,  
esquila, choza, baladora oveja,  
tecórbito y aceite, paja y lumbre;*

*...baja, pupila de avellana, baja  
rústico centelleo, ráfaga de rocío,  
colibrí de ardimientos,  
...caramillo de azahares en mi boca.  
...Dejó sus cabras el zagal y vino.  
Qué blanco, qué copioso y dulce  
vino.*

“Saudade” es una serie de tres sonetos donde la voz se ha replegado y aprisionado en los catorce versos, después de los aprensivos desbocamientos anteriores. Abigael Bohórquez mira dormir al amante; aprovecha el tiempo y los espacios invadidos de dolorosa soledad ante el viaje inevitable y *me voy apagando poco a poco*. Pero como veremos más adelante, el poeta se levantará una y otra vez de sus cenizas.

## 8

En 1980 Abigael Bohórquez publica su libro *Desierto Mayor*, donde por primera vez en su poesía desde su llegada a México a inicio de los años 60, vuelve los ojos a su tierra natal: Sonora, ya que la nostalgia por el terruno le horada los sentidos. Bohórquez estructura este libro en 10 partes correlativas en las que se anuncia la vuelta a la vida, su vida nortea. Por la manera en la que está escrito el primer poema, “Exordio”, nos deja la señal de que la reconciliación con su lugar de origen le sirve para exorcizar ciertos “olvidos” poéticos involuntarios. Abigael, con cierta humildad pagana, como si a su obra anterior —¡espléndida!— no la

consagraran los dioses, regresa a su papel de acólito; de rodillas, con la ternura que arrastra una fe auténtica asumida en la pureza, casi se humilla en su invocación para que la poesía lo posea de nuevo: *desuéllame, POESÍA, / asesta el golpe que debe abrir el surtidor, / ... devuélveme el niño aquel, / ... escarnecido y dulce / que lamía tus manos. / ... de donde estés, ordena, / y ponme a caminar.* Una vez que el pedimento ante el “desarraigo” anterior de la poesía se ha cumplido, el poeta pide merced para cantar y le es concedida. En el poema “Confirmación” *vuelvo a mirar el resplandor purísimo*, dice. Y la poesía, como la luz, se ha hecho de nuevo. En el fondo, esta aprensión no es sino una “culpa” inventada por el amor a Sonora.

Instalado en el extenso territorio fiel de la memoria, Bohórquez se apacigua con la región y sus ancestros en “Reconcilio”. Como en *Fe de bautismo*, su primer libro, el poeta recurre a sus orígenes sólo que aquí a través de la reminiscencia; si en su obra novel Abigael hablaba de su entorno, en *Desierto Mayor* desparrama su mirada hacia el pasado en la llanura pápaga donde nacieron, vivieron y murieron sus abuelos, y el desierto que *quema, vive, arde, muere, despierta, llamarea, / fue nuestra cofradía consternada*, escribe. Aparecen las formas de vida, los nombres familiares, los éxodos, los trenes, los alimentos de la zona y las palabras con su sabor antiguo, ejidal y purísimo: cachora, bichi, péchita, chora, bichicori, chilicote. Aquí están reunidos sus dos amores porque la poesía ha llegado: *Oh, desierto, oh, inmensidad, oh espacio / de las girasoladas quemaduras, Oh, Tú, Poesía, profundísimo hueco, carne viva, / ahora estás conmigo.*

Las evocaciones históricas, lejanas, también tienen cabida en el poema "Memoria" para, como Octavio Paz, dejar en claro su pasado. Pero los recuerdos a veces hieren o hiedren —vocablo bohorquiano—. Bohórquez, cerca de sus ancestros, de la tierra que lo vio nacer, no puede eludir recordar los orígenes de su nacimiento y regresa a su edípica ternura poblada de desasimientos hogareños en "Anécdota": *Mi madre, Sofía Bojórquez García, / múltiple y dulcísima, / ... me parió frente a todos, a palos. / Mi abuelo hizo un ademán, pero mi madre / trazó una raya en el suelo. / ... supo entonces su burla, / le taparon la boca / y fui mi huérfano, mi bastardo, el hijo de limosna / en un pueblo lleno de saliva.* Ante desgarrador tierno elocuente argumento poético sólo queda, en señal de respeto, el silencio.

Aunque Abigael Bohórquez nació en Caborca, sé por boca del poeta lo que representa en su vida la ciudad de San Luis Río Colorado, Sonora. En "Vuelo 922 sobre el desierto", Abigael descubre el velo de la arenosa soledad del desierto; cuenta el origen de las batallas emprendidas por los moradores para posesionarse de sus entrañas; enlista hombres encabronadamente terrenales que le hicieron llevadera su existencia. *Desierto Mayor*, libro de bautismo y confirmación —para emplear dos giros bohorquianos—, de carta de ciudadanía sonorensa, se cierra con dos poemas "personales", "Nocturno" y "Envío", en los que Bohórquez ratifica y exhibe sin pudores su sangre. ¿Qué mejor final para un libro con esta singularidad de reconcilio que el regreso al origen de la vida, de su vida, en la figura materna? Sofía Bojórquez García ha muerto pero el poeta la sigue viviendo: *y cuando ella regrese, / lo cuando ella se marche*

*definitivamente, /sé que cuando más triste, /desvalido y agraz  
la necesite, /la escucharé de nuevo /en la callada noche /y en la  
noche callada /recomenzar su trajinar celeste.*

9

Después del apaciguamiento amoroso de Abigail Bohórquez con su terruño que le refrescó un poco el alma, en 1991 la Universidad de Sonora le publica —radicado de nuevo en Hermosillo— *Poesía en Limpio* (1979-1989), en la que reúne tres libros y 10 años de escritura, trabajo realizado en Chalco, Estado de México. El primero de ellos, *Podrido fuego* (*Elegías, Memorias, Epitafios...*), manifiesta en el subtítulo su configuración. Sin que nos demos cuenta, el poeta nos encamina a la antesala de lo oscuro en un repaso memorial, en un recuento de los años, en evocaciones elegíacas. Si en un poema de *Digo lo que amo*, al ver dormir al amante Bohórquez confiesa que se va apagando poco a poco, en “La tierra prometida” de *Podrido fuego* retoma el esqueleto amoroso —no sé si del mismo o de otro o de todos en uno— en un canto que no deja lugar a dudas sobre la inmensa cicatriz del tiempo: *Amante, /cuando despiertes, despacísimo, /amante mío, mi semejante voluptuoso, /preguntarás qué fue lo que pasó /mientras dormías. ¿Y qué fue lo que pasó mientras tanto? Nada menos que la vida. El poema es la memoria infiel —por aquello de los descarríos— en la búsqueda siempre infructuosa donde Caín —el poeta—, el hermano vivo, reconoce casi con dolo pero no con dolor que Abel —el*

camarada, amor mío—, en una como bendita maldición, es condenado a no vivir en esa tierra prometida.

“Los dulces nombres” es un poema en el que pasan revista los rostros que se han mirado con placidez en la oscuridad o que a plena luz del día se han quedado deslumbrados o ciegos, pero que forman parte del itinerario amoroso-sexual de Abigael Bohórquez —o de cualquiera otro—. Ante la imposibilidad de recordarlos a todos los que han quemado sus naves, a los que han naufragado, a los que siguen zurcando con ternura o cinismo los mares —porque dejan una promesa, no vuelven nunca más, diría Neruda—, no hay nombre alguno en particular porque como asienta el poeta: *y eres en ti tú todos los que fueron antes que tú*; así resume en un amante el maravilloso exceso vivido con los demás: *tu dulce nombre igual y repetido/a través de otros nombres diferentes. /... Pero te vas, no vuelves y apareces/en otro nombre ígneo, lignidiscente, lignífico*. ¿Por qué estos nombres son dulces, pese a todo? Por el desmadejado succulento trapicheo de vida.

“Aposentario”, la tercera sección de *Podrido fuego*, es un repaso reverencial a la vida y obra de algunos amigos y poetas mexicanos —selecciono a tres— con los que Bohórquez compartió la sal, la poesía, el alcohol, los dissentimientos, el pan, las coincidencias, la locura de vida: Jesús Arellano, Efraín Huerta, Miguel Guardia. Los poemas están escritos a la muerte de cada uno de ellos; sólo Huerta, después de años de marginación o “aceptación condicionada” murió en pleno y justo reconocimiento literario. Arellano y Guardia todavía esperan, como el propio Abigael Bohórquez, una merecida revisión a su trabajo que, además de la poesía,

abarca otros géneros. El acercamiento entre estos poetas se manifiesta por la recíproca admiración a su obra; por actitudes semejantes para con el fenómeno de la creación de aquellos tiempos; por la feliz coincidencia de puntos de vista sobre los acontecimientos sociales que han cambiado el rumbo de nuestras vidas, en México y en otras latitudes. Pero más que nada, creo yo, los une la silvestre pasión de asir en sus poemas, con la significación lingüística personal de cada uno —como antes lo hicieron Renato Leduc y Salvador Novo— el natural profundo dolor del ser humano ante el río de luz y sombra que conocemos como vida.

“Aposento I. Jesús Arellano”. Abigael se sube a la línea uno del Metro —a la hora “pico”— para asistir al sepelio de Jesús Arellano, poeta de Jalisco, autor de la Antología de los 50; editor de la famosa revista literaria “Metáfora” y de la colección de poesía en donde aparecieron libros de Huerta, Jaime Sabines, Rosario Castellanos; crítico y ensayista polémico, sobre todo con Alfonso Reyes; denostador, primero, de la poesía de Bohórquez, y devoto, después; figura ninguneada y olvidada por las “élites”. Abigael Bohórquez se dirige en el Metro al sepelio de Arellano, en el que se huelen sudores ajenos y se respiran olores con todos los excesos del mundo; donde se cachondean, tallan, raspan, unos a otros por el mismo boleto. Su pensamiento se retrae, a pesar del naufragio vivencial, y le dice: *Yo sé que mientras pienso en lo que fuiste, / gran poeta cabrió y genitorio / sudando luz de carné / insumiso soldado labrantío!... y como nadie de estos sabe ni quién fuiste, / me desgarró, me enchilo, me enchuchesco*. Solo entre la multitud, Bohórquez huye



con la memoria de Chucho en el poema escrito, literariamente hablando, con follajes arellanescos.

“Aposentario V. Efraín Huerta”, está concebido un 18 de junio, aniversario del natalicio del poeta nacido en Silao, Guanajuato. En este poema Abigael enlaza los aires principescos de los “cuicapiques” —poetas— preshispánicos con los modernos arrebatadores corrosivos giros lingüísticos huertianos con pesquisas en castellano antiguo. Los versos van de un sapiente soliloquio primitivo a un desmemoriado torrente vanguardista, en los que Bohórquez, como el invocado, atruena la voz para asaltar maniatar saquear las imágenes de un espejo cóncavo que se revierten en la alteración —aliteración— fonética y expresiva cuyas resonancias humorísticas, corrosivas, críticas, se adecuan en un mismo vaso pero separando al mismo tiempo, como agua y aceite, su propia naturaleza poética. Como Huerta está sepultado en Milpa Alta, territorio tan caro a la vida de Abigael Bohórquez, el sonorenses va en busca de sus huesos preciosos y mientras reconoce los célebres animalescos sueños eróticos de Efraín: *cúmplase el cocodrilo nalgaista, /caimán del sueño rui señor, /que permanezca siempre tu pajarito de la muerte /sobre las atareadísimas vaginas*, termina con una canción preñada de música cabaretera rematada con un “riantantanteco” albur que hubiese aplaudido el autor de “Avenida Juárez”: *Efraín, /chingonería /del amor y todos sus contornos /púbicos y nalgráficos, /como aquellos que alegraron tus ojos aligátors: /Tecojobichi, Retorno de Trasero /y Sancojón en la colonia Chupas. /Sí /señor.*

Miguel Guardia, poeta silencioso que decidió vivir hacia adentro de sí mismo, levantó la voz en la espinosa simetría

de la palabra cuyos alternados gritos y susurros musicalizaron los poemas atronantes o dulces, amorosos o sociales, en forma clásica o en verso libre, que levantan la perenne arquitectura de su obra. Bohórquez lo recuerda en el poema "Aposento VI. Miguel Guardia" un día cualquiera y se duele de su abandonado ensimismamiento fuera del mundanal ruido, causado por envidia e ignorancia de los que el poeta llama con furia y verdad: *mamones, excrementables, amafiados, mariposócratas, pájaras, altísimos poetas y parlachifles, literatíputos, de tocho*. "Aposentario" es una justa y noble correspondencia de Abigael Bohórquez hacia estos tres poetas cuyos nombres están cerca de su vida y obra.

## 10

"B.A. y G. frecuentan los hoteles" es un libro, como algunos suyos, sólida y necesariamente unitario. Las siglas nos revelan el verdadero rostro de los protagonistas: el del poeta y el de otro que puede ser cualquiera. Abigael Bohórquez renace de entre sus cenizas —en el terreno almarnal— y en este poemario no sólo roza sino que manosea, en el sentido estricto y erótico del término, de nuevo un alma, un cuerpo semejante pero, gracias a Dios, diría él socarronamente, distinto complemento al suyo. Un repaso ligero sobre la memoria de la poesía mexicana no delata que haya un libro de poemas con tanta unidad referente a una incursión hermosa y gloriosamente sicalíptica, que de origen pertenece sólo a escritores heterosexuales, con

animalesca detallada percepción amorosa/sexual o sexual/amorosa, con sentidos ventanales, quiero decir abiertos para gozar la sórdida luz de un mediodía en lugares disímiles o la oscuridad de la noche apandada en un cuarto de hotel cuando el mundo empieza y termina en sus cuatro paredes, como éste.

La crónica —llamémosle así— de los días vividos por *B.A. y G.* (que) *frecuentan los hoteles*, en sitios turísticos por excelencia de nuestro país, es un inenarrable testimonio lúdico, ahora sí que con pelos y señales, de los instantes frenéticos de dos cuerpos enlazados, o mejor dicho engolfados en la vida para quienes no existe otra resurrección, cuando la muerte pequeña es de todos los días, que la de la carne. Pero no se crea que en la relación duradera, porque los viajes están programados para ciertas épocas del año en una zona determinada, acaso se note a ratos el aburrimiento, la abulia, los reclamos, el enfadoso advenimiento de la palabra inoportuna, el asco o el hastío en que a veces desembocan las pasiones arrolladoras. No, este amasiato para Abigail Bohórquez no es como los demás; existe en él un centrado reconocimiento a la sinuosa capitulación de los sentidos cuyo significado a veces nos parece próximo a un encantador cinismo y no a un velado razonamiento. Conforme avanza nuestra lectura podemos llegar a pensar que en esta extraordinaria confrontación inmersa ya en un devastador síndrome erótico-sexual, ninguno de los contendientes —no son dos sino todos a los que ambos se han entregado o saqueado— ninguno tiene nada que perder, o al revés, ninguno de ellos nada que ganar. Para citar otra vez a Huerta, están completos.

Como hemos visto, la lucha es muy pareja porque son dos avideces, si se pudiera decir, complacidas de antemano o habitadas por las mismas carencias. La diferencia de edades entre uno y otro cuerpo, entre una y otra alma, entre un hombre y otro hombre, sigue existiendo pero la fuerza de la carne iguala sinos o signos vitales a la hora de la consumación y después del meticuloso silencio en el que prevelace de manera misteriosa el deseo no del todo asolado —porque los desprendimientos saturnales nunca alcanzan la nada—. En cada breve crónica, mejor dicho en cada poema, Abigael Bohórquez cuenta una historia en verso que ya quisieran otros poetas y muchos novelistas. Lleno de él, lo que equivale a decir lleno del otro, sitiado en su epidermis, como escribiera para el propósito de descubrirse y explicarse a sí mismo José Gorostiza, el poeta sonoreense termina el libro al sembrar una duda —no diré cuál— para ver si la podamos con amor o la cortamos de tajo.

## 11

Conocemos la originalidad de la poesía de Abigael Bohórquez, su furibunda ansiedad de rompehuevos, el desenfadado espíritu burlón dirigido hacia las malas conciencias de los hombres, su noble antiimperialismo norteamericano, el delirante gozo de las varoniles urgencias terrenales, la obsesiva resurrección de su edipismo, el corrosivo sentido del humor, su infinita ternura hacia las cosas y los seres olvidados de Dios o hacia sus mancebos señalados, la sólida creencia en los atributos —no sólo físicos— de los

seres humanos, el sueño inalienable de que la poesía es su única patria, entre otras cosas que sería largo enumerar. También hemos descubierto, en los cambios que han transformado su poesía a través de los libros, sus incursiones lingüísticas orillado por su celoso apasionamiento expresivo en el que ha conjugado lenguas y lenguajes —quiero separar el basamento original del castellano, náhuatl, inglés, de los giros raros nuevos inventados por él—. En los “Poemas Pocholocalchas” de su libro *Country boy (Crónica de Xalco...)* esta penetración de frases o palabras en otros idiomas alcanza su cima.

En la edición original de *Poesía en Limpio* Abigail Bohórquez incluye una serie de textos orientadores para la mayor comprensión de los alcances de su poesía en los “Poemas Pocholocalchas”, del que citaré sólo dos:

“La lengua náhuatl es cortesana, singularmente expresiva, por lo cual la han apreciado y celebrado cuantos europeos la han aprendido, hasta llegar algunos a concederle ventajas sobre la latina y sobre la griega. En la copia de verbales y nombres abstractos excede sin duda la lengua mexicana a cuantas conocemos. Tiene muchos frasisms tan expresivos, que sirven de hipotiposis de las cosas, especialmente en materia del amor”, Francisco Javier Clavijero en *Historia antigua de México*.

“Los chicanos han dado el nombre de cholo a esta distorsión del lenguaje que mezcla elementos del español antiguo, del caló mexicano introducido por los braceros, del slang norteamericano y de los barbarismos del pochismo”, Mario Gill *Los chicanos o el grillo en la oreja del León*.

Además del humor, la mala leche, la sátira, el refocile, el cambio de fonética, la interrelación de unas y otras

lenguas, los "Poemas Pocholochalcas" son una provocación a los lectores para internarse en un mundo poético, por lo mismo, más vasto y complejo pero a la vez más exacto en la configuración de un lenguaje que sea capaz de aglutinar las diversas voces que convergen, gracias a la osadía literaria y al conocimiento de Abigael Bohórquez, para recordarnos un mundo, una expresión, que queramos o no existe con vida propia en la frontera norte de nuestro país. Estos poemas, la parte fundamental del libro *Country boy*, a veces intercalan frases conocidas o pláticas superficiales que Bohórquez incorpora al lado de su furibundo y lírico y lúdico lenguaje poético. Para muestra un botón:

*Andarás como te plazca, piltontli,  
de equívoco en equívoco, my baby,  
también tus botas, tu cintuón, tu levi's,  
tu taparrabo made in taiwan,  
tu guitarra, tecuilontli,  
y tu aroma de otro antro;  
pero me too, a huevo,  
como me plazca,  
amándote sin razón.*

## 12

*Navegación en Yoremito*, 1993, es un breve libro de Abigael Bohórquez premiado en Mazatlán, Sinaloa, de grandes alcances poéticos. Escrito en su tierra natal, Sonora, el poeta es revisitado por el angelus de la amorosa luz primaveral en pleno invierno de vida, ya que a pesar de su edad

muere dos años después. A diferencia de los libros anteriores en los que hemos leído su historia a través de poemas amparados por el fuego fatuo de la creación —despliegue de asombro ante la inminencia experimentadora, no experimental, de fondo y forma— donde su discurso erótico se entrevera en directos o marcados estremecimientos dialécticos y pasionales; en los que la ira crítica y la plena honesta justa confesión ontológica trascienden particularidades; en los que el recalcitrante humor desnuda cualquiera hipócrita virtud, en *Navegación en Yoremito* Bohórquez centra sus herramientas formales en la expresión del español antiguo, y aunque la relación con el amante, su otro semejante, está regida por la misma placentera idílica comunión de antaño —la que en la mayoría de los casos homosexuales parece predecir su sino—, su connotación rebasa las expectativas ya conocidas.

En este libro su herejía musical ceñida a los viejos cánones del español antiguo aternuran su sexualidad —como debe ser para llegar a la cúspide en un cimero desprendimiento mutuo— y las “concertaciones” que primero separan y después unen a los amantes afloran con un entrañable estoicismo varonil que en su expresión, para algunos, “cínica”, aligera su peso por el tratamiento formal y diluye significaciones de “malgusto”: *Ay, vivo desdentonces empeñando la tyntaly muchos nocharniegos afanes haine dados/bien cumplidas las nalgas de aquestas culiandanzas./ La cuerva noche arrea ovejas descarriadas./Yo pastoreo amores/ con aparejamiento.* A ratos las manifestaciones poéticas del Siglo de Oro y del barroco español irrumpen con misteriosa armonía al lado de extraordinarias prosaiqueces y

Bohórquez depura o afila —según— el lenguaje para dar cabida, a veces en un mismo poema, a estos dos polos lingüísticos; otras veces de la fuente clásica mana el agua pura que moja, suaviza, equilibra y atempera los poemas de *Navegación en Yoremito*.

Los nombres de los poemas y los epígrafes recurrentes entrañan ya una atractiva invitación a su lectura y nos alertan acerca de la copiosa dilatación en la verdadera exégesis pastoral propuesta por el poeta. Abigael Bohórquez salta de uno a otro estado anímico, ya sea carnal o místico —ambos en su sentido alegórico— respetando los límites equilibrados para cada expresión, con el reconocimiento de que en varios casos coinciden en el alumbramiento del mismo poema. He aquí un ejemplo del extraordinario manejo de la antítesis:

Uno: *El éster, mi mancebo, / alto de carnetrigo, miembros ópimos, / cabeza agraz, purísima noticia, / pelo duro y sentado y colorado, / esbeltura de espigos aromosos, / ojos claros de gato tras el vino;*

Dos: *El éster, mi zagal, escucha siempre a los Yonics, Trileros, Caminantes, / ...y yo le escribo esta gana de estar a solas hasta la tumba / con él, / mientras se babajando el zíper de su Leely se encabrona porque canta la Piafy no Cornilius Reyñus / en el primer telón / de la catástrofe.*

En síntesis, no podía faltar en un poeta audaz, experimentador, rompehuevos como Abigael Bohórquez, la incorporación a su escritura de expresiones arcaicas y de la lírica popular clásica en una conjugación de suntuosidades poéticas y destemplados riesgos, como en *Navegación en Yoremito*. No son ajenos a su poesía gay —más bien diría



que aquí sí forman parte del poema— las citas de consignas bíblicas, los cantares anónimos, el Siglo de Oro, el habla fronteriza de su tierra. Este libro es un careo entre siglos traídos a la modernidad, al goce de vivir abierta y felizmente el otro amor que, a pesar de los pesares, ha impuesto su nombre, homosexual o gay, y ya no tiene por qué pronunciarse solo en su propio silencio.

Los poemas de este libro —además de gran parte de la obra poética de Abigael— pueden ser leídos, valorados, por un heterosexual que reconoce méritos literarios a Constantino Cavafis, Luis Cernuda, Salvador Novo, William Shakespeare, Pier Paolo Pasolini, así como un homosexual puede leer y reconocer magnificencia en la poesía de Pablo Neruda, Walt Whitman, Jaime Sabines, en los Cantares de Salomón, en Percy B. Shelley, Octavio Paz, Charles Baudelaire.

## 13

*Poesida*, libro póstumo publicado en 1996 por Elizabeth Algravez y Mario Bojórquez con la ayuda de varias instituciones culturales, fue escrito en 1991 y triunfador del Premio Internacional de Poesía CONASIDA, 1992, patrocinado por la Organización Panamericana de Salud y la Universidad Nacional Autónoma de México, que no cumplieron con su palabra empeñada en la convocatoria: nunca le entregaron a Abigael Bohórquez la cantidad estipulada, y mucho menos lo editaron.

A la culpa de conciencia arrastrada por siglos ante los

ojos de los demás por asumir este amor de suyo criticado, perseguido, combatido, otra catástrofe cayó como una maldición más sobre las cabezas de los pordioseros de vida, en los ochentas, reduciendo su cerco existencial al acusarlos de arquetipos en la destrucción de este reino: el SIDA, enfermedad que no se sabe si es invento de un Dios ciego y mostrenco, de mentes y manos criminales —dementes— ratas de laboratorio, o un virus animal cuya transmisión causa la muerte a corto, mediano y largo plazo. Aunque con el paso de los años se ha demostrado que no es un mal propio de los homosexuales o gay por el porcentaje cada día más alto de heterosexuales contagiados, las condenas en todos los órdenes se han ensañado con los que se atrevieron a decir el nombre y a gritar su amor. Abigael Bohórquez, poeta de heridas y cicatrices nunca del todo cauterizadas en el alma, no podía permanecer al margen de estos estragos, los más desesperanzadores que se han cernido sobre el hombre en este milenio, y con el arrojo y la originalidad que caracterizan a su obra, escribe un último testamento poético que con su solo nombre lo dice todo: *Poesida*.

*¿Por qué este mal de muerte en esta playa vieja/ya de sí moridero y desamores?*, se pregunta el poeta después de un repaso a sus últimos años de vida. La muerte y la orfandad —¿o debí decir la orfandad y la muerte?— pueblan estas páginas al lado de cantos memoriales que recogen la voz de otras voces truncadas en el largo camino. Bohórquez, ante la devastación que deja el SIDA a su paso, no enmudece, claro, pero lo apabulla el asombro ante la inminencia de una muerte equivocada, injusta, y en todos estos poemas brilla la vuelta a la vida. Abigael no pone el dedo

en la llaga para asegurarse de que este dolor duele; recurre al recogimiento, que en él es sinónimo de catástrofe. A la fatalidad contrapone el peso del amor vivido, las noches y los días desparramados en la inconsciencia natural de vivir como el corazón y el espíritu lo exigen. En estos poemas Abigael Bohórquez no disecciona el alma o la carne de los mortales impregnados de esta mala sangre; su dolor se petrifica y aquella desmemoria cede a su intermitente voluntad de reconstruir el pasado y descubrir en donde radicaba —radica— el verdadero mérito de la existencia, para cada uno en particular.

En el poema "Duelo", de *Poesida*, Abigael Bohórquez escribe:

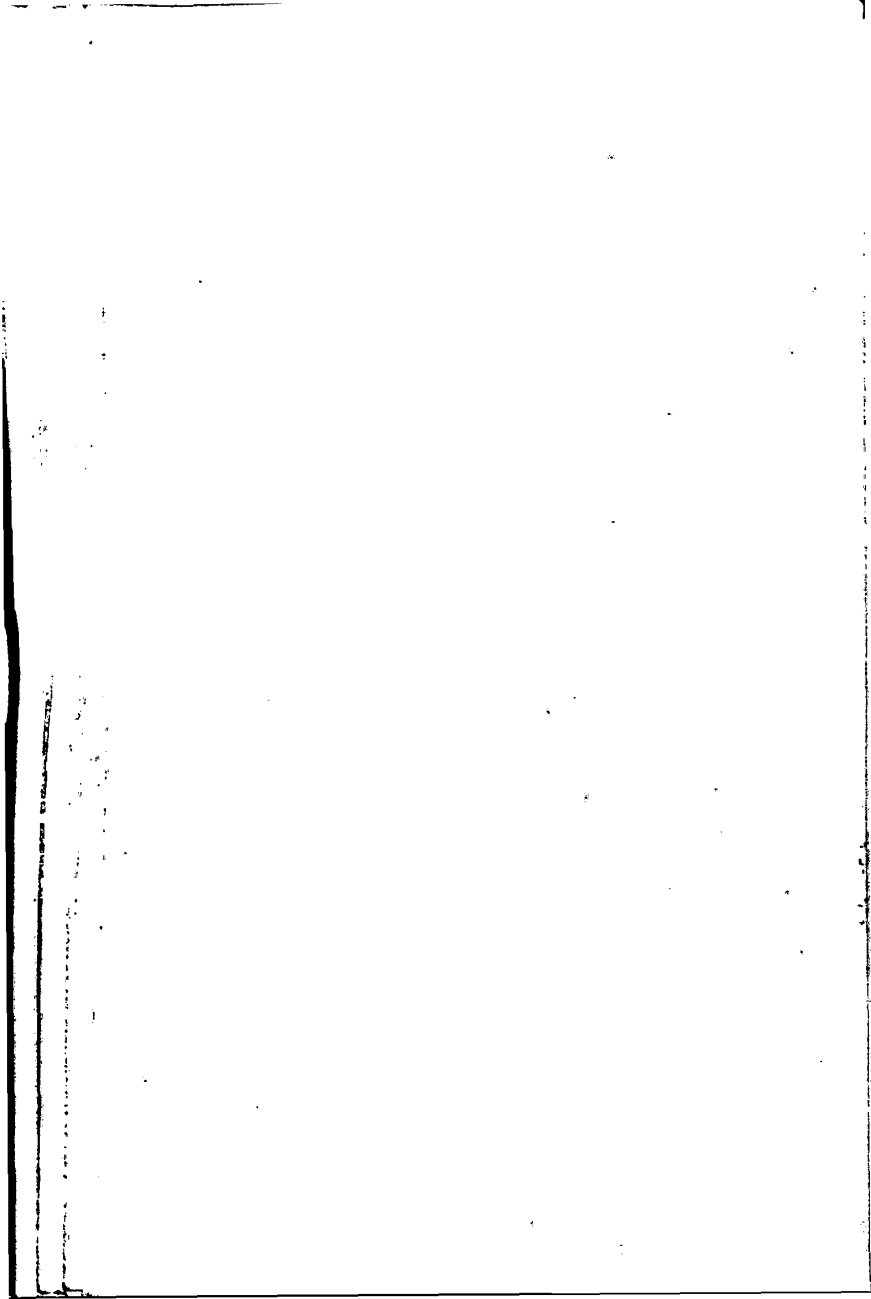
*Vengo a estarme de duelo por aquellos  
que han muerto a desabasto...  
Vengo a estarme de luto  
porque puedo.  
Porque si no lo digo  
yo  
poeta de mi hora y de mi tiempo,  
se me vendría abajo el alma, de vergüenza,  
por haberme callado.*

Después de esta declaración de principios, no quedan palabras para la especulación —así sea, en el mejor de los casos, para merecidos elogios—. Sólo agregaré que a lo largo de su escritura, casi cuarenta años de este delirante oficio de vivir, Abigael Bohórquez fue fiel a sí mismo como pedía nuestro clásico Ramón López Velarde, por lo tanto fue fiel a los demás. Su obra poética es un extraordinario trozo de vida —porque nunca puede abarcársela toda—

que pide a gritos, por derecho propio, su lugar dentro de la literatura mexicana de nuestro tiempo.

DIONICIO MORALES





FE DE BAUTISMO  
1960





## LLANTO POR LA MUERTE DE UN PERRO

Hoy me llegó una carta de mi madre  
y me dice, entre otras cosas: —besos y palabras—  
que alguien mató a mi perro.

“Ladrándole a la muerte,  
como antes a la luna y al silencio,  
el perro abandonó la casa de su cuerpo,  
—me cuenta—,  
y se fue tras de su alma  
con su paso extraviado y generoso  
el miércoles pasado.  
No supimos la causa de su sangre,  
llegó chorreando angustia,  
tambaleándose,  
arrastrándose casi con su aullido,  
como si desde su paisaje desgarrado  
hubiera  
querido despedirse de nosotros;  
tristemente tendido quedó  
—blanco y quebrado—,  
a los pies de la que antes fue tu cama de fierro.  
Lo hemos llorado mucho...”

Y, ¿por qué no?  
yo también lo he llorado;  
la muerte de mi perro sin palabras

me duele más que la del perro que habla,  
y engaña, y ríe, y asesina.  
Mi perro siendo perro no mordía.  
Mi perro no envidiaba ni mordía.  
No engañaba ni mordía.  
Como los que no siendo perros descuartizan,  
destazan,  
muerden  
en las magistraturas,  
en las fábricas,  
en los ingenios,  
en las fundiciones,  
al obrero,  
al empleado,  
al mecanógrafo,  
a la costurera,  
hombre, mujer,  
adolescente o vieja.

Mi perro era corriente,  
humilde ciudadano del ladrido-carrera,  
mi perro no tenía argolla en el pescuezo,  
ni listón ni sonaja,  
pero era bullanguero, enamorado y fiero.  
A los siete años tuve escarlatina,  
y por aquello del llanto y el capricho  
de estar pidiendo dinero a cada rato,  
me trajeron al perro de muy lejos  
en una caja de zapatos. Era  
minúsculo y sencillo como el trigo;

luego fue creciendo admirado y displicente  
al par que mis tobillos y mi sexo;  
supo de mi primera lágrima:  
la novia que partía,  
la novia de las trenzas de racimo y de la voz de lirio;  
supo de mi primer poema balbuceante  
cuando murió la abuela;  
el perro fue en su tiempo de ladridos  
mi amigo más amigo.

“Ladrándole a la muerte,  
como antes a la luna y al silencio,  
el perro abandonó la casa de su cuerpo  
—dice mi madre—  
y se fue tras de su alma —los perros tienen alma:  
un alma mojadita como un trino—  
con su paso extraviado y generoso  
el miércoles pasado...”

Ay, en esta triste tristeza en que me hundo,  
la muerte de mi perro sin palabras  
me duele más que la del perro  
que habla,  
y extorsiona,  
y discrimina,  
y burla;  
mi perro era corriente,  
pero dejaba un corazón por huella;  
no tenía argolla ni sonaja,  
pero sus ojos eran dos panderos;  
no tenía listón en el pescuezo,

pero tenía un girasol por cola  
y era la paz de sus orejas largas  
dos lenguas  
de diamantes.

## MADRE, YA HE CRECIDO

Madre,  
cuando después del golpe más profundo  
y luego que tu entrega  
fue una ronca palabra desolada  
y fuiste henchida;  
cuando subí hasta el centro de tu vida  
y fui la inefable señal,  
tu paso  
se volvió cauteloso  
porque iba en ti el misterio,  
ay, tu voz se hizo lenta, encubierta,  
como tus lágrimas,  
y luego fuiste como la brisa entre las cosas  
porque temías despertarme.  
Cuando ya fui en tu alcándara la ropa,  
cuando me di en tus ojos  
y fui en tu soltería violentada  
aquel: ¿cómo será?,  
cuando fuiste la celda y me embebía  
lo mejor de tus húmedos temblores,  
cuando en tu juventud escarnecida  
fui la certeza, las ánforas colmadas:  
tu andar aminoró blando, callado,  
se volvió sigiloso como el pavor  
y buscaste las cosas en silencio  
porque temías despertarme.

Cuando fui disidencia  
y gota a gota de tu entraña fuiste forjando mi esqueleto  
caminaste con miedo por los cuartos  
porque temías despertarme.  
Y por mí, que venía,  
se ensanchó tu cintura diminuta,  
y el seno humedecido  
por la espesa camelia de la leche  
se enriqueció con el fervor nocturno de rezar.  
Para mí que venía,  
tu cuerpo maduró de amaneceres,  
de esos amaneceres del insomnio  
donde fue tu aguardar dolido culto.  
Entonces  
ya no pudiste ir por las alcobas  
porque yo te cansaba desde adentro  
y porque,  
madre,  
rodeada de tus faltas y tu exilio  
eras el hálito inerme de la tierra;  
adivinaste  
la hondura maternal de la mañana  
y el sentido del viento,  
y hasta del suelo que pisabas, torpe y henchida,  
levantaste la hierba para el nido,  
porque dentro de ti te duplicabas  
tan pequeña, tan sola;  
te movías extraña entre las cosas,  
y llorabas, pero en silencio, cautelosamente,  
porque temías despertarme.

Luego menguó tu cuerpo,  
vacío la copa su escanciada imagen  
y en tu grito  
mordido y necesario me tuviste,  
pero calladamente, porque temías despertarme;  
ya que miraste mi fealdad minúscula,  
habituaste a tus brazos con mi peso,  
meciste en el impulso de besarme  
la formamuerte de mi cuerpo amargo,  
y en el vaivén del ritmo señalado  
me miraste hacia adentro, estremecida,  
y presentiste mi semblante breve,  
mi destino poeta,  
la dura suerte de sufrir temprano.  
Ay, cuando me mecías  
cómo cantaba Dios en tu garganta.  
Madre, ya he crecido,  
en las manos  
padezco los estigmas de aquel pueblo,  
en la mirada llevo  
las normas de humildad que me legaste  
y en mis labios tu voz  
que tomó rosas de las rosas;  
madre, ya he crecido,  
no me pidas buscar los huecos de la infancia  
para llenarlos de recuerdos,  
no me pidas me borren la sien de la locura  
con un pañuelo tuyo,  
ya he crecido.  
Sé que no tengo noches venideras ni esperanza posible,

sé que el poema es vuelo subterráneo  
a la espera de luz que lo rescate;  
ya he crecido,  
pero sé que la herida sigue abriéndose  
porque no empañó ya, madre, los espejos,  
y nadie querrá ya decir mi nombre,  
yo sé que busco las jóvenes cinturas,  
los peces de mi signo penetrándose,  
que a la azucena tengo encarcelada al doblar de la esquina,  
que el sueño me da vueltas,  
y que aguardo mi noche bajo el íntimo vidrio  
de todas las estrellas;  
yo sé que he de buscar el cielo roto  
en que cansé tu vientre de raíces  
para saber cómo éramos entonces;  
tú que fuiste en mi ser estas dos cosas:  
el ignorado padre de mi cuerpo  
y la serena madre de mi muerte,  
no me hagas recordar si ya presientes  
mi semblante que esconde su agonía,  
mi destino poeta,  
mi dura suerte de morir temprano,  
cuando se huyan las horas por las huellas del aire,  
y se libere el fruto de su cáscara infame,  
y el sol de todo un día se apague en las rendijas.  
Ahora te peso más y más te canso,  
ahora te duele más mi vida  
y aún temes despertarme;  
ay, no termina tu dolor conmigo ni mi dolor contigo.  
Han pasado veinte años.



Hoy que ya me conoces  
y que sigo pesándote y doliéndote,  
es la crudeza de vivir y el miedo de vivir  
lo que muy hondo  
como un río de bocas me taladra.  
Porque yo quiero dormir el sueño blando  
en que sumerge su mentón la noche  
tras el diluvio cal de las estrellas,  
porque yo quiero dormir en las orillas  
donde el tumulto reza por un muerto,  
para ya no dolerte más,  
para que temas despertarme  
cuando tu paso huya por los puentes,  
y todos se den cuenta que me he muerto,  
y no olvides mi nombre casi angustia:  
Abigael... Abigael...  
para que temas despertarme cuando sepas  
que me he dormido para siempre.

1957

Este poema y el siguiente se publicaron por primera vez en la antología personal *Heredad*, FEM, 1981. Se incluye la fecha de 1957 para facilitar su cronología.

## CARTA A SOFÍA DESDE AYER

Todo juega a ser lágrima esta noche,  
por eso,  
madre,  
antes de pronunciar  
tu nombre etimológico,  
te digo,  
desde la gran ciudad,  
—brasas de tu lejano incendio—  
cosas mías;  
porque tú sí comprendes el sentido  
de la palabra dar,  
y yo estoy dando  
a nocturnas tareas infecundas  
las palabras que no pueden buscarte,  
la verdadera voz sacramental,  
tus calles de semana santísima,  
tus medicinales alegrías y tu boca:  
benditamente insomne por gritarme;  
ay, tu paz digital  
tocando cartas  
que no te he escrito nunca  
y mi retrato  
tantas veces ahogado por el hambre  
de amor con que lo muerdes,  
llorándome.  
Toda juega a ser lágrima

y te lloro,  
abiertamente,  
desvergonzadamente;  
porque en cada acto de mí te crucifico,  
y desde aquí me nombro bandolero  
de tu casa de trigo y de sandías,  
asesino terrible de tus cuitas,  
verdugo de tu paz,  
ángel malo del Dios que te reside,  
desengaño angustioso  
de tu anhelada concepción de un trino.  
Hijo, me gritarás;  
¡madre! te grito,  
pero nadie querrá compadecernos  
si en verdad  
hijo al fin, te martirizo,  
y tú, serena madre al fin,  
no dices nada.  
Todo juega a ser lágrima esta noche,  
y desde aquí te digo:  
madre valientemente sola,  
este fallido corazón en ruinas  
en que mi pueblo busca los teclados  
de un imposible piano,  
te asesina,  
este escombros lunar te precipita,  
este charco de llanto te naufraga.

Noche de somnolencias redentoras,  
noche de ritos para que me llames,

para que me perdones y me nombres,  
noche de hacer poemas para amarte  
más todavía  
de lo que te he muerto.  
Todo juega a ser lágrima esta noche,  
y desde aquí te grito por tu nombre,  
devotamente hijo:  
¡Sofía!  
¡Sofía!,  
porque tú sí comprendes  
este dolor alegre del poeta,  
el sentido de la palabra dar,  
y el desacierto  
de llamar corazón a este naufragio  
y cuerpo a este meteoro de flor dura  
que de repente  
cae.

Madresofía bella bajo tus canas beneméritas,  
es un afán y fe, ímpetu y luz de amarte  
lo que soy  
y abiertamente,  
libremente te lloro,  
desvergonzadamente.

## ELEGÍA DE PRIMER INGRESO

Suben las escaleras de la noche  
con guantes de amargura  
mis voces,  
porque no pueden irse ni quedarse.  
Por acostarse con la soledad  
mis huesos,  
nadie los quiere.  
Estremecen tumultos de violines  
mis manos inexpertas,  
y en la azotea de la luna  
desprenden su tristeza mis guitarras,  
y avisan a las casas  
del hambre de las cuerdas que me busco  
y me callo  
y me renuncio.  
Porque mi madre se callaba siempre,  
y mi tía,  
y no hubo hermanos cerca,  
y obligaron mi voz a irse hacia adentro,  
y a jugar al silencio con mis manos  
si no tuve juguetes.  
Y crecí en los rincones  
tirándole pedradas al hastío,  
con la lengua amarrada,  
mirándome en las lunas del ropero,  
porque no me enseñaron qué era el beso,

ni la palabra,  
ni los automóviles,  
ni el sí,  
ni el no.

Alguna vez, el dolor y la anestesia  
cuando me estaban enseñando anemia  
y algo goteaba desde arriba;  
y vi dos caras nuevas:  
el médico  
y mi muerte;  
y sordomudo me entendí azorado,  
y supe qué era blanco  
y qué era negro,  
y qué el pequeño Dios que me enseñaban  
y qué araña,  
aunque aún no comprenda qué es el día,  
ni la noche,  
ni yo.

Me libertaron ángeles de espuma  
y hoy busco la cerveza y las mareas;  
me libertaron ángeles de humo  
y hoy busco las hogueras y el cigarro,  
pero no me enseñaron  
qué haría sin yo niño  
y sin Abigail púber y ardiente,  
porque todas las noches me acostaba  
a tientas con el miedo  
y con la soledad,  
y con los alacranes de las vigas

y las hormigas del doloroso despertar,  
porque en mi casa las ventanas eran  
penadamente abiertas,  
y sólo había luz cuando velaban  
al recuerdo y al otro,  
el de los clavos.  
Luego me depusieron repentinamente,  
y no sabía de las avenidas,  
ni de los niños,  
ni de las campanas,  
porque en mi casa las ventanas  
estuvieron cerradas veinte años,  
y sólo me decían que la lluvia  
era agua porque no la veía  
y que el viento era malo  
y se llevaba  
a los que se asomaban a mirarlo.  
Ahora conozco todo y no lo entiendo,  
palpo el ritmo solar y no lo creo,  
y a todos les pregunto  
si se come la luna  
o si es un pájaro árbol fugitivo,  
aunque no sé qué es árbol  
ni qué es fuga  
y me busco  
y me callo  
y me renuncio;  
acostumbro a mi piel a que se entibie  
y a mis zapatos a que pisen  
y a mis ojos a que indaguen

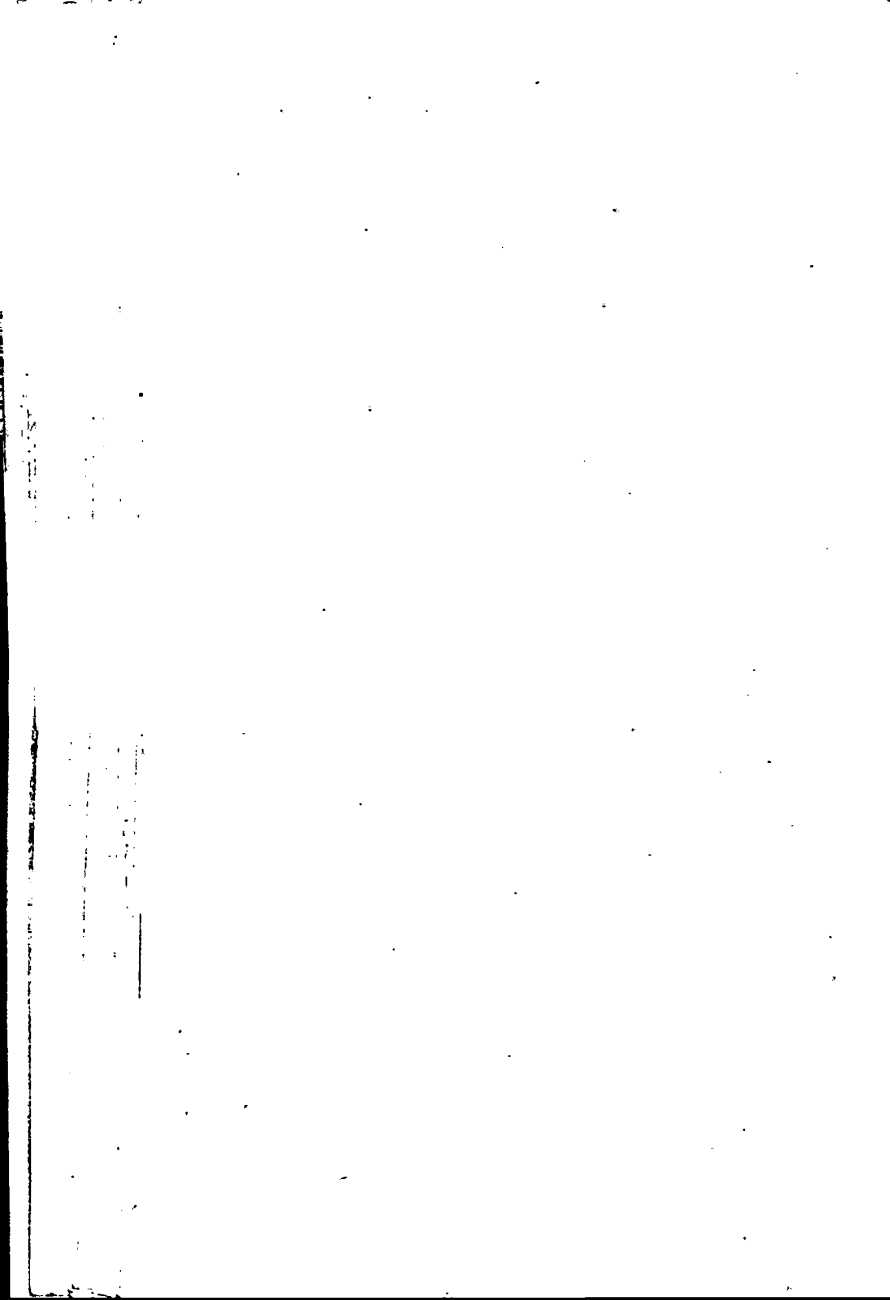
todos los territorios,  
porque no me enseñaron qué era el beso,

ni la palabra,  
ni los automóviles,  
ni el sí,  
ni el no.  
Y no haber sido  
y no ser.

1960



ACTA DE CONFIRMACIÓN  
1966



*a Miguel Guardia*  
*a Juan Bañuelos*



## DEL OFICIO DE MADRE

Del oficio de madre  
puede decir la cárcel por el hijo que se orinó en sus  
[aguas,  
que le puso una túnica de palos,  
que le abrió la palabra machacando saliva con los  
[puños,  
que le dio cinturones,  
que le tatuó la muerte a navajazos;  
del oficio de madre  
pueden decir los bares por el hijo  
que le inventó un insomnio sin ventanas,  
que le dejó caer de madrugada un tufo de metales  
[desgastados,  
que manoseó su oído en la disculpa  
con un turbio cantar de aguas podridas,  
que se le fue de paso por el llanto  
rompiendo fecha a fecha el calendario  
donde en desuso se cayó, de viejo, un ángel de la  
[guarda;  
del oficio de madre  
puede decir el hambre por el hijo  
que por un cielo en cruz, almidonado,  
la retacó en un hueco de pan duro,  
de legumbres pretéritas, de repetida sopa,  
que por ir que te irás la ropa limpia  
le marchitó el pulmón sobre la plancha,

le cegó la retina en los remiendos,  
le dio una silla de montar y un freno  
de larga servidumbre.

Madre,  
si para ti no fue el sol,  
si no fue hecho a tu alcance el mar abierto,  
si sólo para ti fueron las sobras,  
el mar cerrado al mar y el desaliento,  
si para ti no fue libado polen  
ni para ti fue el pétalo nocturno,  
alza los puños,  
junta a todas las madres de la tierra  
y también haz el paro,  
organiza motines,  
cierra el útero amargo con tus manos  
y levántate en armas.

Del oficio de madre  
pueden decir cosechas malogradas:  
oficio mal pagado,  
con réditos monstruosos cobrados cada aurora,  
sin ganancias,  
con egresos de partos y de ojeras,  
con ingresos de cal y desencantos,  
oficio siempre en quiebra,  
sin lugar a la luz, silla sin prórroga,  
con altos intereses de mordidas y pólvora,  
oficio alfiletero de paredón y ahorcado,  
de pateada tiniebla.

Madre del sátiro, madre del mongólico,  
madre del hambreador y el usurero,  
madre del asesino, del extorsionador  
y del armamentista,  
callada madre aun después del golpe,  
resignada a pesar del latigazo,  
madre del agiotista, del gángster,  
del morfinómano, del lunático,  
tú puedes renunciar,  
clausura el vientre,  
repudia la fusión del espermato,  
escribe a grandes letras tu gemido,  
sal a las calles a gritar tu reto,  
y aunque ya la conoces  
mejor muérete de hambre que te mueran  
la boca matricidas,  
muere mejor de sed que en cada vaso  
te siga dando el hijo agua de escombros,  
mejor muérete estéril,  
con el sexo tapiado,  
que tu oficio es azahar y es terciopelo  
y te lo apuñalamos.  
Pon en seguida a las puertas del alma  
la rojinegra tela,  
arriba, sin piedad, madre,  
¡A LA HUELGA!

CARTA ABIERTA A  
LANGSTON HUGHES

*"Los belgas me cortaron las manos en el Congo.*

*Me linchan hoy en Texas.*

*Soy un negro".*

LANGSTON HUGHES

No estoy de humor, Langston Hughes, esta mañana,  
para escribir, fingiendo criptocracia,  
que alguien llegó para estesesasíquedarenmiyomiento  
pero hubo rosas ay rosasarmientos;  
no estoy de humor, de verdad,  
para escribir lo mismo,  
que desde tiempos sumerios  
me han caído en los hombros las langostas del día de  
[trabajo,  
largo trabajo de pensar un poco y qué pensar  
y no pensar en nada;  
por lo contrario, estoy de humor para decir agravios;  
porque es fácil decir que la tormenta  
trae su banda de guerra por el Este,  
que se derrumba el aire con la lluvia,  
que luego es nada más y nada menos;  
que el hombre es del tamaño de su sueño  
y del tamaño de su libertad;  
que todo esto le ha dado un poco de valor al llanto;  
pero hoy no tengo humor  
para que pueda permitirme un verso de cultos lenocinios;  
hoy estoy pobre pobre,



estoy de amor para decir agravios,  
y recordar contigo, Langston Hughes,  
de puerto en puerta,  
algo que vino tirando sangre desde África,  
y que en el mundo *libre* de Yorch Washing *not*  
sigue tirando sangre sobre Lincoln  
y la Declaración de Interferencia  
y la declaración universal de los pertrechos del hombre.

No nos hemos sentado aún, Langston  
[Hughes,  
siéntate,  
te había esperado tanto:  
te he querido,  
si quieres abrazarme, abrázame.  
Te debo anticipar que no soy alguien,  
pero ahora *nigger* (voz norteamericana  
que quiere dar a entender algo pateado),  
estoy de humor para decir agravios:  
le doy camino libre a mis recuerdos,  
tomo el verso vedado y lo hago día,  
me sacudo paisajes que me uncían,  
abro el libro que el miedo había cerrado,  
me echo a rodar y que arda la palabra  
y que prendan su fósforo los ojos.  
Aquí tienes mi mano, Langston,  
Aldebarán de Harlem.  
(Estamos solos,  
Ciudad del Cabo,  
Arkansas,

Mister Faubus,  
Alabama,  
Texas:  
estercolero, Langston,  
de tu América  
de beatas tumefactas  
y curas come-negros  
en el nombre  
del Espíritu Santo):

aquí tienes mi mano, Hughes, poeta de arcángeles furiosos;  
o ¿dirás que no es cierto, Langston, que escribieron  
que *a principios humanos y a leyes religiosas* se atenía  
el comercio de negros?

¿Que en *The negro as a beast* eres un simio,  
que por la lynchocracia  
se te incendia el pulmón y la palabra,  
se orinan en tus sueños,  
te hacen vivir en úlceras de asco,  
y viene y te remacha la miseria  
el Ku Klux Klan?

Deja decir, Langston Hughes, a Norteamérica,  
sí, yo, un *greasy mexican*  
que también como tú tiene su sitio, en otra silla, aparte,  
aparte aparte, *baby*, y otro andén y otro mote,  
y un letrero de heridas,  
y un cartel de dormidos aborígenes,  
que quisiera partir en dos su insaciabilidad,  
escupir su extensión *coast to coast*,  
ir a apedrear su imperio de lunáticos,  
darle un abrazo de ametralladoras

por cada latigazo  
y cada palo con que te congratula,  
y cada restaurante y cada escuela  
y cada trolebús que te prohíbe;  
y por cada derecho que te niega,  
y cada libertad que te limita,  
deja decir, Langston Hughes,  
a Norteamérica:

*the most shiny land under the sun*  
(violentas carcajadas)

que quisiera, por cada siglo en los que enflaqueciste  
[a golpe de macana,

sirviendo de escupidera,  
limpiando mingitorios,  
lustrando sus zapatos trashumantes del número diez,  
por cada siglo en los que levantaste sus terrazas de acero,  
por cada negro soldier que llevaron a Europa,  
a Corea, a Pearl Harbor, a Vietnam,  
a las grandes guadañas,  
a las erectas bayonetas,  
deja decir, Langston Hughes, a Norteamérica:  
¿para qué, entonces, la ridícula estatua de la Libertad,  
si todavía, mil novecientostanto y siempre, *stinky negro*,  
se te obliga a llevar una bomba de tiempo dentro del  
[corazón?

Estallará. Que estalle. Ya. Júralo que estallará.

No nos hemos sentado aún, Langston Hughes, siéntate,  
te había esperado tanto, te he querido,  
si quieres abrazarme, abrázame.

Ay, Langston Hughes,  
porque ya no soportan su petulancia ni su esquizofrenia,  
porque ya no hallan qué hacer con su edificio del

porque ya no hallan qué hacer con ellos mismos,  
y su *marines power*,

92

súper color súper reparto súper duración súper intriga  
Indoamérica adentro.

Negro estatuario,  
negro Jesucristo,  
ahora más te quiero,  
fuerza negra adelante,  
si quieres abrazarme,  
abrázame.

## DEL OFICIO DE POETA

*“¿Por qué un artista, un creador, ha de sufrir hambres y miserias? Aquí descansa entre nosotros el secreto del fracaso de la cultura de México como pueblo. Somos un país de descamisados y de zánganos... Se desprecia al músico, al poeta, por considerarlo como a los bufones de los burócratas. Pero es que se les hace bufones por la fuerza del hambre. ¿Es una ambición innoble poder estar en paz con el pan para poder crear mejor?”*

SILVESTRE REVUELTAS

A  
los poetas que, alzados en la madrugada,  
sobreviven a su gracia desde un menospreciable  
empleo burocrático.

“Muy señor mío, —nueve de la mañana—,  
señor de toda mi conmiseración, —doce del día—,  
excrementísimo señor, —tres de la tarde—,  
dos puntos,  
aparte...”  
(Escarnecido jornalero,  
poeta,  
jacinto trapajoso,  
carnada,  
cínchate la montura,  
trasto, ulcérate,  
sirve, paria de lupanar,

mandadero de la acidez,  
magro lamepisadas,  
sirve, poeta, cavidad del anís,  
escondrijo del vino,  
guarida de la espiga,  
agujero del alba,  
sirve  
amagado clarín,  
colibrí atado,  
ángel en bancarrota):  
poeta quiere decir, en mí,  
prófugo dulce  
de alguna vieja infancia de sonajas,  
y en este vasallaje, en esta servidumbre  
de inclinar la cerviz,  
poeta es —lo más por lo menos—:  
hambre,  
vendimia de la luz  
por un pedazo agrio de pan mensual,  
abdicación, condena  
a trabajos forzados.  
Por veinte pesos diarios,  
poeta, beso descolorido,  
sirve, siervo,  
magnolia en la majada.

“Me permito comunicar a usted  
que la C. Atrocidat —nueve de la mañana—  
por no Jodet a usted C. Mamamacho,  
que estamos en la mejor disolución

—doce del día—;  
señor cantón cante destile desembuche expláyese desofidícese,  
—cuatro de la tarde—  
punto y seguido...  
(¿Y la poesía?  
Bien.  
Dentro del hambre.  
Gracias.)

Qué oficio el nuestro, hermanos;  
nosotros sí que junto al deterioro,  
o junto a los cebados reyezuelos del múltiple retardo:  
—tantos retardos medio día, tantos la jornada completa,  
tantos más tantos, tantos días menos  
de mengua en el salario, sucursal de la tisis—,  
o junto al barrendero,  
o al lado nuestro junto al abonero,  
tenemos que soportar la compañía,  
la densa compañía de la hermana proscrita,  
asomándose,  
gladiolo desterrado,  
debajo de las mesas, enseñando el harapo,  
o sacando la lengua en nuestras lenguas al primate obligado;  
nosotros sí, poetas,  
que aguantamos la carga de la impúdica aquí,  
de la inútil aquí, —deje de hacer versitos,  
la patria no le paga por poemas—,  
de la desplazadísima aquí,  
de la gran muerta de hambre;  
qué oficio el nuestro, hermanos,



arrastrar de la mano a la incestuosa, a la hermana  
[raqúitica,  
llevarla casi a rastras hasta el cúmulo de las diarias  
[peleas,  
sentarnos junto a ella entre la gente  
que ha visto ya a la hermana prostituta,  
que sabe que es la nuestra, y, sobre todo,  
que la tumbamos sobre el lecho en casa,  
cuando a solas quedamos  
después del déspota,  
del tomador de tiempo, de la virgen agrietada  
[burguesalloraduelos,  
a la que hay que incensar, reverenciar,  
porque tiene cien años hemorroides de trabajar en esto,  
después del memorándum,  
del: C. Letrino director general,  
muy amiable señor,  
para inservirle.  
Pero qué haremos —digo—,  
la llevamos de norte a sur prendida a cada herida,  
y hay que arrastrarla, hermanos,  
antes de que nos vean,  
llevarla a casa junto a la madre endulzadora,  
con la que compartimos las deudas,  
el rencor, el frijol rutinario,  
el verso conspirador,  
y peor aún  
el llanto, la consigna,  
y sobre todo, las ganas de matar,  
de patearnos la llaga,

de haber sido cualquier cosa:  
agiotista,  
jefe de personal,  
menos aquí, las arpas,  
el molino de viento,  
la suave muerte que no muere;  
pero ya que en nosotros puede más el hambre,  
y la claudicación  
y la afrenta  
de marcar la tarjeta de entrada al pan oscuro,  
y si estamos sumisos,  
vendidos, aherrojados,  
si no podemos rebelarnos,  
si no podemos pedir nuestro sitio,  
nuestra vuelta a la brisa,  
si no podemos gritar esto que somos a la cara de todos:  
"burocraticémonos,  
bajemos la cabeza,  
escupamos la gracia y de por vida,  
por salarios de criada, alquilémonos,  
aceptemos la escupidera, la jerga, el menosprecio,  
la orden, la humillación,  
convirtámonos en cómplices,  
en detractores,  
en perjuros,  
en falsarios,  
acobardémonos,  
neguémonos,  
digamos que la poesía está de más,  
que sirve solamente para elogiar al viento,

para diseccionar a Dios,  
para abrir las guitarras y perseguir en ellas a la música,  
que el poema no puede hablar del hombre y contra el hombre,  
que el poema no puede ser mordisco gigantesco,  
un espléndido rifle,  
un puñetazo directo,  
que el poema... (si nosotros quisiéramos,  
podría prender fuego al escritorio,  
a la esclavitud,  
al mecanismo judicial)".

Entonces, éstos, los del fácil camino, ustedes,  
pongan de bruces a los obstinados,  
pateennos la música,  
cierren con un candado el sol,  
corten el cuello al ladrador del templo,  
aplasten con el pie a los ruseñores,  
apaguen de un manotazo a la luciérnaga,  
jueguen a la pelota con las violas,  
vayan y junten a los insistentes,  
enciérrenlos con llave,  
echen a un pozo el cuento de la luna:  
¿para qué sirve ya la puerta abierta?  
La flor es un pastel pleno de abejas,  
el día también es la gran estafa,  
la noche es un reguero de gemidos,  
la cabellera un plan lleno de aceites.  
Porque hay otro camino. Gritar.  
Hasta que sólo después de muertos...  
Hubo...

(Me quedo detenido en algún puerto,  
siempre un puerto de noche,  
y del centro de un pájaro quebrado  
que sangra en mi nariz,  
me brota el grito  
de que no existe el puerto, ni el muelle,  
ni mi grito,  
solamente el deseo  
de llegar en un barco hasta mí mismo,  
y ser yo mismo el muelle y las esquinas,  
el marinero,  
el barco y la cerveza;  
me detengo en cualquiera  
y soy yo mismo  
el ron, la cama y la caricia:  
sueño con ser definitivamente  
y soy el sueño  
de soñar el reverso de la estatua,  
una mujer,  
el pájaro  
y la llave  
para meterme en la nariz el barco  
y partir hacia el reino sumergido).

Pero nosotros, tú y yo, amor,  
vámonos a recogerlos  
en torno al desarrollo de ese barco:  
algún pequeño sitio nos aguarda,  
si dentro de nosotros  
tenemos casa

321440

sin partidos políticos,  
sin conflictos sociales,  
sin inversiones públicas,  
nada más la poesía, alerta,  
vigilando las puertas...  
¿A cuánto asciende el costo de preguntar,  
de pedir, de denunciar,  
cuánto de balas cuesta  
preguntar medio siglo de preguntas?  
¿De cuál color la crisis,  
la financiada historia  
y la obra del maquillista  
en cada silla presidencial?

Tómame fuerte, amor,  
que ya es la hora.  
Tu mano suda.  
Mañana nuestros nombres  
estarán en la voz del fabricante  
de arengas funerales. Alborea.  
¡Cuidado!  
¡¡Los fusiles!!

Pareja muerta  
por disolución social.  
Lugar:  
un punto de la aurora.

(yo, mecanógrafo, difusión INBA, 1964)

000138

## ACTA DE CONFIRMACIÓN

En la calle:  
mil, dos mil, cinco mil estudiantes  
exhiben sus testículos:  
los muestran  
dando enormes, duros, macizos gritos;  
se los duelen al viento,  
vociferan,  
y es que en algún sitio  
de humana patria, el hombre está subiendo  
por la tráquea del día  
y de la noche, el agrio  
peso de su dolor y de su hartura;  
y piden largos filos,  
abren toda su juventud,  
hinchán su duelo,  
están como altavoces de la muerte,  
iracundos de amor,  
ensalivados de pobreza,  
y nada cabe en ellos,  
sólo su solo y simple corazón,  
violento mensajero,  
que viaja hasta donde los hombres  
caen sobre sus zapatos y su sombra,  
podridos hasta el tuétano,  
pero sabiendo acaso que, en España,  
en Caracas,

en Bogotá,  
en Montevideo,  
en Lima,  
alguien,  
alguno,  
un joven, un poeta  
protesta y quema,  
escribe,  
encinta,  
funda las residencias del desquite,  
abraza con las manos furiosas las palabras precisas,  
en el verso,  
en los muros,  
en el urgente, incorregible, baratísimo impreso.

En la calle:

mil, dos mil, cinco mil estudiantes...  
en ellos viene y va su cólera temprana,  
sus apenas muchachos de la dura enemistad,  
sus casi niños caídos de la rama,  
pero nada es más grande,  
más flor de varonía que su puño,  
su voz rajando muecas,  
su grito todavía a flor del ángel;  
porque ellos piden justificadas inauguraciones,  
desquites inaplazables,  
manos sabiendo ser brazos abiertos,  
mientras en otro sitio hay estudiantes  
con las tripas al aire,  
ametralladas mujeres, hombres duramente hostigados,

jóvenes dinamiteros,  
muchachas lengua a lengua,  
brazo a brazo en la ira,  
pueblos que quieren propios  
su oxígeno y su sal,  
su agua y su manta,  
su cama y su mortaja;  
por eso, a media calle, gritan los estudiantes,  
silban,  
manifiestan su pedrada y su herencia,  
y yo me voy con ellos,  
confirmo mi denuncia,  
protesto por el sátrapa,  
por el gran hijo de nadie,  
para que el hombre,  
en cualquier parte del mundo,  
le dé en toda la madre al dictador,  
al tirano, al chupavidas,  
porque uno como nosotros  
exija sus derechos, pida sus garantías,  
denuncie, mate, haga revoluciones;  
canto y me voy con ellos,  
canto y espero todo lo que sea,  
todo lo que me cueste  
pedir para los hombres la esperanza,  
porque somos, estamos hechos  
con la misma sangre,  
y de la misma soledad,  
y en la misma intensa, pura, simple, clara, amarga  
geografía,



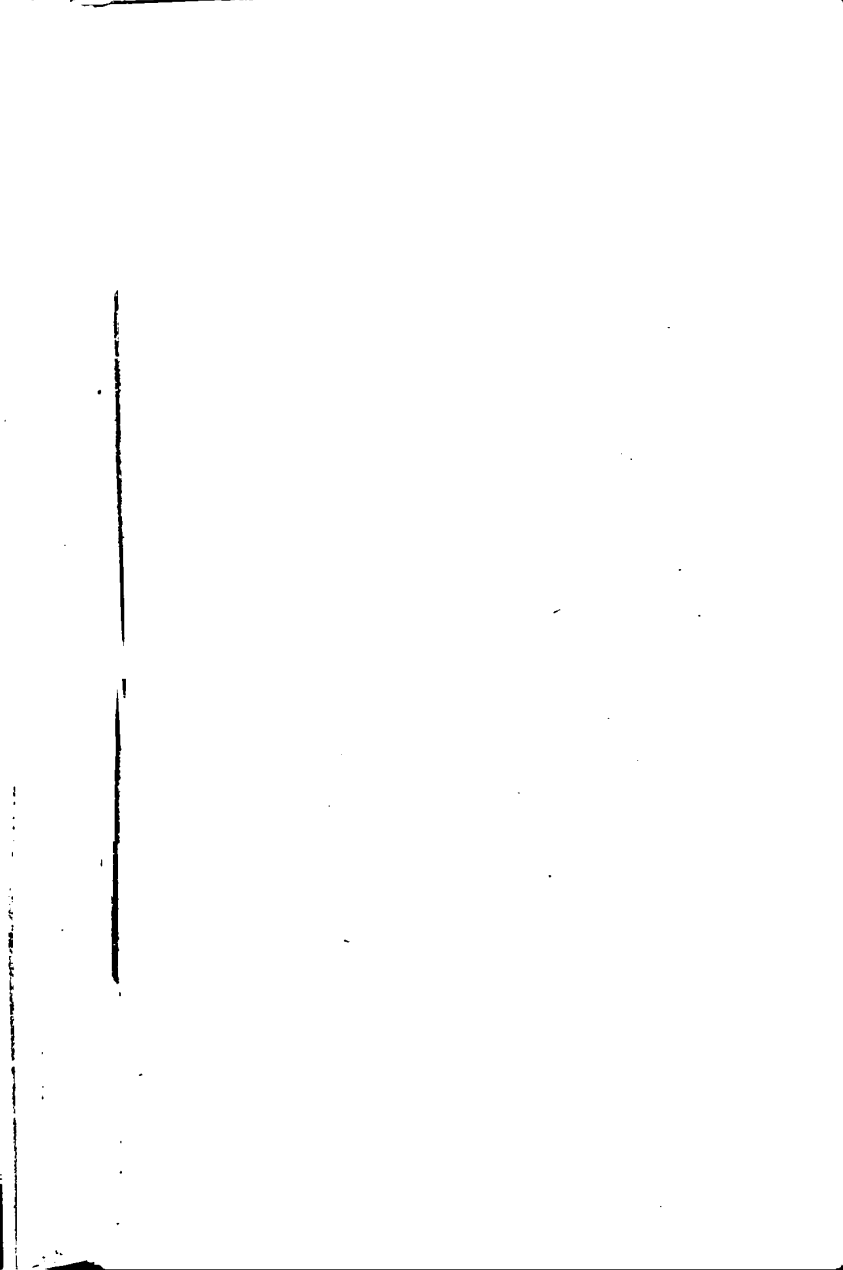
porque estamos  
pecho a pecho,  
testículo a testículo,  
en la misma doliente madrugada  
y nos cuelga todo mismo tamaño,  
nos estremece toda gana de muerte  
para el que en alguna parte  
estrangula sus sílabas de hombre,  
ladra sobre sus consonantes presidiarias,  
enmugrece las sábanas del mundo,  
nutre y se deja nutrir negras ampollas.

Vámonos desde ahora, muchachos,  
nadie debe callar, pago mi precio,  
si en otra parte  
el hombre roba al hombre su garganta,  
su casa, su esqueleto,  
su lugar de pedir ser habitante  
de su sombrero, de su traje,  
de su mano derecha, de su lengua,  
de su públicamente orfebrería;  
para eso y por eso, el poema,  
mi poema se quita los zapatos  
y se echa a andar el tiempo de reptiles.

Ahora navego; amigos:  
el corazón del hombre no es el viento.  
Es un largo puñal.  
Y lo levanto.



CANCIÓN DE AMOR Y MUERTE  
POR RUBÉN JARAMILLO  
Y OTROS POEMAS CIVILES  
1967



*al recuerdo inmortal  
de Margarita Paz Paredes*



CANCIÓN EXALTADA A CLAUDIO AQUILES  
DEBUSSY  
(Fragmento)

Estoy aquí pesándome los párpados,  
mi corazón temblando  
con las cosas de siempre;  
la lluvia llama al orden, pero no puede haberlo;  
hay un des-  
orden de crispadas ausencias,  
la luz verticaliza una agonía lenta y segura,  
que, con la soledad, me va inundando  
de pie sobre las casas de otro día.  
El viento se prolonga en cada íntima necesidad de  
[vuelo,  
y un profundo sabor de beso viejo puebla las vecindades  
y recuerdo.  
La estampa: fiel.  
En mi pueblo de adobe y de gorriones,  
el sol jadeaba un mezquital pautado de insolación.  
Amargaba el jilguero su paisaje de perfumes partidos:  
la maestra se llamaba Consuelo,  
y gota a gota el metrónomo esparcía mi desesperación  
por no haberte encontrado, Claudio, y no poder;  
con diez dedos creciendo entre la misa,  
las lecciones de pétalos disueltos,  
y el alfiler de un beso al mediodía

cuando el calor del norte amplificaba surtidores de miel  
en la cintura heroica de Sofía,  
mi madre,  
con diez dedos para las cosas de la soledad,  
para los barcos de papel de china,  
para el gato de cuerda,  
para las tardes escanciadas al pie de las ordeñas,  
los tíos de regreso del sembrado, las tías sin marido  
y el acuciante fuego lamiendo su inocencia,  
sus caminos de intactos convulsos;  
con diez dedos para palpar mi pubertad abierta.  
Sonoridades subterráneas fueron  
subiéndome en heridos manantiales,  
y llegó la palabra.

Ya me andaba la sed de otro desierto midiéndome el  
[terreno.

La maestra se llamaba Consuelo.  
Desde su ventanal se veía la plaza  
—pero le dije adiós—.  
Yo te buscaba, Claudio, pero no pudo ser.  
Con diez dedos fueron de otra manera las espigas,  
y en la otra música, de tirarle pedradas al hastío,  
con la lengua amarrada,  
mirándome en las lunas del ropero,  
alguna vez, en la noche más dura de corteza,  
en el eco preciso de los grillos,  
dentro de los primeros versos al silencio:  
versos sin brújula,  
versos como un dolor para mi nuca,  
Claudio, aprehendido por fin:



en la palabra.

Hay que llorar.

La maestra se llamaba Consuelo y cerca, tú.

Cambié tus islas por el desamparo,  
como una flor de llanto se me abrieron los tallos,  
ardí.

Claudio que hiciste el verso,  
ahora si qué a gusto desangrarse,  
vengo de andar la muerte con tu ropa,  
conmigo, tú.

Yo quisiera saber cómo es que hubieras  
interpretado al sol sobre los negros  
rotos de un solo tajo de Alabama,  
a una gota de lluvia sobre la boca abierta  
de un muchacho judío muerto de sed en Auschwitz,  
a una golondrina apagando a los niños de Hiroshima,  
al viento sobre un mundo erosionado,  
sobre el hambre larguísima del Ganges  
el paganismo bicornal del toro,  
sobre los tristes tristes de Siberia la tarea del miedo,  
sobre los muros de Berlín y los niños de Biafra la mordaza,  
a la luna repleta de astronautas,  
a los ríos cargados de explosivos,  
a la brisa —tu brisa— radiactiva,  
y a las sireñas muertas  
devueltas a las playas por las bombas;  
yo quisiera saber cómo es que hubieras  
interpretado a Dios sobre el Sputnik,  
a un fauno en Wall Street,

a Cristo en Hollywood,  
y lo que es más tremendo, Claudio Aquiles,  
cómo es que hubieras interpretado  
la superpoblación, el smog, el fin del agua.  
Hay que llorar.  
La maestra de piano se llamaba Consuelo.  
Y tenía en los ojos lágrimas que no me pudo dar.

Soñaba Claudio el mar.  
Soñaba un girasol paracaídas  
y el duro pasatiempo de las flautas  
alrededor de un fauno de otro modo.  
Aleluya.  
Aleluya.

PALABRAS POR LA MUERTE DE  
SILVESTRE REVUELTAS

Y me encuentro de pronto en medio de morirme.

—¡Tira a llorar y llora!—

Despierto de improviso,  
cercenada de un tajo mi voz:

—¡Silvestre ha muerto!

En el más alto sueño no lo es bastante nada;

sólo correr a tientas

desde los negros escondrijos de la repleta oscuridad  
hasta el grito más próximo.

—¡Llora a matar y olvida!

Busco la luz

y me hallo ciego a la mitad del cuarto.

—¡Llora a olvidar y tira!—

Y la cama cayendo al fondo del espejo,

y la noche subiendo su hervor.

—¡Silvestre ha muerto!

Llora a matar y olvida,

tira a llorar y llora,

llora a olvidar y tira.

Mis manos tratando de alcanzar los aldabones  
de la puerta más puerta de sí misma.

Llamo. Llamo. Y nadie me responde.

—¡Muerto!—

Pero la calle existe. Hasta que el alba muge  
en la estruendosa necesidad.

¿A dónde?

Emparedado can, el corazón me muerde.

¿A dónde ir?

Pero la calle existe.

Ahora son los párpados sin fondo

bebiéndose el camino.

Los pasos van ahondando, ahondando, ahondando.

En la calle, el silencio

duele dentro del pulso lento de la neblina

y un pedazo de cielo se tumba sobre la ciudad.

Entonces llueve.

Pero siempre habrá alguien como yo

plantado bajo la tormenta.

¿De qué puede servirme este sollozo al viento?

Pero con todo,

cierta era la noticia:

¡MUERTO!

Muertos sus ojos mansos detrás de la ginebra.

Digamos que

era un muchacho,

y luego el viaje en tren,

y aquella dama lánguida.

Digamos que

él era un hombre

marcado por los filos de la música.

Digamos que

él siempre solitario e infinito,

que él siempre infortunado.

Digamos que

todo ha quedado allí  
su voz magra y terrible  
y sus grandes ratones a la espalda  
y su traje mordido por los perros,  
y su pan duro pata de caballo,  
y un gran pedazo de llanto en la  
memoria.

Digamos que

sórdido navegante en el frío del alba,  
ay, barco majestuoso por las calles vacías:  
desde otra llanura y otra piedra  
alza su enorme copa,  
trozo de luz dentro de un vaso negro,  
pronunciando la palabra miseria,  
fuelle roto de su garganta  
en la herrería de los pianos difíciles,  
estrella del delirio  
a babor y estribor de aguas ardientes  
en una habitación de alcohol y cantos.

Digamos que

aquí quedaron  
los que exprimieron su médula y su  
insomnio,  
los que sorbieron su aliento,  
los avaros que le azotaron,  
que lo desvencijaron:  
los pérfidos lenguajes,  
las palabras usadas,  
las nóminas del menosprecio,  
el salario del asco.

Pero olvida, Silvestre,  
este olor de batracios,  
esta h rrida esencia.  
Si con todo y fulgores  
eres inevitable,  
ellos quedan aquí,  
socavando la hiel  
de lo que nada hicieron  
por tus dulzuras húmedas,  
haciendo restallar tras la espesura,  
su fenecer gratuito,  
los hijos de la bilis  
que copulan a pesar de su cáncer,  
los ministros de cuerda  
y cada muerto  
agitando en el aire la cultura.

Digamos que

se te pas  la vida renegando,  
amando,  
maldiciendo,  
recomponiendo pájaros,  
osamentas de trinos,  
y luego el vaso con un hombre adentro,  
tu piel salvaje de rocío y llama,  
tu cabeza solemne,  
tu cuerpo tosco y grande,  
y aquella golondrina  
que te sobrevolaba  
tu dulce pecho en armas,

tu brazo estupefacto  
latigueando a la vida como a un asno,  
y tus manos tenaces,  
ardientes,  
miserables,  
a la puerta cerrada de los tábanos,  
becerros de la gran ubre de oro.

Digamos que

andabas con el vino, vino atrás desandabas  
los racimos en huelga de tu nombre  
con desapego del que está de paso.  
Donde ponías tus pies y tu palabra,  
ibas dejando al mundo como recién nacido:  
¡cómo te supo a tierra la hiel de los  
amigos!—,  
desde adentro, la música en acecho  
te crecía en espejos desquiciados;  
suspendías diluvios de locura  
en los muelles mordidos de tu alma,  
reino de la maceración y el desencanto,  
cuando barcos terrestres  
te atracaban adentro:  
“En aquella esquina vivía mi novia.  
Y más allá quedaba nuestra casa,  
José,  
Rosaura,  
Fermín,  
Mamá...”  
pero de pronto, hermano,  
pobre bestia de luz a quien amamos,

se te llegó la hora,  
y te moriste.

Desde los turbios crepúsculos de asfalto,  
desde las cuevas burocráticas  
donde aullaba tu cólera  
desde las rosas de concreto de olores venenosos,  
desde la fetidez conciudadana,  
podría decirte todo:  
gracias por esta herencia que nos dejas:  
el ojo limpio,  
avenida ancha,  
primavera, río creciente,  
relámpago arrojado a la mitad del viaje,  
carcajada sideral,  
garañón perdurable de la música.  
Lo pusieron delante de la vida.  
Se lo llevó la vida por delante.  
Siempre tuvo Silvestre dónde caerse muerto,  
pero jamás Revueltas dónde caerse vivo.  
Nunca tuvo el amor tan cumplida escultura  
y jamás la violencia tal golpe de martillo.  
Nunca tuvo qué dar y lo dio todo,  
pero estuvo en la carne donde estuvo.  
Desde su corazón de siete suelas,  
anudado de ganas,  
nunca dijo Silvestre: aquí me duele.  
Hubo una vez un hombre: ya es bastante.  
Una hoguera. La magia. El hechicero.  
Digamos que



mejor con mi equipaje malherido  
mi pena  
caminando lo persigue,  
como un terco animal tras de su dueño.

## CANCIÓN DE AMOR Y MUERTE POR RUBÉN JARAMILLO

Antes,  
pero mucho más antes de este racimo agrio  
de uvas desencantadas,  
pero mucho más antes de este fraude,  
estrictamente mío,  
en que me duele decir con diferente voz: México, patria;  
pero mucho más antes de este alacrán subiendo por mi tráquea,  
de este ogro sin semilla que me azuza la desesperación,  
pero mucho más antes de este desfalco amargo  
del sustantivo libertad,  
ya estabas tú de pie, Rubén,  
levantado en tu lucha por la tierra,  
anticipadamente muerto,  
con el tiro de gracia madrugando tu fracaso inaudito,  
madurando tu centella ilusoria,  
alimentando  
tu pobre fe en confiadas instantáneas  
del señor presidente,  
ya estabas tú de pie, Rubén,  
cierto seguramente en que sería  
tu lucero amputado,  
tu mano rota y derramada y sola,  
tu humilde aurora abierta sin permiso,  
tu cuerpo puro asaetado y pobre,  
tu ingenua espera de aguardar hipócritas

palmas en el hombro...  
Ya estabas tú de pie, Rubén,  
de muerte entera. Nosotros lo sabíamos.

(Todo empezó en la voz amordazada;  
todo empezó en los túneles del viento  
cuando estaba penado ser espiga.  
Ay, alacrán a cuestras,  
¿quiénes somos nosotros?  
¿no habrá quién nos liberte?

Todo caía en pozos sin remedio,  
en la muela el amor no respondía  
porque no fue palabra nunca felicidad.  
Hazme una cruz de cólera.  
Toma el escupitajo.  
Que, ¿no habrá quién nos salve?

Tuyas, patrón, la tierra, la mujer y la hija,  
el perro y la cosecha;  
más las lágrimas, la bofetada,  
sólo más la cicatriz, la esclavitud,  
la tisis;  
tuyo, patrón, el vaso del aroma.

Abajo se venía, tumbada por un látigo,  
horas antes del parto, la alarma prematura.

Todo empezó en los glóbulos del hambre.  
Ay, cadáver adentro del cadáver a cuestras,

quiénes somos nosotros,  
¿no habrá quién nos despierte?  
Todo empezó al pudrirse el cascarón del  
[sueño,  
al esfumarse el límite de la desolación,  
— al caer de la rama, harta, la sed.  
Carpintero, hazme un árbol;  
herrero, hazme una espada para este desamparo.

Tuyas, patrón, la gula y el banquete,  
el granero y la vaca;  
mías la anemia, mías, pero mías también  
la rabia y la saliva.  
Estábamos hartos de puntapiés.  
Hartos de comer mierda).

Cuando nos dimos cuenta que de cualquier memoria  
nos llegaba el azote a mitad de la cara,  
y todo era una herencia,  
hasta el dolor;  
cuando supimos que no lo era bastante  
el reverso del canto  
donde sangrar en paz;  
cuando buscando dónde aullar,  
recorridas la muerte y el invariable espanto;  
cuando alzadas paridoras patéticas,  
echando afuera inconcebibles  
hijos muertos adentro,  
alzándolos en vilo,  
estrellándolos contra el avance del desorden;

cuando la tierra fue más que levantar de bruces  
el pulmón del estiércol;  
cuando, a pesar de que existiera la mirada  
como la única fuerza,  
y bajaba la mano hasta la sangre  
para entender su cauce;  
cuando todos los días  
se estaba de visita con el hambre,  
y respirábamos  
todo lo que no era sino el aire;  
cuando crecíamos a falta de otra cosa  
y fuera del alcance del durazno;  
y a pesar de la lividez de las hachas  
esperábamos nada  
sentados sobre todas las lágrimas;  
cuando creíamos que, sin embargo, habría  
que romper las compuertas  
del hábito de sufrir;  
cuando olfateábamos que no más deberíamos  
perder tiempo para sembrar;  
cuando recompusimos, oscilando  
entre la fatiga y el desprecio,  
los andenes del pecho,  
y fuimos al encuentro  
del todavía distante amanecer;  
cuando indagamos, buscamos, olimos, palpamos,  
la simple y pura necesidad de libertad;  
cuando ya no quisimos saber más  
de estar paralizados;  
cuando rodando por el río difícil

enarbolamos la palabra Emiliano,  
la recogimos del surco  
y le pusimos ira  
y nada que tuviera que ver con que te amo;  
cuando nos regalamos  
todo lo que era nuestro  
y marchamos endurecidos de gentío;  
cuando la poesía huyó de los libros  
y vino a cada puño  
gritando amar al enemigo en sus cadáveres,  
y ya no disimulamos la táctica,  
el resplandor, la pólvora,  
ya estabas tú, de pie, Rubén,  
desalentadamente  
muerto.

Ay, claro hermano de todos los caídos  
por procurar larga larga gota de agua  
y dársela al sediento,  
padre  
de tantos más cargados de otros sueños  
por defender la luz que ya no existe  
para los desgarrados, negros, negríssimos mendigos  
de la negada tierra;  
allí está tu mujer,  
deteniendo en su cuarto ametrallado  
la inocente semilla;  
allí están tus tres hijos, reventados  
sobre su propia oscurísima esperanza;  
y sobre todo, abofeteado, el hombre,

nuevamente Zapata masacrado,  
fatalmente, otra vez, crucificado,  
y ahí está, peor aún, México muerto,  
y tu asesino, vivo, deificado.

Te acabaste Rubén de cuerpo entero,  
pero de muerte entera estás presente;  
otro Rubén vendrá  
como en ti palpitaba aquel caudillo,  
y otra vez a Rubén lo harán pedazos,  
y otra vez lo estarán agujereando,  
y otra vez morirán sus familiares,  
sus campanas de plata,  
sus dioses sin arado.

Te acabaste Rubén sobre la tierra,  
pero no te acabaste,  
nunca terminarás, Señor de pobres,  
siempre estarás alerta en estos ojos  
con los que te lloramos,  
con los que yo te lloro,  
casi para gritar,  
mientras me sube  
por la tráquea del asco  
el fraude, agrio racimo  
de uvas desencantadas,  
si digo con voz de esta mañana:  
Patria, Santísimos Ejércitos, México, Constitución.

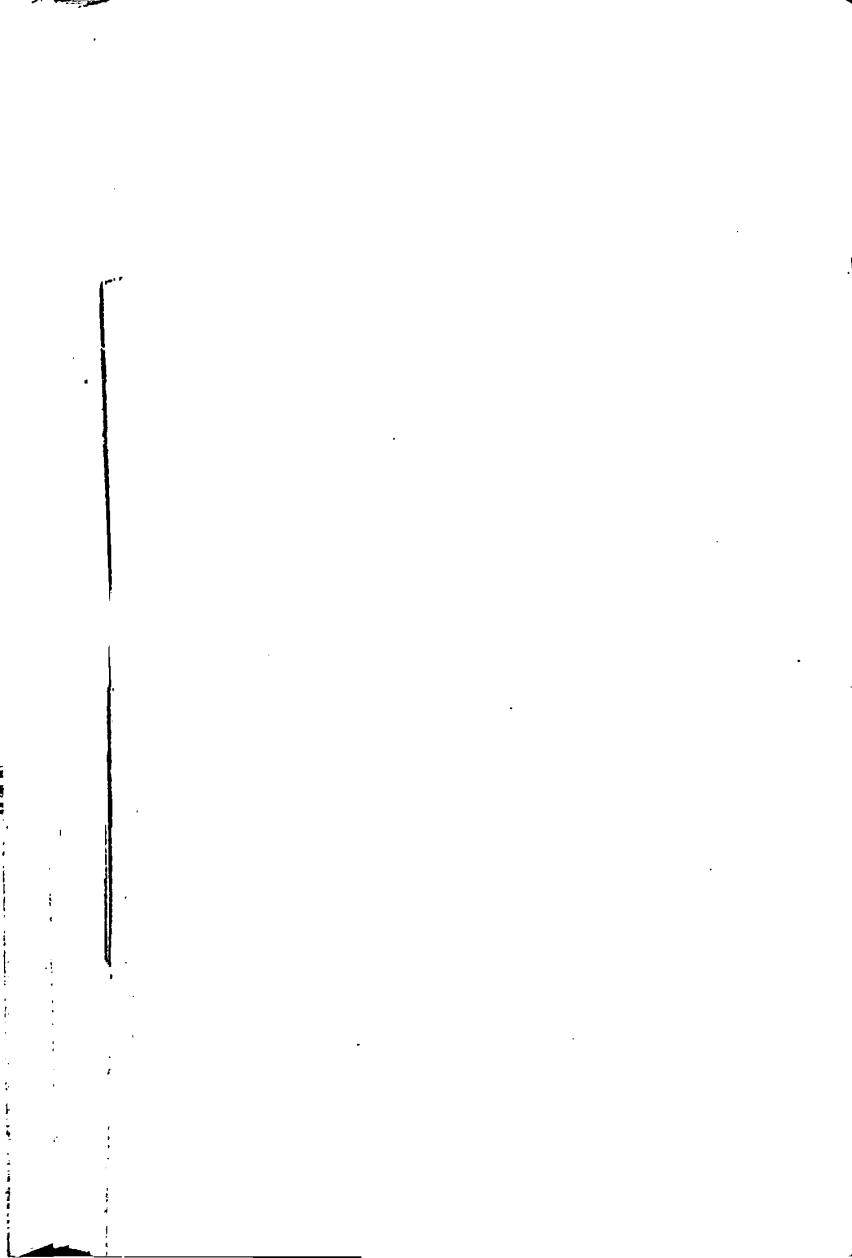




LAS AMARRAS TERRESTRES  
1969



*A Paula de Allende que vive  
aún en estas cosas.  
Para Carlos Saavedra*



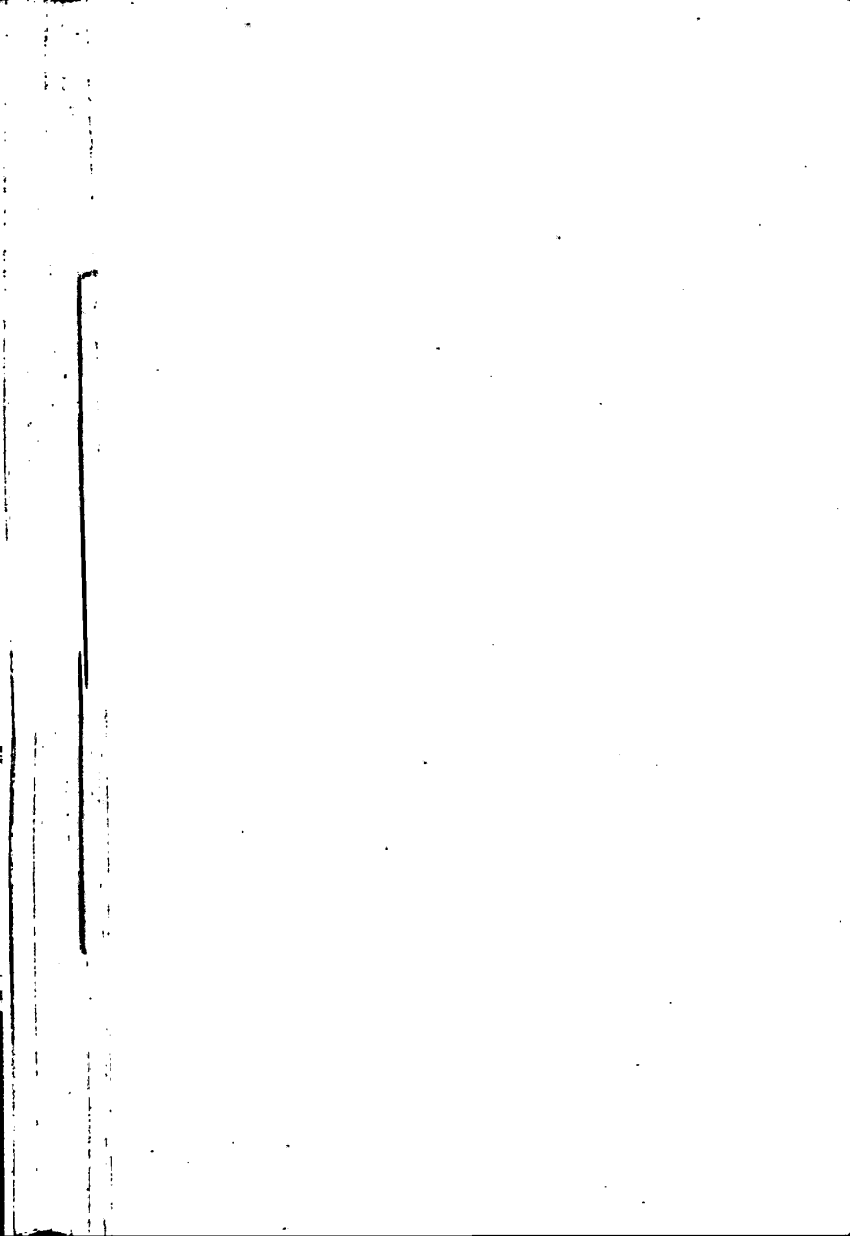
## LAS CANCIONES POR LAURA

*"Ahora deseo que nadie se ame, nadie.  
Por lo menos, ningún hombre,  
ningún hombre.  
No haya amor.  
Ningún amor más.  
Yo que por nadie puedo confesar,  
me muero  
en ti, con el mundo.  
Oh, nunca busques a mi Laura".*

URBAN TORHAMN

En el corazón de todos los hombres hay siempre una Laura dormida:  
llámese amor, muerte, ilusión, desesperanza, ensueño, sexo o poesía...  
Laura siempre perseguida, siempre tumbada sobre los encuentros y  
fugitiva siempre.

a JUAN JOSÉ ARREOLA  
con devoción profunda.



I  
CANCIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO BAJO LA  
TORMENTA Y DE LA LLUVIA SIN LAURA

“Tal vez me encontrarás en todas partes.  
Adiós”.

Y  
llueve.  
Junto al bramido esbelto de los trenes  
—tránsito diluvial—  
viene y va la ciudad lavando su arpa.  
Llueve:  
oratoria rasgada,  
pasma abierto.

Diluida,  
mana tu ausencia elementales ríos.

Marineros terráqueos, abren  
cartas de navegar los automóviles.  
Nada en junio el verano  
y es un buzo patriarcal la estatua  
de Cristóbal Colón.  
Por culebras de asfalto  
—haraganas sin rostro y sin hartazgo—  
trajinan almirantes apagados.  
Fieles a los espermatozoides de la lluvia

las gladiolas esperan su cornada.

Llueve.

Ojo de la pintura.

"Tal vez..."

Todo fue dicho, Laura.

Y también lluevo.

Hacia desembocados lagrimales me derramo  
por la ciudad sin ti,  
yo que al vértigo anudo  
voy.

Por Reforma próceres olvidados mejor encaramados  
enarbolan su incurable porfía  
de estar ahí centinelas del tráfico mirando  
cómo pasa la vida tan mojando.

Pasajero sin balsa

Cuauhtémoc arponea gachupines.

Picotea la luz la última abeja que mielea las dalias  
y en el bosque marnósteros relinchan  
los pluviales centauros  
arremetiendo el sexo de La Diana.

Todo fue dicho, Laura.

Ancho desbordamiento fugitivo  
el viento caza nubes, las desinfla,  
y con él por los muelles despoblados  
de la ciudad de México,  
carabela sin ti, se va buscándote  
mi voz innumerable.



Llueven varas de cánticos,  
luceros denegridos,  
pulsos entre cardúmenes,  
calvicies malheridas.  
En la Alameda Central todas las formas  
del olvido y del agua  
están presentes;  
desde sus malecones imprevistos  
puedo medir la soledad atlántica.  
Muda está la paloma y escanciada,  
apenas si la huida de las locas mercantes  
que la amaron  
queda bajo el turbión entrecogido.  
Pegasos dipsofóbicos  
alzan el vuelo y Bellas Artes queda  
hipopotámica  
irremolcable ya bajo la lluvia.  
Telégrafos fatiga sus alarmas,  
hacen olas sus sótanos tribales,  
y Donceles mira pasar damnificadas togas,  
birretes, estatutos, decretos, desacuerdos,  
lábaros desteñidos en la negra corriente.

He salido a buscarte, pese a todo  
Laura.  
Aquí tampoco.

La Torre es como un mástil del diluvio.  
Llueve.  
Lo más cristal de Dios.

Todo fue dicho sin embargo, Laura.  
Qué arboladura rota.  
Qué nave enloquecida.  
Qué soledad sin timonel ni velas.  
Qué anzuelo derrotado.  
Qué orfandad sin tu fuerza, Laura.

Llueve incansablemente.

El Correo Mayor

está a punto de zarpar. Lo abraza  
un resquemor distante de gaviotas,  
y el silbato lejano de las fábricas  
lo hace temblar de velas y de peces,  
de cartas hacia el golfo y de carteros  
con timones de ráfagas navales.

Por San Juan de Letrán

se quiebra toda brújula;  
apenas si del polvo de todo itinerario  
queda un disperso párpado lloviendo  
y al ancho cauce desuncido  
caen y se van y vuelven  
los paseadores inconclusos.

El color se marea desde los camarotes  
de Cinco de Febrero;

bajeles estudiantes

de bozo impreguntable balbucean

una mala palabra transoceánica

por la sirena taquimecanógrafa

que les dejó en los muslos —salteadores

asaltantes atracadores tibios reinos nocturnos—

la entrega y la renuncia,  
el tacto y el dolor de machos jóvenes,  
el sí y el no espumoso en la tormenta;  
inabordables buques de alquiler  
confiesan su impericia marinera,  
Poseidón de impermeable  
pita en Cinco de Mayo.  
Neptuno y Anfitrite con macanas de limo  
comandan el oleaje en Peralvillo;  
las Nereidas les mientan diluidos  
remolinos de injuria en los hoteles,  
y en la tarde nadante,  
travesía sin ti,  
anclo en el Zócalo.  
Tláloc se hiere de dulzura.  
Los ajolotes palaciegos  
andan como en su casa.

No, no estás aquí tampoco,  
pese a todo.

En la bogada ruta sin vigía  
la Colonia Guerrero navega a la deriva  
y sube y baja, entra y sale,  
se oculta y se descubre  
el Puente de Nonoalco en el oleaje.

Y tú no estás, amada,  
no estás en todas partes,  
sin embargo.

Latifundio trepado,  
libertinaje-orgía-tíaricatejana-mofa-escarnio  
del arrabal  
boca abierta babeando anfibio celo  
Santiago Tlatelolco  
rescata los cronómetros a prueba de  
siempre no  
a prueba de agua.  
Pontón sin beneficio y sin oficio,  
Relaciones afirma su calado en el dique oprobioso  
y la lluvia intimida la briba cortesana.  
Sin escalas  
hay tritones que van hasta La Villa  
en cepos argonautas  
desarrugando la piratería  
y la ciudad entera  
tira a un lado la ropa y chapotea  
junto a los empapados aviadores  
del Peñón de los Baños.  
Dios ha quebrado su galón de nardos  
en las proas de México;  
la virgen pesca en la Colonia Roma  
hidrofóbicas almas;  
un reguero de arcángeles en brama  
Chapultepec contiene;  
el Castillo piloto  
queda sobre cubierta sin barquero,  
pero no hay un paraguas para El Ángel  
—Prometeo del alba—  
sufriendo su Columna.

Laura.  
¿Dónde?

Inúndase la noche.  
Ahogada por la cólera del agua  
se alcanza a ver la mano de una estatua.  
Carlos Cuarto y Bolívar,  
cabalgan hipocampos encallados.  
Naufraga Catedral. Un alzado  
de sotanas copia negras ranas sagradas.  
Es un abrevadero trasatlántico  
la Calzada de Tlalpan.  
En las dársenas chalcas,  
las manos de la lluvia  
recobran un jardín de altos racimos,  
pájaros, escamas, tallos, corolas de agua  
tenazmente infinita  
y Xochimilco, playa sin esperanzas,  
desentume portaflores atónitos.  
Año nadan las vírgenes de Mixquic  
sus traseros mojados;  
ante la furia sin memoria  
Milpa Alta transparenta su desnudez purísima;  
por todos los caminos se apresuran  
búfalos desiguales.  
En la nocturnidad enloquecida  
el Monumento a la Revolución embarca  
los últimos espejos.  
Llueve bíblicamente;  
Teotihuacán se mofa del atuendo

despilfarrado bajo la llovizna  
del monumento a la perrada arrasa.

Laura.  
¡¡Nunca!!

La lluvia cesa.  
Medusa vecindera  
exprime sus culebras proletarias.  
Tepito y La Merced  
dan pie con lodo.  
Y no se puede creer que ese rebaño de la Avenida Juárez  
sea el mismo de ayer,  
parado allí,  
sonriendo siempre,  
cabra errante,  
espía de su raza humedecida,  
preparando su cámara.

Estrafalario pregonero, subo  
las esquinas de México, gritando:  
¡Laura!  
¿Bajo qué acantilado detuviste  
tu imprevisto velamen,  
dónde se alzan tus islotes herméticos,  
cuál turba está sudando ahora tus encajes,  
cuál enemigo te habita  
y en cuál sitio?  
"Tal vez me encontrarás en todas partes.  
Adiós".

Sigue lloviendo sobre mi corazón  
algo sin Laura.

## II

### CANCIÓN DE LA SEMANA COMO PUDIERA SER JUNTO A LAURA COMO TAL VEZ SERÍA

Laura tenía un insoluble asombro.  
Jarra de fiebre en los desnudos remos  
cuando llegó. Dijo que me quería. Era  
igual que una naranja al mediodía.  
Ciudadana lustrosa de enclaustrados aromas.  
Me quería. Dijo que me quería.  
Un encierro de gozo sus enaguas.  
Defendían repletos de castigos  
una guerra de lámparas, sus hombros;  
y los dos, extranjeros, atrasábamos algo,  
deteníamos algo entre los dedos.

(Lunes de luna y de saberse amado.  
Lunes para ser martes. Medianoche.  
Tatuajes planetarios limitaban  
el diámetro palpable de tus manos.  
Amarguísima paz la de la alcoba.  
Cristal de tierra con que fui verdugo.  
Entonces, bajaste de tu nombre  
con tu oficio de rumbos enterrados,  
circunscribieron labios redentores  
los pueblos del lenguaje  
y sitió tu razón de ser distante,  
lunes de luna y de saberse amado).



Laura temía a Dios. Laura tenía  
mi nombre atado al suyo.  
Los higos maduraban bajo de su vestido.  
Venía siempre, gracioso su talón  
a reembarcarse en el caballo torpe de mi plática.  
La noche a paso de hecatombe entraba  
por los miembros en guardia.

(Martes para buscar a Dios,  
porque quisiste  
saber si se escribía con mayúscula  
su proporción geométrica y perpetua.  
Martes para buscar a Dios  
con el desorden de nuestra ofuscación.  
Martes para aprender lo necesario  
y decirte que Dios era en la vuelta  
de cada sombra y de cada transparencia,  
y decirte que Dios forma parejas  
de las palabras rotas y las piedras  
que buscan compañía;  
martes para buscar a Dios, vasto milagro,  
posesión inconsciente que nos marca  
sabidurías mínimas y agujas  
para coser el árbol del silencio.  
Martes para ser miércoles y luego  
sentarnos a beber los pies descalzos  
y sentirnos la edad de nuestros ojos).

Laura no preguntaba el rumbo de las puntas  
del dardo castigado tantas veces.

¿Cómo no amarte, segador del alba? —me decía—.  
Mi soledad entre dos filos iba  
soñando con segar su florería.

(Miércoles de luz propia.  
Porque llegaste  
sobre el viento diluido de tu forma,  
porque llegaste con tu desamparo,  
lenta la precisión de tu sonrisa,  
a decirme el valor de haber estado  
a solas con la insólita fragancia  
de la muerte pequeña de una estrella.  
Miércoles de luz propia, si estuvimos  
contándonos los pueblos que ceñían  
con su diversidad de sangres  
nuestro origen; porque habías llegado  
ejercitando un vuelo de lloviznas  
para regar mis flores sin ventana.  
Miércoles de luz propia y de luz tuya,  
si aprendí a pronunciarte de repente  
y a madurar la hierba del paisaje.  
Miércoles de guitarras, que a lo lejos  
buscaban el acorde de un pañuelo  
y la pisada musical de un beso.  
Miércoles de violines estudiantes  
que salpicaban una margarita.  
Miércoles de luz propia, si llegaste  
como distante y larga muchedumbre  
a gritarme el poema para el jueves.  
Miércoles de luz propia y de luz tuya

sobre los dos cansancios de mis ojos  
y las diez golondrinas de tus manos).

En Laura  
la almendra oscura no quería florecer.  
Laura tenía en cada trenza un ángel derramado.  
Me pesaban  
las uvas impacientes bajo el trapo.  
Laura, mundo frutal y territorio abierto  
era el clarín del fuego. Yo esperaba.  
Con voz de niño iba hasta su lengua,  
y la yegua festiva  
levantaba su asombro enamorado.  
Yo sé que me quería.

( Jueves de pronto.  
Jueves sin esperarte.  
Perímetro lunar que se rodaba  
sobre el amplio sombrero del garaje.  
El muchacho arrullaba  
la privada agonía de las camisas viejas.  
Tendedero.  
Azotea.  
Goteaba su organillo agua secreta  
de canciones sin letra.  
Desamparo exterior.  
Ojos que sospechaban de la lluvia.  
El diablo encima de los edificios  
y en la pesada noche que salía apenas:  
tú.

Jueves de pronto.  
Jueves de alcanzar a dar flor  
de estar cantando.  
Jueves de anochecernos en las tazas  
que extraviaron café de estar contigo.  
Jueves de pronto.  
Demasiado pronto.  
Noche de desclavarnos otra puerta  
—mientras mi ruego interno te desviste—.  
Jueves para ser viernes, ritmo alerta  
nuestras manos buscándose sedientas;  
en el amor, la herida silenciosa  
abriendo sus ardientes girasoles,  
el sensitivo grillo procurándonos  
y el sur, como tus ojos extranjeros,  
se extendía en el orden del espejo.  
En el espejo: tú.  
Jueves sin esperarte.  
Corría la esperanza su esperanza  
y en la esperanza: tú).

Laura apretaba su rosa circumspecta.  
Guardaba su secreto campanero;  
subía a diario su deslumbramiento;  
y luego sonreía.  
La cisterna  
edificaba marítimas aldabas.  
Yo era un fuego más  
entre las crines oscuras del deseo  
aumentando cerrojos.

Laura se echaba al cuello su derrota  
y luego sonreía.

(Viernes sacramental.  
Oh, Prendimiento  
por la piedad que no he tenido nunca,  
y que me ha dado tu poesía viva  
desde tu arribo caudaloso.  
Viernes espiritual, porque sumamos  
el dos de amor, las nueve de la noche  
y las nueve letras de tu nombre,  
para saber tu edad agricultora  
que me ha sembrado alondras en el patio  
y calvarios pequeños en los dedos  
para el poema diario.  
Infinitesimal Viernes florido:  
tu arena cálida  
escudriñó las venas de mi frente  
para el cuarto marino que tendremos  
y el verso se murió cuando, en las calles,  
se morían las doce,  
las galaxias,  
las rosas de los cuerpos  
y los perros.  
Viernes para ser sábado.  
Te quiero.  
Te quiero sin querer quererte menos).

Laura había llegado  
desde quién sabe cuál lugar de los corales.

Nunca dijo de dónde.  
No sabía quién era. A dónde iba.  
Sementales sin doma la traían del nardo a las espigas.  
Y era una abeja loca mirando siempre  
hacia un camino abierto. Laura  
se moría de casta,  
se moría “de casta y de sencilla”.

(Yo estoy contigo, aquí,  
alerta,  
desnudamente humilde,  
extrañamente huérfano del cuerpo,  
del pan,  
de ser,  
dulcemente muriendo de mis venas,  
viviendo de mi saliva,  
lejanamente inmensas las pisadas,  
abandonadamente pálidas las manos,  
pero contigo,  
aquí.  
Fugitiva:  
¿hasta cuándo las tibias hondonadas?  
Y el sábado cayó como un hachazo  
sobre nuestras cabezas).

“Tal vez me encontrarás en todas partes.  
Adiós”.

(Y el domingo cesó cuando te dije:  
¡¡Deja beber de ti las amapolas!!

Y tú dijiste:  
¡¡No!!)

Laura está en la ciudad de algún planeta.  
Laura está en la sequía de algún pueblo.  
Laura está aquí y allá. Laura no existe.  
Laura vendrá algún día en algún árbol.  
Todavía la busco.  
La busco en todas partes.

Sigue lloviendo.  
Sobre mi corazón.

### III

#### CANCIÓN DE LAURA QUE VIENE CUANDO LA SUEÑO Y DE LA NOCHE COMO NIÑA NEGRA

Amada inexistente,  
la tristeza se monta en mi esqueleto,  
castigan sus espuelas mis ijares.  
Amada sin ausencia:  
al toro de la noche,  
banderillas de lluvia se clavaban  
y lo dejaban solo,  
con el lenguaje extenso de la calle  
pronunciando automóviles.  
Al toro de la noche,  
estoques de las doce lo picaban  
y lo dejaban húmedo  
con las moscas eléctricas y el péndulo  
de tacones tardíos,  
y se llenaban de agua sus heridas,  
y se moría abandonado,  
con el toro del día casi encima,  
y la espada del agua exterminándolo,  
terminándolo,  
minándolo.  
Amada en cualquier parte:  
la noche se ha sentado  
dolida, como una niña negra,  
a mirar desfilar las avenidas,



sin preguntar a nadie  
por qué los trenes no la dejan subir,  
por qué la dejan detrás,  
afuera,  
como a viejo cometa  
que perdió de muchacho la fórmula del ave.  
Amada en algún puerto:  
como una niña negra  
la noche se hace ovillos en el cielo,  
no la dejan entrar en las recámaras,  
la tienen exiliada en los tejados,  
la ahuyentan con las lámparas,  
no la dejan bajar,  
urgida como está de ser amada;  
revolotea, espía,  
se asoma por debajo de las puertas,  
y cuando llega al centro  
de algún pan descuidado,  
las escobas del alba  
barren de las cocinas su querencia.  
Amada que deseo y que no llega:  
como una niña negra,  
la noche está lloviendo,  
porque nadie la quiere.  
Laura que de tu ausencia se me llena la vida  
dolor por el deseo para siempre esculpido,  
Laura de ásperos frutos exprimidos al viento,  
dolor alimentado por dagas abrasadas,  
Laura de cien canarios ahogados en el pecho,  
dolor puesto de bruces por una sombra loca.

Amor: es ya el verano.  
De nuevo es el verano.

Noche, mi niña negra,  
está la puerta abierta.  
He apagado la luz,  
entra,  
te amo.

Laura, como ciego, me palpo.  
Mis sollozos ausculto.  
Te llamo.  
Abro la puerta para que entre a mi corazón  
y trigo oscuro.

La noche se ha dormido  
dentro de mi garganta.  
Laura utópica llega.  
La niña negra duerme.  
Silencio.  
Yo sí te quiero, tranquila espesa niña,  
a la rorro,  
ya.

Yo sé que alguien mi mano oprimió contra su hombro:  
Laura.  
Laura de todo el mundo,  
Laura insólita norte,  
Laura imprevista sur,  
Laura imposible este,

Laura impúber oeste.

Oh, Laura en cualquier sitio,

en todas partes Laura,

amada aérea, amada subterránea,

amada subcutánea, amada terrenal,

infernai y celeste,

Laura inaudita mía que estás en los espacios,

niña, mujer, amante, santa, víbora,

adolescente, virgen, solterona, macho,

de verdad es tu mano la que tengo solitaria

en las mías.

Ha nacido el poema,

viejas lágrimas

me encorvan las pupilas.

Está saliendo el sol.

La niña negra

desaparece adentro de los pájaros.

Ahora tengo en las manos un suspiro.

Laura ha muerto de nuevo.

El sol dice el silencio y los adioses.

En las fachadas ebrias:

las ruinas de la luna.

Banderillado por la madrugada:

el día

muge.

IV  
CANCIÓN PARA LAURA, MIENTRAS TANTO  
SEA LA HORA

Buscando polvo de nosotros,  
el polvo del camino me investiga;  
rueda la caminata y la chamarra  
me huele a su tristeza y a sus huellas.  
Busco por cada tronco que se fuga  
aquello que ella dijo y no entendí.  
Otra vez casi rumbo y casi nada  
y otra vez  
otra vez  
hasta Laura y en Laura de nuestra muerte,  
amén.

CANCIONES DE SOLEDAD  
PARA NO ESTAR TAN SOLO  
(Fragmento)

I

Ahora es que amo todo  
lo que en alguna parte te contiene,  
lo que en algún lugar tocas,  
estremeces, hueles, odias, deseas,  
amo hasta lo que tú ames  
por todo lo que no nos fue dado amar,  
y por lo que perdimos.  
Fumas, seguramente,  
y viajas tu ramazón entrecortada  
por la ciudad que vives;  
o te das;  
o es de noche,  
y tus ojos se sientan  
en los embarcaderos;  
o tienes hambre  
y el mediodía lame tu corazón;  
o esperas la voz de ningún sitio  
de pie en todas las puertas de la soledad;  
o te has enamorado  
y no te alegras  
de tener nuevo oído para entender;  
o tal vez  
estás pensando en mí,

y no soy yo en quien piensas;  
o estás pobre  
y de nadie es la culpa  
y dices que es de todos;  
o tus ojos se han puesto toda la luz  
para amanecer:  
y amanecen;  
y tus labios venden alguna cosa,  
o lees el periódico  
mientras que Dios te lustra los zapatos  
y el aroma  
puebla toda paloma en tus rodillas;  
o es posible  
que nada sea posible.  
Ahora es que amo todo lo que tocas:  
el agua,  
el pan,  
el alba,  
las espigas,  
el teléfono,  
el auto,  
el ascensor,  
la lámpara,  
y amo lo que tú ames,  
y a tu enemigo,  
y a tu carcelero,  
y a tu verdugo,  
y a tu acreedor,  
y a tu deudor,  
y a tu amante,

y a tu heridor,  
y a tu asesino;  
porque estoy menos solo  
si, conmigo, sin ti,  
me duele lo que tú padezcas,  
o seas,  
o dispongas;  
solo en mi soledad  
escucho cómo el hombre  
hace sonar planetas;  
cómo el hombre  
fundó la última estrella de la última parte  
del ensueño; cómo el hombre  
desembarcó en la aurora de otra aurora,  
pero tú,  
más lejos que tú mismo,  
estás ahora  
nunca más en mis manos,  
y entro y salgo de todo,  
y entro y salgo,  
que no da sombra tu lugar:  
vacío;  
que ya no da para más;  
que ya no vienes;  
que te me vas;  
que te me vas en todo lo que amas;  
que estás y estoy amando;  
que estoy llamando a nadie por tu nombre,  
y alguna vez:  
el viento.

(Tu piel era sólo la piel;  
y se mojaba  
la luz sobre tu piel;  
se hacía espejos,  
y era más luz que nunca.  
Fui yo el que estuvo adentro de mí mismo.  
Gemía tu niñez, como los árboles  
cuando la rotación  
y los columpios,  
y el sol que le hace niños al verano.  
Después:  
todo era menos fácil y perdimos  
todo lo que nos era dado perder...)  
Te recuerdo.  
Ahora.



## II

Y digo entonces  
para no estar tan solo,  
que ésta es mi voz,  
no otra;  
la que se duerme en ti:  
soledad de mi casa  
de terrestre ceniza y flor remota;  
y desde ti me nombro  
puerta quemada, ojo  
que el amor se ha comido,  
topacio de la oscura violencia,  
mordedura del hombre donde, acaso,  
estuvo alguna vez el paraíso.  
Y digo entonces que no es  
mi voz;  
que es otra: ésta;  
porque pensar en ti  
es un poco pensar en todo  
lo que te ha precedido,  
en todo lo que vendrá después  
y en lo que no será nunca  
y estoy triste  
por todo esto demasiado tarde  
o demasiado temprano;  
y digo que estaré esperando,  
aún sin esperanzas,

el regreso de todo,  
hasta de ti,  
aunque ni a ti te importe  
y no escuches.

Salí a reconocerme por la ciudad  
y me encontré de pronto, convocado,  
vuelto a punta de pies hasta mi origen,  
—puedes vestirme ya—,  
náufrago de mi niñez:  
—muerte, desentúmete un poco—  
y acabo de dejarte,  
y te has ido de nuevo,  
y digo entonces  
que no es ésta mi voz,  
que es otra,  
la que tú te llevaste,  
la que tienes  
y heme ahora, aquí,  
preguntando para qué soy,  
para qué sirvo,  
para qué la poesía,  
qué cumplo,  
preguntando:  
cómo es mi voz, dónde,  
dónde tú, en cuál lugar,  
dónde el amor, con quién,  
qué caso tiene el amor  
y nadie...

nadie...

y desnudo y pequeño y regresado  
me abro  
a llorar

### III

Sucede  
que me quito tu piel,  
la que traje de ti;  
la tiro al sol  
a secar;  
llanura de las rabiosas espigas,  
geranio  
de las mordidas espléndidas.  
Sucede que he tomado tu nombre;  
le he sacado  
todo lo de adentro;  
lo deajo, níspero vacío,  
a la voracidad de los enormes antropófagos,  
insaciables comulgadores;  
me despojo de ti...  
¡Dios Mío!

Pero  
no  
sé  
quién...

qué  
habrá de liberarme  
de la piel que me deajo,  
de la mía,  
amarrada a la tierra,  
al vino,

a la concupiscencia,  
qué,  
quién podrá  
aligerarme de mi nombre,  
apedreármelo,  
arrancarlo de raíz...  
—entonces,  
desnudo de ti,  
de mí,  
me podría llamar como todos los hombres de la tierra  
que se emborrachan y riñen y fornican  
y hacen parir porquesí,  
que hacen el amor,  
el pequeñoestúpido porquesí amor;  
que marcan con una raya en la pared  
la inmolada virgen número tantos  
que ya no es y borrón y cuenta nueva;  
que viven de santísimas satisfacciones,  
y partidos de fútbol,  
y del juego de ajedrez,  
y del último crimen donde  
*tú sí yo no calma señores ¿dónde está la bolita?*  
y de *Miss Tours Económicos Interplanetarios*  
*Viaje Ahora Pague Si Regresa Sociedad Anónima.*  
Pero  
sucede que me quedo,  
irrescatable ya;  
que vuelvo a tomar tus cosas;  
entro de nuevo en tu nombre;  
me calzo tus pisadas;

te fundo nuevamente en mi epidermis,  
tú sobre mí,  
antiguo,  
veranecido,  
lejanía perfecta,  
narcótico.

Buenas tardes, vecina.  
Y me echo a andar.  
He aquí el poema.

Insistes en dar flor desde mi nuca.  
A repartir tus huesos salgo.  
Y estoy lúcidamente pobre,  
dando lo que no tengo  
y que no tuve.  
Amo tu gran cadáver,  
aprendo a deletrearlo.  
Pero tu historia  
no es la más triste.  
Hay otra.

LAS CANCIONES POR ALEXIS  
(Fragmento)

—sobre la égloga segunda de Virgilio—

I

En el fondo del día,  
la luz,  
ancla su adverbio de lugar.  
Aquí en mi corazón,  
has caído de pie, amor,  
desde la miel  
en estado de sitio.  
Y en medio de la luz,  
ahogado a la hora altísima  
de un sol fácilmente violeta,  
mordiéndome  
todo lo que se llama fiebre  
para decir tu nombre, me desnudo  
y dejo que me baje por la sangre  
todo lo que quisiera para asirte,  
desnudo, aquí,  
a la hora nona,  
jadeando entre mi sal y el acto.  
Pero estás, ahora,  
no sé dónde,  
lejano.

El día como yo, desnudo,  
gime y se masturba;  
busco desde mis manos tu blancura,  
tu cálida prolongación,  
tu arquitectura  
tantas veces amarga y dulce y lejos;  
busco y sufro tu lengua inconquistada  
la rescato del mundo  
en que quién sabe dónde estés ahora,  
y tiemblo, y me derramo.  
El día, fácilmente,  
apaga su pillaje y su estatura.  
Es entonces cuando acaricio mi soledad,  
la penetro, indagándote,  
preguntando,  
cómo serás en realidad.



## II

Entonces apareces.

Llegas.

Y la palabra gira  
adentro,  
desde donde  
dolía y me dolía,  
zumba,  
zarpa,  
se retuerce,  
atraca.

Me miras.

Las sílabas  
desamarran su resplandor;  
la lengua ahonda  
toda cabalgadura,  
sube el sonido,  
escala,  
rema nervaduras y pulpa;  
la palabra no arriba:  
pende.

De tus ojos  
sólo me llega lo que va  
de paso.

Y callo.  
Mejor.

### III

Te miro  
desde donde no sabes.  
Duermes.  
Más acá de tu sueño,  
aquí,  
desde adentro de mí,  
viajo diciéndote  
todo lo que no puedo,  
porque me trago estas ganas de ti  
que sé y que nunca,  
este afán lento de encontrar dónde  
dejar caer la búsqueda.  
Duermes.  
Te espío.  
Mis ojos sueñan puentes,  
quemán puentes,  
quedan en la otra orilla,  
te andan a pie,  
y entonces,  
tus muslos arman frutos,  
sostiene —duro amor—  
con el pistilo  
tu flor urgente el cabecear del aire;  
el verano  
viene desde tu sueño que no duermes,  
que has alertado,

que haces sonar,  
que afloras y levantas,  
espiga en el temblor de la columna.

Despiertas.

Huyo.

Sueño entonces

que desamarro tallos desde el viento,  
en lo alto del zureo,

y es en vano,

todo es en vano, amor,

todo es en vano.

## IV

Pero hablas.

Hablas y ES EL POEMA.

Tu palabra desciende,

fluye,

alberga, ocupa el vértigo,

puntual en las recámaras del aire;

callo.

Pero tú hablas

la lengua misma del poema.

Cielo

dinámico.

El viento

en trance de girasol.

Sube tu voz a relevar

la tibias aristas del sonido

y hay un dulce espesor

de soles ebrios

colgando desde el aire.

Pero tú hablas.

Entonces sé que vienes

de un lejano vestíbulo,

de un largo cuerpo de pan,

de una perfecta víctima;

de más allá de un patio

donde Dios se oxidaba

y la alondra hacía lividez

alrededor de la vigilia.  
Me entero de tus ojos.  
Se abren  
desde una grieta del desorden,  
de confusos, remotos resplandores,  
dictan historias de vírgenes saqueadas,  
de pájaros vacíos;  
hacen señales hacia la memoria  
de un derrumbe de arcángeles,  
y de un jinete abierto rumbo al canto.  
Me haces saber tu boca  
y vivo tu libertad,  
tu hondísima cosecha,  
tu verdadero prendimiento.  
Pero hablas.  
Entonces ya no busco.  
Te capturo para mi desnudez.  
Ahora sé tus manos.  
El día da de coces,  
acomete las tórtolas,  
descalabra el paisaje,  
fustiga las espigas  
al último relincho,  
y anochece.  
Entonces sé tu corazón.  
Pero tú el mío.

## V

No duermes. Lo descubro.  
 Creo escuchar tus muslos  
 ocupando los tallos del insomnio;  
 (la noche baja un tonelaje de astros  
 sobre el cuerpo llovido de la higuera);  
 creo mirar tu voz a contracárcel  
 acechando los barcos del verano;  
 (viaja por el silencio  
 la llanura imprevista de los perros;  
 sobre el pueblo amarillo de los tréboles,  
 la luna va por el desván del sueño);  
 creo oírte mirar la florescencia  
 de la alarma que ocupo.  
 No duermes. Lo descubro.  
 La oscuridad marchita  
 toda gravitación.  
 Entonces,  
 en lo negro te busco.  
 Tus manos  
 abren todo descubrimiento.  
 Las oprimo.  
 Voy por la palidez,  
 y por la desazón,  
 y por la brisa.  
 Creo escuchar tus ojos  
 en el fondo de la violencia.

Sé que escuchas mi piel  
de pequeños gemidos  
y de bruscos asaltos.

Te sorprendo.

Palpo tibio tu vuelo intermitente,  
tu maniatada lumbre sube y canta;  
tu cuerpo  
se somete.

(Algo se mueve en otra parte,  
algo amargo y dolido y agorero).

La pupila del crimen

NO

se  
abre.

Queda emplazada.

Alguna siempre vez,  
vez de ninguna vez  
o vez de nunca

iré;  
lo sabes bien.

La muerte enciende desde los tranvías  
su primera advertencia.

Queda oscilando en la pleamar nocturna  
mi corazón.

La madrugada  
alza su afán de pájaros.

Suena Dios.

Del fondo de los gallos  
van sacando una mano las guitarras,  
manos que alzan compuertas al azufre

del alba. Nos miramos,  
iré.  
Lo sabes bien.



## VI

He llegado.

Agonizas...

(la tierra limpia  
de ladridos se tiende a remojar).

Empiezas a morir.

Entro. (Construyo  
la caricia en tu piel con mis espadas,  
muero y me precipito y me demudo;  
todavía persiste algo remoto  
que baja y desemboca:

—Amor, has muerto—

y un beso frío, pleno, desarmado,  
se levanta del hueco y del estrago).

Lluevo sobre tu muerte.

Te sepulto.

La caricia retira sus andamios,  
dicta su veredicto mi sombrero,  
y no sé si es que es cuerpo el que se marcha,  
o la cama sin cuerpos la que viaja.

## VII

Honda,  
honda la soledad como una noria,  
helada como el pánico,  
raja, profunda,  
profundamente más mi noche bárbara.  
—Alada edad la mía, con sed y sol al lado,  
pero qué soledad salada y sola  
y sólo edad de sal y sol sediento—.  
Ahora te recuerdo,  
sólo tú, sólo yo,  
solos estábamos,  
sólo solos al sol y a la salmuera,  
sólo un sol sin edad, de sal y solo,  
sólo la brisa solamente alada,  
al lado de mi edad sólo con alas.  
Ahora lo recuerdo,  
ahora al verme aquí, hueco y sin nadie.  
Te llamabas...  
No sé.  
No lo sabías.  
Yo venía del mundo:  
ciudad de soledades,  
y a tu salud de tierra  
traje mi nunca nadie de estudiante:  
—pero qué soledad salada y sola—;  
traje sin nadie el traje

una mañana:

—alada edad la mía con sed y sol al lado—.

Te llamabas sin nombre:

—y sólo edad de sal y sol sediento—

Te llamabas recuerdo.

Y no estoy solo.

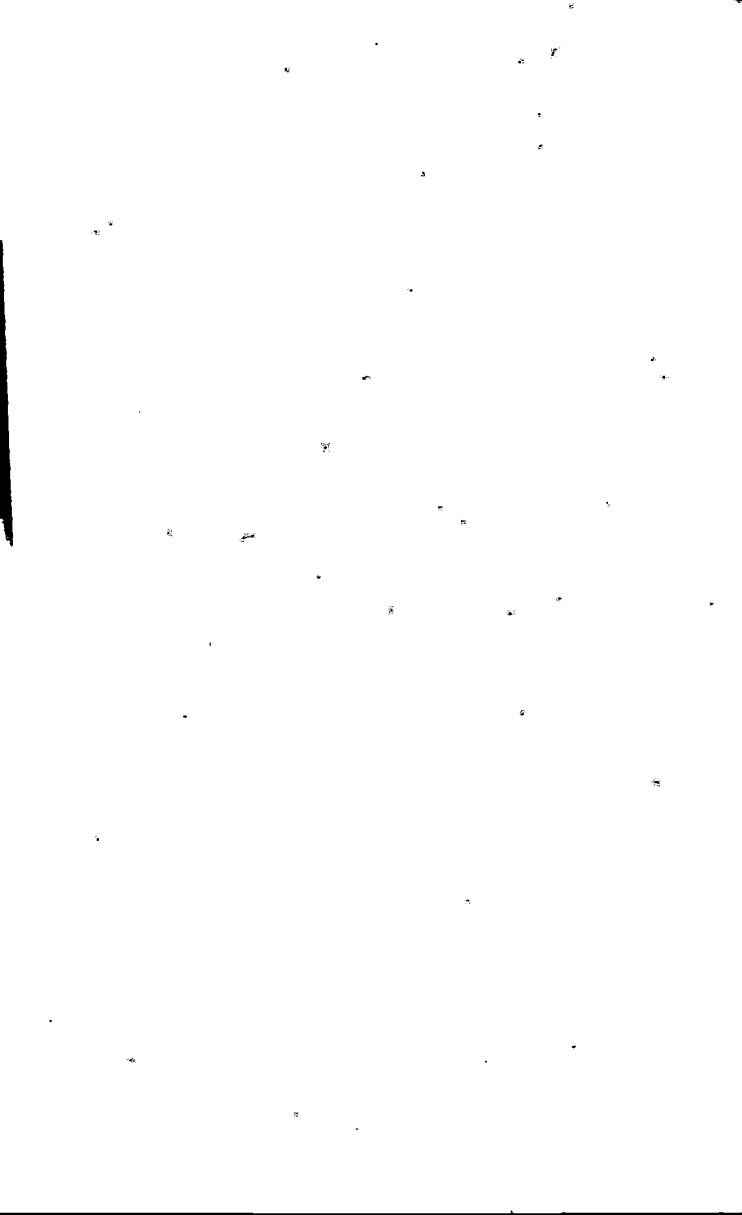
Sólo que ahora estoy llorando.

Solo.

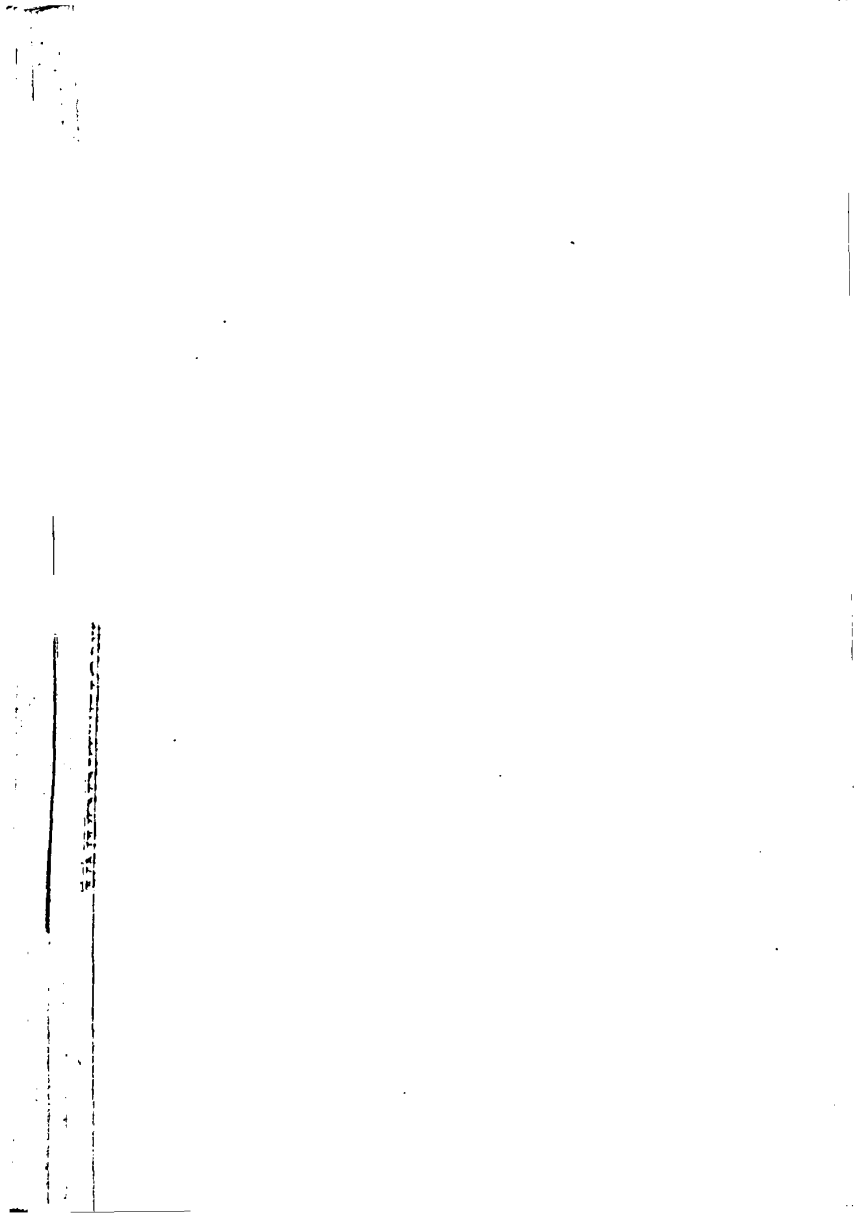
## POEMITA

A trago y trago de recuerdos  
voy, muertoandando, el corazón,  
el vino,  
el duelo,  
la ácida noche,  
la hermandad oculta;  
no siempre me contengo;  
si pregunto por nadie llamo a todos;  
salgo a pasear mi lividez,  
mis ojos miserables,  
mi tullida soberbia,  
mi resplandor perdido.  
pero es mentira que esté yo aquí;  
eres tú este terror  
y estoy a oscuras...  
opresor.  
niño de tibias maquinaciones,  
oficiante de la perturbación,  
petálico,  
rincón más claro,  
ahora que no estás:  
desnudémonos  
húndete.

MEMORIA EN LA ALTA MILPA  
1975



*Para Víctor Manuel*





## NOCHE NOCHE

Aguardo a que la noche  
se tienda sobre este forastero que soy;  
que el viento exista porfiadamente;  
que el ruido se desclave  
de los innumerables remiendos;  
que la sal vuelva al agua en el sudor  
de los amantes adrede  
y mi madre se duerma harta de trabajar  
veinticuatro horas en el corazón de la pobreza;  
espero a que la noche  
pague su alto precio de soledad,  
que la pródiga crianza salga al sueño  
y los perros estén ahora más acá de sí mismos  
y no haya a quién volver la mirada;  
doy tiempo a que no venga nadie  
y a que nosotros, los perseverantemente sufridos,  
poetas del mal amor,  
no nos importe mucho estar cercados,  
desahuciados, a medio vivir,  
y a que sigamos siendo los pospuestos,  
los baldados,  
los quietecitos, los enclenques herederos;  
a que haya en mi corazón un día largo de  
[impugnaciones;  
y a que tenga que reconocer que aquí sí pasa algo  
que no es la felicidad.

Espío a que no vengas  
y a que las calles no desembarquen ya  
sus habituales pertenencias;  
a que debes estar triste por no encontrar  
dónde enterrarme;  
y a que estoy pobre, pobre como los asnos  
que todos los días a las once de la mañana  
rebuznan, como nada que pueda alegrarme;  
y a que este jueves de mil novecientos setenta  
cumpló los treinta y tres años que no he terminado  
de nacer;  
espero a que se parta en dos la medianoche,  
a que el gorrión suspenda su menudo cadáver,  
el gallo se alce de hombros,  
el polvo vuelva al polvo su inefable materia,  
y a que sea verdad que no tenga cómo disimular  
tanta desesperanza.

Aguardo a que la noche  
se tienda sobre este forastero que soy,  
para decirte  
que me acabo, aun cuando sea en vano,  
y envejezco  
de no poder hacer más que la vida,  
amarga a boca llena.  
Me acabo de existir a mediambre,  
a mediagua,  
a mediapenas.  
Me acabo acorralado,  
descontentísimo,

enojado de mi palabra,  
de mis ojos daltónicos,  
de mi fracaso categórico como hombre para sembrar,  
de que sólo me queda  
otra lista de cárceles qué visitar,  
de que, escribiéndote,  
no atino más que el llanto.

Ah, Poesía,  
si no fuera el racionado de soñar,  
el varias veces arrendado,  
el violentado de no saber  
de cuál lado acostarse para que no amanezca,  
el despojado de quién irá a cerrar sus ojos  
a la hora de la hora,  
el que no tiene puños para obligar al mundo a que lo  
salve,  
el tonto hasta en la manera de estar de sobra  
y sin remedio,  
aquel niño precoz,  
aquel adolescente escarnecido,  
aquel joven de la difícil facilidad,  
aquel mano tendida para ganar ingratitudes,  
el en algún tiempo tenaz,  
el perdónalo todo y casi todo,  
el sirve para todo y para nada,  
el desencantado de los espejos,  
el gravemente melancólico,  
el afanoso dos veces incurable de creer  
que la ternura servía para algo,

el alquilado de su lealtad,  
el creyente de Judas,  
el arrebatado hasta de su camisa para el que tiene frío,  
el ruidoso de silencios,  
el que solía volverle el niño desde el pecho,  
el reclavado a los recuerdos,  
el que gritaba que cambiara el mundo y lo apaleaban,  
el que, desde la infancia, retenía al dolor  
como al más fiel inquilino de su casa,  
el que sobre su vida temblaban  
las oscuras constancias del amor,  
el que no sabía cómo alguna vez  
pudo ocurrirnos la pureza,  
el de la esperanza que comía panes desesperados,  
el de la inocencia de no haber sido un inocente,  
el que debió haberse sentado cien veces  
a la mesa de la última cena,  
el que mandan estar, permanecer  
en este orden de esplendorosos y rapaces excrementos,  
el del rabioso seguir viviendo  
pese a que ya no hay tiempo,  
el de la saliva que no se gasta para los amorosos viajeros,  
el del hombre triste muy cerca de los ojos,  
el buscador de las abejas para creer en los que venden  
miel,  
el de las sandalias fastidiadas de tanto andar  
harturas de injusticia,  
el que ahora se acaba también de punta a punta  
de la tristeza.  
Aguardo a que la noche se tienda

sobre este forastero que soy  
y me quedo tranquilo dentro del vaso.  
Es ahí donde vivo,  
donde olvido,  
y no hay en cien leguas a la redonda  
un poeta,  
escribiéndole al vino,  
como yo.

## CLAVE DEL VINO

Noé bebió hasta no verte Jehová mío;  
Dionisos no fue precisamente  
de los Alcohólicos Anónimos,  
y la princesa Xóchitl  
sin su *baba dry* pulque *national drink*  
no podía vivir.

## MILPA ALTA'S BLUE

Y aquí te amo,  
aquí:  
donde verde de si,  
lo verde hace  
alverdedor del agua  
vocación del amor,  
aquí,  
por encima del sur y del añil y el tallo,  
donde algo que inventamos no sé cómo,  
no me dirá que nunca.

Es esto:  
cuando regreso a casa,  
harto de masticar, remasticar  
todos los pedacitos de la cólera;  
de dale y dale y dale desolado  
sobre las botas de las estatuas;  
de ponerme regocijadamente  
a celebrar las aventuras de rintintin  
porque no me apaleen;  
de dar satisfacciones  
a las serpientes emplumadas;  
de permitirme no discutir;  
de conformarme  
con los sexeniagonizantes innumerables;  
arrepentido de no haber sido el que soltó la trompetilla

en el salón de té;  
cuando regreso a casa como trofeo de la prostitución;  
de reemplazar a Job con el alma deshilachada;  
de quedarme con gana de haber sido  
la quijada de arcángel con que mataron a Abel,  
o aquel que sí se atrevió a lanzar la primera piedra;  
cuando regreso a casa  
una palabra basta y todo cesa:  
aquí  
te amo,  
aquí donde el azul  
azulpluvía  
y la lluvia al cantar  
florazulea;  
aquí donde el zenzontle,  
solecido salterio,  
de sol a sol arpada arborescencia,  
enseñorease;  
donde el nopal pencaporfiado mura,  
y el maíz se mimbrea  
y el sol puntea la guitarra jocunda  
del herbecer;  
aquí te amo:  
galerna del espliego,  
incendio en flor,  
raíz de todo lo que he dicho,  
colúmbido,  
clave de sol,  
jamás,  
puntero de la albahaca,



hálito en la montaña,  
aquí te aguardo.

*"A la sombra de aquel  
que mi corazón deseaba,  
me senté".*

Y he aquí que hubimos lo elemental,  
no teníamos ojos que perder,  
el ruido subtraqueano de la boca  
con rumbo a la palabra revolaba,  
y éramos dos  
prensando el asidero terrestre,  
todo lo que nos era prohibido,  
compartidamente acotado,  
dos  
que se tomaban de la mano  
pese a nosotros mismos  
bajo el aire nocturnoferial de cada quien,  
vertiginoso,  
como el segundo en que arribó  
tu nombre:

¿Cuánto has vivido?

*Nada.*

¿Quién eres?

*Lo que tú presientes y no comprendes. Llegué y eso es suficiente.*

Me gustas de tan turbio y tan rojo,  
de tanta voz a la intemperie,  
de tanta mano ardiendo.

*¿Y, si no fuera cierto? Tanta vida esperando su oportunidad*

*de ser vivida y, llegado el momento, otro día que llega y  
todo es diferente; pediremos excusas; diremos otro día...  
tanta pasión consumiéndose sin remedio y llegado el  
momento daremos la espalda; diremos: todo viento su ayer.*  
Pero somos inalcanzables el uno para el otro;  
prefiero que todo quede en un recuerdo pacífico y cruel.  
Te sabes libre y limpio,  
amando todo lo tuyo;  
*yo no tengo derecho a nada.*

Ese amor no me asusta.

*¿Vino?*

Vino vino vino VINO VINO VINO VINOVINOVINOVINO

*Tienes los ojos como los vi en otra parte.*

Te amaré.

*Yo no diré no.*

Cómo te llamas?

*Desierto del ocio. Carta de enero. ¿Y tú?*

Advenimiento.

*Cuando ya no esperaba el santo advenimiento del amor.*

Y aquí te encuentro

alrededor del agua,

amor

ca ticuacualtzin.

Coyocali;

memoria en la alta milpa:

juguedecen los élitros;

y en el diuturno corazón del barro

el tiempo logra concreciones;

mira

cómo la tierra cántara rebosa

los jugos persistentes del maguey;  
cómo del peñascal  
polifonízase el zumbo del aroma,  
la solana entremedias del alminar,  
el jilguero haciendo serenata;  
y el maíz paternóster  
subibajando  
ese paisaje tuyo,  
irrebatible amor,  
pequeño amor,  
maná,  
la fragancia matutinal,  
el refulgir de la oropéndola,  
el basalto  
que alguna vez antes que tú  
fue luminar,  
el arpa canora de David  
en la garganta de los labradores,  
la cactácea fidelidad  
del aguamiel;  
de ahí todo lo sueño,  
pomarrosa del ámbito,  
laboreo de Dios.

Milpa Alta valle del Anáhuac Malacachtépetl Momozco  
[alguna vez  
acerca de cerca de sesenta minutos en camión  
desde la noble insigne muy leal e imperial ciudad del desamor  
a hora y media pues de la catedral de Sanborn's  
de la Basílica del Bombay de la Rotonda de los hombres  
[ilustres

y de alguna que otra mujer del museo de cera  
 del rastro federal del panteón civil de Tlatelolco de la  
 [morgue  
 de la cárcel de mujeres de la Sagrada Mitra de las cámaras  
 Kodak y de las otras dos del Zoológico del Palacio Nacional  
 del Palacio de las exBellas Artes del Palacio bastante negro  
 de Lecumberri del Palacio de Hierro  
 del partido institucional del partido por en medio  
 o del partido de todas maneras en toda su  
 soberanía aproximadamente a cuarenta y cinco kilómetros  
 [vía Tláhuac  
 Amalia Hernández se pararía de pestañas —o de cuencas—  
 al llegar a Tecómitl derecha  
 los príncipes aztecas venden ahora desnudos de Eulalia  
 [Guzmán  
 en los tianguis y ay que si Tata no hubiera muerto rriacatán  
 lindera de dos volcanes de telón de cristal  
 oh it's wonderful gringos ojetes  
 sobre los que vuela cada mañana Aeroméxico acapulco  
 [zihuatanejo  
 y dieciocho mil habitantes censo 70 muy aproximados  
 y mi madre don paco cara emmanuel andrés modesto  
 [alfredo  
 griselda blanca-julia felipe almangelina tito ballena  
 [silveti benvenuto  
 salvador félix paulino la eri el señor cura  
 jonás titina octavio dionicio margarito  
 el señor delegado butcher el gancho el señor veterinario  
 la señora casera la quetita doña emma el señor volcán  
 [don teutli

doña raquel comequecome pepe paulo moisés arturo  
[carlos

jesús iván olaf victoria-eugenia y las parcelaciones  
[frumentales;

gemación del poema,  
redoma de tu presencia,  
aquí te amo.

No sé

hasta cuántas veces  
te estoy dado:  
una sola no basta si te sueño;  
vuelvo a pensar en ti:  
lo que deseo:

el asedio y el riesgo,  
la captura,  
la voraz acrecencia,

la estatuaría  
punzadura savial y sumergida,  
el opreso aluvión;  
no aguardo nada,  
y ruedo de tus labios a tus manos  
y sé hasta donde llego si te sueño,  
si te sigo  
pensando.

## TLAHUAC

Al medio día, el agua,  
luz adentro,  
se tiende aguas abajo  
de la orilla;  
el sol baja al espejo de la hondura,  
y el agua lo devuelve,  
espejecido.  
La golondrina  
cae y no cae  
su azoro.  
El viento se ha ido  
porque sí;  
bien vale el árbol su sitio  
sin el viento;  
el viento sabe soledadnoeslopeordespuésdetodo su  
alegría,  
pero estás tú, a la luz;  
el viento duerme  
un antiguo cordaje sestecido,  
pero estás tú,  
y el agua recaptura  
su poderío azul, niño,  
amor mío.

## CONTRACANTO

**T**e extraño a toda hora.  
Cuando llegas, te extraño más aún.  
Porque vienes sin ti,  
sin aquello que eras.  
Lo que amo.

VIEJAS POSTALES QUE APENAS EN EL  
CORAZÓN SE HALLAN

I

Panorámica de Milpa Alta

Esto es Milpa Alta, amor: colmena ardida,  
comarca del geranio y su techumbre;  
esto es Milpa Alta, amor, adormecida  
en la paz de su propia dulcedumbre.

Esto es Milpa Alta, amor, y su estatura  
de lluvia macho y gérmenes amantes;  
esto es su vientre mineral, su agrura,  
y éstos los altos soles caminantes.

Esto es Milpa Alta, amor; arna del canto,  
esto el corno de aromas que la encierra,  
vena frutal, lunario del acanto;

esto el atlas de llamas y de tierra,  
el idioma nopal, el amaranto,  
y los diez mandamientos de la sierra.



## II

### Vista del Teutli

Esto es Milpa Alta, amor, desenterrada  
de jazmines a nardo, arpa secreta;  
limón en vilo, soledece alada  
su decidida situación violeta.

Esto es Milpa Alta, amor: el sobresalto  
de la piedra y su luz paralizada,  
la osatura violenta del basalto  
y su cráter de estatua derrotada.

Esto es Milpa Alta, amor: la primavera  
que a pulso y puño y a sudor camina  
desde el pómulo tibio de la pera.

Y allá en el corazón de la neblina,  
un puma de esmeraldas y madera,  
sobresalta la noche campesina.

### III

## Parroquia de la Asunción

Esto es Milpa Alta, amor, hay un osario  
que bajo fresnos el candor irriga;  
quema un viejo dolor el incensario;  
de estar en pie la torre se fatiga.

Esto es Milpa Alta, amor, el campanario  
carga la cruz a cuestras del convento;  
y el corazón levita y milenario  
se da golpes de pecho con el viento.

Dinastía de miel, descalzo asombro,  
gracia de ave maría bajo el cielo,  
zenzontle y toronjil en que te nombro;

esto es Milpa Alta, amor, el pardo vuelo  
de las palomas, la semilla al hombro  
y sólo hacer la voluntad del suelo.

## IV

Ésta mi madre donde fui nacido  
y en la que prolongué la destierneza;  
ésta su piel en la que fui dolido,  
el pez argente, el ánade turquesa.

Éste es mi cuerpo, amor, la quemadura  
donde al viento manoso soledeces,  
éste mi corazón, quebradura  
donde tú, entrinecido, veraneces.

Y finalmente, amor, este paraje,  
la espiga abigarrada y comunera,  
el maguey y la vid, el huerto en viaje,

el relincho, el zorzal, la sementera;  
esto es Milpa Alta, amor. Y, en el paisaje,  
vuelve a creer en Dios la primavera.

## AGUSTÍN

(NOTICIA DE MUERTE CON LA QUE SE CONSTERNA  
UN CUATE, AL ESCUCHAR POR LA RADIO, VELORIO,  
PASIÓN Y SHOW CON EL CADÁVER DE AGUSTÍN LARA  
QUE MURIÓ DESPUES DE FUNDAR UN HUERTO)

A las cinco y minutos de la tarde del día sexto,  
y en la última pesca de sirenas, a la que concurrió  
como simple curioso,  
por tener un fémur quebrado y el corazón a punto del  
poema,  
murió Agustín Lara, músico, poeta y flaco,  
como un pajarito de sí mismo,  
y dando un ronco grito de rey viejo  
que inventó su retraso.  
En noviembre de mil novecientos setenta  
y con el soñar trizado en lo más blando,  
murió  
en el último turno de sol,  
Agustín Lara,  
casi sin equipaje,  
y me duele hasta el vaso que no cesa,  
el otoño que se levanta y anda,  
y la canción,  
aunque yo sepa que en un día como el de hoy  
toda canción se trunca,

como las golondrinas de azúcar glass  
que ya no le cupieron  
en el corazón.

Mientras tanto, señoras y señores,  
hacemos un envío de micrófonos a la X. E. W.  
La voz de la América Latina desde México,  
adelante, compañero;  
y dentro de penosísimos instantes,  
vamos a constatar, que todos nuestros cantores,  
artistas y demás no encuentran palabras  
para expresarse;

*la chaparrita de oro* Dora María no dice nada  
porque no tiene palabras;  
entrevista Alemán Velasco a Libertad Lamarque  
la que tampoco encuentra palabras con qué expresar su  
[dolor

y a través de la que estamos muy trijtes;  
y todo le ha llegado al alma;  
Jorge Mistral llorando tequilísimas palabras  
dice que quisiera estar acompañándolo allí adentro  
en el cajón;  
y viene Linda Arce y nadie quería darnos una razón  
y esto es horrible;

Joselito Huerta opina que es un enorme honor  
que el mejor flaco del mundo  
hubiera muerto en México,  
y todos están encantadísimos con los pormenores del  
[show,

los que le conocieron cuando muy niño,  
los que conocieron a su papá y a la chata Zozaya,

los que presenciaron su ascendimiento,  
los que ahora se apretujan para que descienda requetebién;  
y hace su aparición Ana María Fernández, su primera  
[intérprete  
que viene desde Honolulu esquina con Niño Perdido;  
y se habla del enorme hueco que deja vacío  
y del que va a llenar;  
y los locutores tampoco tienen palabras  
con qué hacerse entender:  
irreparable, inenarrable, dicen, no se ha muerto Agustín,  
no lo puedo creer, sólo se nos ha adelantado;  
Ana María González, aferrada al micrófono,  
dice que España toda llora entre misa y misa,  
partido y partido, genuflexión y mentada y genuflexión;  
y Olga Guillot no dice que Cuba llora,  
pero nosotros sabemos que sí;  
mientras que el mundo está de luto y ay, Agustín  
que estás allí escuchando;  
aguas que se desmaya Amparo Montes;  
y atraviesa la pasarela Juan Záizar y dice:  
primero vino Revancha y luego Mujer y Rosa,  
Te vendes María Bonita Imposible y Pecadora;  
y los compositores que están bastante hablantines para su  
[edad,  
dicen que se resienten retristes,  
y mano, te quiero decir que se nos han ido al hoyo  
las más grandes cabezas y Álvaro Carrillo y Tata Nacho  
y ya nos tocará;  
y mañana lo velaremos en Bellas Artes pero en un pasillo;  
y será sepultado en la super retonta de los hombres sin lustre,

precisamente atrasito de Juventino Rosas, hermano del alma;  
 y dentro de quince días,  
 cuando las difusoras,  
 las discotecas,  
 los clubes de admiradores y el niño, dicen;  
 y el adulto con su chamarra, su *Alarma* bajo el brazo  
 y el cansancio reflejado en su rostro,  
 viene a entregar su corona de flores, dicen;  
 con Agustín se va una parte de nosotros, dicen;  
 con Agustín perdemos el pupitre y el primer amor, dicen;  
 que siempre no  
 pongan listones negros en las fachadas de las casas,  
 y hasta en el hocico de los comentaristas,  
 se olvidarán;  
 y aparece Chavela Durán confundida con el pueblo de  
 [México  
 y tampoco tiene palabras; y Chela Campos,  
 "*la dama del bastón de cristal*", hace su entrada  
 pero con bastón de Apizaco (los tiempos cambian, claro),  
 y nadie ha visto a Toña la Negra por ninguna parte  
 —será por el color—;  
 las tres almejas no caben por la puerta, calma, primero  
 [una, Cuca;  
 ahí está Pedro Vargas, pobrecito; y Ninón no pudo venir  
 porque está crudísima;  
 le habla Zabłudovsky a La Félix a París; lo siento mucho  
 pero no tiene palabras con qué expresar su modorra;  
 pero señora, son ahora las cinco de la mañana en París:  
*por eso ya le dije que lo siento mucho,*  
*¿qué más quiere que le diga?*

(y cuelga en un largo bostezo sin acordarse de Acapulco)  
mientras el flaco de oro  
toca y canta y canta y canta,  
desde sus incontables discos,  
y entre entrevistas, entre actos, entremedias y entredichos,  
que para qué  
si no tienen palabras con qué expresarse;  
mientras hacemos un nuevo envío de micrófonos  
a la X.E.W., adelante compañero,  
y mira tú qué lindo gusanito en la frente de Agustín,  
y ya no lo dejes caer más en tentación, Señor,  
ya recógetelo y líbrale de todo mal comentario;  
Consuelito Velázquez habla de doscientos cincuenta mil  
[pesos  
eso sí, que recibía regularmente Agustín por regalías  
y que si no hay herederos pasarán al Fondo de Músicos  
y más de cuatro no tienen palabras con qué expresar su  
[codicia,  
mientras amanece el primer día,  
sin Agustín vivo  
sobre  
la  
tierra.



## CRÓNICA DE EMMANUEL

Emmanuel,  
cuando tú tengas treinta o cincuenta años de edad  
y busques en tu memoria al que, en su piel de perro,  
tuvo para tus sobresaltos el amor;  
cuando ya hayas crecido  
y te puedas permitir el llegar y ver tu corazón,  
mira que si en tu vida  
quedó algo de este pedazo crepuscular  
de hombre triste que soy,  
encuétrale todo lo hermoso que entonces no entendiste  
y ten, si puedes, una lágrima para él,  
porque cuando venga otra vez el aire espeso de junio  
y me haya ido  
y tú regreses de ser el perfecto salterio,  
el niño que se partió por la mitad  
para entrar en la vida,  
algo de mí andará en las cosas que te hiedren,  
allá en el fondo del tiempaire,  
sin mí, sin vernos,  
y pensarás:  
aquel viejo hombre.

emmanuel,  
cuando ya esplendas fruto  
y haya, tal vez en ese tiempo tuyo que reconocer  
qué fue el poema,

y tengas una dulce canción que a nadie importe,  
o una vara de medir,  
o estas palabras de mala sombra,  
o una categórica mudez,  
o te halles de pie a la llegada de la nueva revolución  
y seas uno de los que no lo puedan creer,  
o aquel que esperaba otra cosa y no fue así,  
o el engañado hasta por nadie y por él mismo,  
o el que también a mí también a mí también  
y esperes la otra nueva revolución  
seguro de que será mejor,  
o el que llegue a pisar por primera vez  
estrellas que ahora no sabemos.  
El que viaje a la luna como viajar ahora a noland  
y tu padre no exista,  
el que descubra la verdadera vida eterna  
o el que, de pronto,  
cuando los barcos sean en desuso  
y el mar una vieja postal,  
haga posible otra vez el mar;  
caerá del sueño aquello que tú fuiste  
y entonces llegaré,  
como raído imperio,  
a traerte la melancólica edad donde hicimos flagelo,  
rotura,  
olvido,  
oficio de olvidar;  
guarda para que puedas alguna vez  
mostrársela a los tuyos  
esta húmeda labranza de la poesía,

estas cosas del amor  
como anís,  
rosa,  
paloma,  
libertad,  
y piensa que todo pudo haber sido de otro modo  
si el mundo...  
si los hombres...  
si la vida...  
si es que...  
si la...  
si...

## FINALE

Pero voy a partir,  
aprendiz amantísimo  
que ha sido carne cerca y desunida,  
potrillo dulcemente conseguido,  
niño surreal de corazón torado,  
pero voy a partir,  
acércate de nuevo,  
búscame y estremécete,  
desnúdate y traspásame,  
gime y hazme gemir,  
no me des tregua,  
asuélame,  
para bien, para mal, para cualquier suerte,  
di palabras que no entienda, pero que necesito,  
y en un estruendo líquido y profundo:  
qué gana de morirnos en plenitud de buenos camaradas  
que se han hecho el amor  
como quien dijo: hágase la alegría,  
y se hizo.

Milpa Alta, diciembre de 1970.

DIGO LO QUE AMO  
1976



*"Si el hombre pudiera decir lo que ama,  
si él pudiera levantar su amor por el cielo  
como una nube en la luz:*

.....

*yo sería al fin aquel que imaginaba;  
aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos  
proclama ante los hombres la verdad ignorada,  
la verdad de su amor verdadero".*

LUIS CERNUDA





*a Efraín Huerta*

*a la desoladora ausencia  
de Jesús Arellano*

*para José Humberto*



## PRIMERA CEREMONIA

Primaverizo yaces,  
deleital y ternúrico,  
y nadie es como tú, cervatillo matutinal,  
silvestrecido y leve.  
aparentas dormir  
y una sonrisa esplende tus pupilas;  
quedo sin mí.  
Tú veranideces  
cuando mis manos desdoblan su pobreza  
y tocan tus cabellos dóciles, como el agua  
y me tiendo a tu lado.  
Desnudo te descubres; desnudo estoy allí;  
suspense, trémulo,  
desamparado como la noche del misérrimo;  
ayuno y mórbido:  
qué puedo hacer, enceguecido y mudo,  
atado de estupor,  
¿maravillado?  
mantienes tu mirada fresca y feroz,  
sedienta de antemano;  
resplandeciendo en la devoradora oscuridad: tu sexo,  
húmedo, cálidamente eléctrico, madero victorioso,  
con el recuerdo herido todavía  
de la primera masturbación y el receloso orgasmo,  
y tus labios suntuosos  
temblando un hálito que ya no necesita

el niño aquel que eras,  
y tu cuello miro que pulsa las cuerdas  
del corazón, no sé si el tuyo, el mío,  
y ninguna palabra pronunciamos,  
ninguna a mi favor;  
no hay gracia para mí.  
Deja que diga no tu pecho núbil,  
duro lugar de la salud,  
marejada que nadie detendrá,  
retén su amor, su odio;  
tu modo de ser tú casi me lame,  
calor de perro, ojos de ganso, hermano de caballos;  
me viene encima tu sazón,  
la rotación novicia de tu ombligo,  
tu almíbar de estar hecho  
veloz, inmóvil, lento, prensil, inapresable;  
tiendo una mano: existes;  
tus muslos, golpe a golpe, se separan,  
se encuentran, se encajan, se unifican,  
se hace una brecha ardiente en el revuelo  
de la sábana;  
no hay piedad para mí.  
Tus dientes caen, degüellan,  
rindo el sentido.  
Tómame,  
deshónrate, sométeme, contrístate, obedéceme,  
enloquece, avergüénzate, desúnete, arrodíllate,  
violéntame, vuelve otra vez, apártate, regresa,  
miserable, amor mío, lagarto, imbécil, maravilla,  
precipítate, aúlla.

De pronto, tú, el relámpago,  
abierto, florecido, restallante,  
arriba, abajo, encima, ¿dónde?  
hiendes la oscuridad,  
y adentro:

llueves.

## CARGO

dédesme hora un beso, fermosura;  
erguídese broñido  
con que me falaguedes;  
aguijemos:  
si dijeren digan, de vero vala,  
que dormí  
favorido  
de so el niño garrido.

y voz,  
¿qué habedes,  
qué me queréis?

vosotros lo seredes!!!

## APREHENSIÓN

Es preciso volvernos a tiempo  
hacia los que no nos ignoran;  
ser prudentes, pacientes, cristianamente  
alcohólicos, acostólicos y remonos.  
los enemigos no tienen conducta  
ni sentido;  
se hacen ver donde menos  
se les quisiera ver.  
pero todo fue algo más:  
yo acerqué mis labios a tu frente,  
a tus mejillas redentoras,  
a tus labios, no sé;  
y la beata, el adúltero, el sacrílego,  
el cura, el homicida, el drogadicto,  
la incestuosa y el sátiro,  
el centurión,  
la distinguida cogelona,  
la sociedad de padres de familia  
y adoradores del santísimo,  
los fetógrafos,  
los puros elegidos,  
no sé qué hacían  
emboscados,  
allí,  
en el monte de los olivos.

## DESCARACIÓN PREVIA

Si me callara;  
si me pusiera serio;  
si dejara  
que el sacrosanto pudor  
recatara esta dulce merced;  
si me fuera quedando como de aquí al olvido;  
si decayera mi semblante y me apesadumbrara,  
y sosegadamente contenido  
no revelara la inesperada gracia;  
si lo ocultara;  
si me fuera de bruces sobre mí mismo  
y me diera contra mi nombre  
y fuera la desmemoria de la flor;  
si anoheciera,  
y ninguna palabra mía diera fe del prodigio,  
por tan callando el trance de morir;  
si me opusiera a declarar;  
si me cerrara en negar  
que nada, nada es cierto, sino yo,  
dulcemente yo, puntual con mi esqueleto,  
y si aceptara este resplandeciente temor  
a confesar:  
¿qué soy, quién soy entonces,  
qué he sido sino el de siempre, el mismo,  
aquel que sólo ha dicho la verdad  
y nada más que la más crudelísima



verdad?  
el que este día ha amanecido  
fúlgido de vejez,  
maravillado de regresar,  
el que, ahora,  
simple y sencillamente, se levanta,  
compone el pecho desvencijado  
y declara,  
con un temblor de voz en lo que queda de palabra,  
diecinueve de enero, dos puntos,  
sólo era que  
te amo.

## RECONSTRUCCIÓN DEL LECHO

En esta cama fueron  
las  
tentaciones.  
yo tenté.  
                    tú tentaste.  
ustedes, ¿iii qué!!!!?

## CUERPO DEL DELEITE

Si de nuevo pudiera  
como si nada o nadie hubiese de amar más;  
si me fuera otorgado un solo instante,  
ahora que no estás, sino un espacio helado;  
si se me concediera:  
yo volvería a ti, sí, volvería  
suplicando tus dedos finos  
como el primer día de las espigas,  
rogándote beber  
tu dulce y dura flor,  
pidiéndote  
aquel que fue contigo tu soldado de plomo,  
tu primera mujer,  
tu barco de papel,  
tu cama;  
ah, sí que volvería a tus jugos profundos  
que fueron en mis labios la canción;  
a tu alegría ociosa  
de la que todavía haces ausencia;  
a tu esbelta hermosura  
que no me pertenece sino la cruz sin nadie;  
a tus ojos navales  
donde partí y no estoy;  
yo volvería a ti,  
junto a tu sombra,  
sombra de ti, perdido.

pero no tengo, no, ya nunca,  
tus palabras de mocedad,  
tu breve piel trigueña  
donde me puse a arar y me sembré  
como una almendra atroz,  
puesta en ti,  
condenada a nacer y manar de tu costado;  
pero no tengo, no, ya nunca,  
riesgo mío,  
la turbadora cercanía de tu mirada,  
no tengo ya tu cuerpo, su labranza,  
su cuenco de rocío, su quejumbre,  
su equilibrado ruiseñor, su oleaje,  
su tersura de orquídea entre mis labios,  
no, ya nunca, nunca más.  
Yo llevé a tu cintura la turbia compañía,  
yo acerqué a tu cadera  
un acedo calor de lenocinio;  
yo puse mis colmillos de solapado roedor  
a morder tu amistad;  
yo fui el mono borracho, tu asesino,  
el corsario de tu pureza,  
tu verdugo, todo, todo,  
y volvería a hacerlo,  
sólo  
por volver  
a mirarte.

## ENCHUFE

Pajarito atrapado  
entre las trompas  
de falo  
pío  
pío  
¡pío!

## CAREO

Estamos frente a frente.  
el silencio, amor mío,  
definitivamente nos congracia.  
No hables, oh, cabeza querida,  
flor de este árbol viejo.  
Déjate hacer palabras.  
A distancia.

## TLAMATINI

a Maese Novo

De un mal crónico, oh, dador de la vida,  
yo soy cantor;  
que sea así, ay de mí;  
que aunque oro, también se hará polvo;  
que aunque vana peluca  
ha descendido al lugar del misterio;  
que aunque esmeraldas y turquesas le dieron alegría  
ha cesado su canto.  
nos ataviamos, nos enriquecemos  
con sus terrenas pertinencias: cingulos.  
crótalos, diálogos, lenguas de obsidiana, una calle.  
flores cogía el de coyohuacan,  
pájaros cogía: ¿pájaro en mano,  
puede haber quién se sienta sin dicha  
sobre la tierra? oh, pluma, *la más pluma*,  
dice:  
"váyame yo, oh, dador de la vida,  
como los muertos sea borrada *mi pintura*,  
que, aunque instante brevísimo, oh, amigos,  
la vida aun así tan breve,  
bien que le he dado amplio vuelo  
a la preciosa ave de pescuezo morado".  
nos enlutamos, nos desgañitamos, asistimos  
oh, amigos oyentes míos,  
a sus fúnebres pompis. él se ha ido, gozaos vosotros,  
los que una vez negásteis su hermosura.

vayamos a empedarnos, mi amor,  
a la mitad de la laguna.



## REINCIDENCIA

dejó sus cabras el zagal y vino.  
qué resplandor de vástago sonoro,  
qué sabia oscuridad sus ojos mansos,  
qué ligera y morena su estatura,  
qué galanura enhiesta y turbadora,  
qué esbelta desnudez túrgida y sola,  
qué tamboril de niño sus pisadas.

dejó sus cabras el zagal y vino...  
ah libertad amada dije  
éste es mi cuerpo, laberinto, avena,  
maduro grano que arderá en tus dientes,  
esquila, choza, baladora oveja,  
tecórbito y aceite, paja y lumbre;  
baja a llamarme, a reprenderme, a herirme,  
a serenar turbadas hendiduras;  
baja, pupila de avellana, baja  
rústico centelleo, ráfaga de rocío,  
colibrí de ardimientos,  
soy también tu ganado, ven, congrégame,  
descíñete, descúbreme  
asido a tu cintura, dulce ramo,  
caramillo de azahares en mi boca.

y ante mis ojos,  
como un tañido de frescura,

triumfal y apasionado desconcierto,  
emergió de sus piernas trascendiendo  
hacia todos mis dedos como galgos,  
liebre espejeante, mórbida espesura,  
la suntuosa epidermis respirando,  
temblando, endureciéndose  
en la gallarda péndola,  
el orgulloso, endurecido bronce,  
de su intocada parte de varón;  
estallido, mordisco, ávida lengua, indómito pistilo,  
dulzorosa penetración, pródigo arquero, novilúnido  
semen,  
plenamar de su espasmo,  
de su primer licor, abeja de oro,  
se me quedó en el pecho, pecho a tierra,  
un gemido de manso entre los árboles.  
Luego estuvimos mucho tiempo mudos,  
vencedores vencidos,  
acribillados, cómplices, sobre las pajas ásperas,  
él junto a mí, sonando todavía  
y yo, mi cara sobre sus genitales de salvaje pureza.  
Recordé que se olvida.  
Que no se dijo nada más.

Dejó sus cabras el zagal y vino.  
Qué blanco, qué copioso y dul

ce  
vino.

## SAUDADE

### I

Pensar que duermes y que, solamente  
por no morir de ti, de tu cintura,  
mi corazón: velero en andadura,  
remontaría el aire, dulcemente.

Saber que duermes y que me condenas  
a rotura de ti, a desprendimiento;  
mi corazón a tierra, tú en el viento  
y todo lengua muda y me encadenas.

Tú tan desnudo ahora y no te toco.  
Tan dolorido yo y no te acongojas.  
Te me robas y en vano te convoco.

Quédate así, amor mío. Si guardeces  
noche para la noche a que me arrojas  
de ti anoheceré, tú que amaneces.

## II

De ti anoheceré, tú que amanece  
grave de luz, ardiente mañanura,  
junco de lumbre, tersa galanura,  
bienhadado del sur donde floreces.

Sea mi vida pues, la descordura;  
de lo que fui sólo seré tu ausencia,  
tu primer anatema, la apetencia  
donde tuvo tu cuerpo su atadura.

De ti anoheceré. Y, envejeciendo,  
despoblado de ti, desatendido,  
laborioso de muerte, oscureciendo,

seré desolamiento trascendido.

De ti anoheceré y, anoheciendo,  
seré escombros de amor desconcedido.

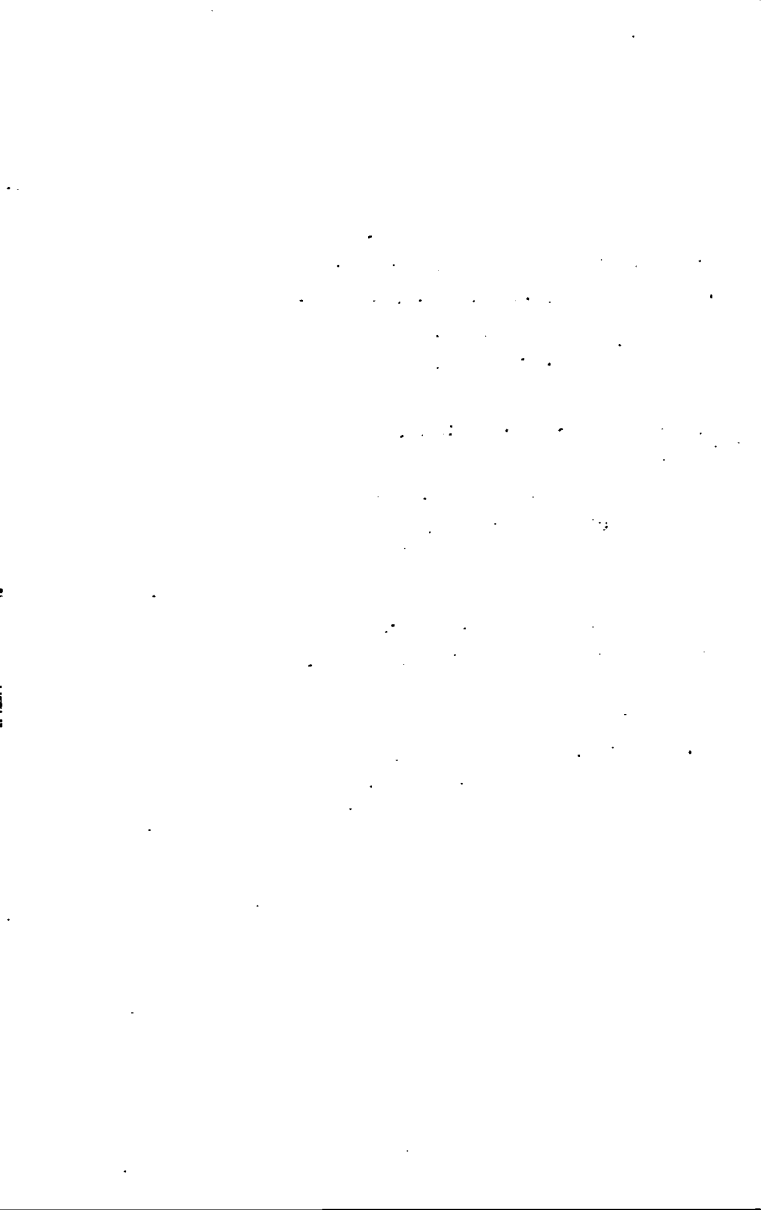
### III

Seré escombros de amor desconcedido;  
me cumplo a oscuras, no me doy consuelo,  
y determino este montón de duelo  
cuando te pienso en muerte convenido.

¿Qué habré de ser sin tu presencia impía?  
Descorazonadura, vaciedumbre...  
Bebí cáliz de acíbar, servidumbre  
de soledad uncí. Y, ay, todavía

qué despiedad acrece mi faena,  
qué dondequiera soledad desboco,  
qué cosa estoy tan triste y me doy pena.

Y me acerco a tus cosas y las toco,  
todo está nadie, amor, tierna colmena,  
y me voy apagando poco a poco.



DESIERTO MAYOR  
1980





*para Rendón,  
mi primo hermano,  
y a Salvador Navarrete*



## EXORDIO

POESÍA, desembárcame,  
échame a tierra y léñame;  
como a candil de sangre, enciéndeme,  
que se sepa Tu Voz.

POESÍA, horádame,  
ancla en mí, balsamízame,  
sumérgeme en la luz líquida y lenta  
de este trago de vino;  
rescátame, tremórame,  
tengo hambre de tu lanza en mi costado.

La Transfiguración, POESÍA.

Inúndame,  
haz de mis huesos el temblor;  
no tardes, tempestad,  
golpea,  
abre compuertas sin descanso al vértigo,  
amor de mi niñez, POESÍA,  
debemos dar el canto,  
es preciso, POESÍA,  
pertúrbame, combátame,  
mira mi corazón, préndele fuego,  
deste derrumbe amante amasa el trino,  
no hay tiempo que perder,

el sitio es éste, el corazón, oh, sed;  
desuéllame, POESÍA,  
asesta el golpe que debe abrir el surtidor,  
quebrántame;  
y en esta carne admonitoria,  
carne de dar, devuélveme el niño aquel,  
el niño aquel escarnecido y dulce  
que lamía tus manos.  
Oh, POESÍA, condúceme,  
desgástame, desquíciami,  
procede,  
de donde estés, ordena,  
y ponme a caminar.

## CONFIRMACIÓN

Es ahora el recuerdo.  
La vida está sonando  
dos, tres pasos amados  
en la memoria.  
Oh, Destino, ¿fue acaso  
que despertó una lámpara?  
Y estoy empavecido,  
llamareando,  
—respira, grita, muerde: POESÍA—  
y ahora mismo, ahora,  
el corazón a todo corazón  
enceguecido, encandilando  
de luz la misma luz  
es ya  
La Fiebre;  
caigo de la paloma en ciego vuelo  
y camino, POESÍA,  
y veo. Veo.

Vuelvo a mirar el resplandor purísimo,  
crispatura de azufres y de lava,  
mi desierto natal, el sitio claro,  
el horizonte de arrasadas costas,  
el puerto de basálticos adioses  
de luz y lucidez pétrea y desnuda;  
la combustión de sílices y espumas,

el fulgor azafrán de la sequía,  
el hálito de médanos y llama,  
el zarpazo del sol que arde y azula,  
la térmica inminencia de la sierra  
viva de claridad su cima escueta;  
los íntimos oficios escorpiones,  
los baluartes corales del sahuaro,  
las flores del oxígeno y sus iras,  
y la desoladora transparencia,  
la plenilumbre, yo recién llegado,  
y, alucinante:  
el infinito a solas.

## RECONCILIO

Hay ahora lucidez paternal,  
un reconcilio  
en el gran lumbradal amorosísimo;  
aquí están los recuerdos,  
y con ellos,  
habitaré este fuego.

En la llanura pápaga  
vivieron mis abuelos Ángel y Adela y el aire era amarillo;  
allí los veneré; ciervo y alondra,  
en la vértebra humilde del galope,  
en la curva de la hoz y la coyunda,  
en la tierra pobrera y taumaturga;  
ninguno amó como ellos el desierto,  
su insignia de combate era el lucero que desplaza las  
[sombras;  
mi abuela era cantora de Semana Mayor,  
mi abuelo, silvestre obrero de la casta trigal,  
profeta de la lluvia santísima nuestra señora holocáustica  
[y madre;  
mis tíos, gallardos y tribales, alto albedrío del árbol  
[coterráneo,  
comieron a mi lado las cosas que aprendimos del desierto:  
el dátil y la uva, el pinole, las ubres asaderas, la tortuga,  
los pálidos fideos, la machaca, los higos y la hogaza;  
mi madre estaba ahí, sierva puntual de la aquilina tribu;

sentados en el polvo, fieles a nuestra sal y a nuestras leyes,  
niños y viejos éramos  
el instante raudal del requesón y la boñiga,  
la miel de abejas, la avidez del agua,  
la sociedad sagrada del desierto,  
y el desierto que quema, vive, arde, muere, despierta,

[llamarea,

fue nuestra cofradía consternada,  
nuestra teta común, la levadura, la flamígera espada

[del poema

bajo el silencio ubérrimo;  
luego fueron los éxodos, los trenes,  
y uno a uno

se fueron repitiendo en los adioses:

Pancho y El Chueco, Pepe, Eliseo, Sofía y Blanca Elena,  
Raquel, Renán, Nacho y Roberto, Miguelito y La Lola,  
más allá, más allá, siempre hacia allá, los países cercanos;  
el olvido

ya es polvo nada más, polvo vacío,  
y el desierto del alma recomienza.

Por eso, visceralmente,  
puedo decir estas palabras sacratísimas  
con su sabor antiguo, ejidal y purísimo,

—Adela, parece que te escucho—.

chicharra, bichicori, chora, calichi, péchita, mochomo,  
cholla, cachora, churea, chilicote,  
chapo, sopichi, cochupeta, bichi,  
apapuchi, chiriqui, cuitlacoichi,  
subterráneos imanes, dígitas soledades, sombra casi luz

[sólida,



oh, desierto, oh, inmensidad, oh, espacio  
de las girasoladas quemaduras,  
oh, Tú, Poesía, profundísimo hueco, carne viva,  
ahora estás conmigo.

## MEMORIA

“Y me trajo la luz del nuevo día  
visiones de temor y de esperanza  
que mi inquietud a descifrar no alcanza.  
Vi un batallón errante que emprendía  
una marcha forzada...”

Lo cierto es que llegaron  
inconciliables y sedientos,  
resonando sus fatídicas trompas,  
sus espuelas,  
sus metálicas voces criminales,  
atropellando al paso de los pasos del hombre  
la miel, el pan, el trino, los racimos,  
el aire de mi pueblo,  
sembrando su avaricia,  
sus herramientas iracundas,  
su andrajería trashumante los norteamericanos,  
pero también lo cierto es que, de la hollada tierra,  
de abril ramo de sal y los sollozos,  
del maltrecho solar y los harapos  
mi pueblo del desierto alzó la frente,  
hincó estado de alerta sobre el mapa hogareño,  
pulsó sus genitales,  
y fue una sola espada  
luminosa, violenta y desdichada  
sobre la bestianuca de mister craab filibustero.

“Y vi también la sombra de Collada  
en la fuente anhelada  
revistando el pasaje de los trenes”.

Y uno siente a Collada y a sus búfalos, rugiendo al sol,  
marchitos bajo el sol,  
pequeños bajo el sol irremediable,  
dándonos una mano,  
algo que iba a surgir de aquella mano  
donante y mártir,  
sobre el desierto experto y despiadado  
del noroeste de Sonora.

“Manantiales brotar vi cristalinos  
de lo que fue terror, muerte y espanto,  
y a través de la arena, en denso manto,  
más bellos que reflejos opalinos  
de un lienzo con amor pintado al óleo,  
se miraban los lagos de petróleo”.

Y adivina mineros  
con taladros de luna y de diamante  
tajando la montaña,  
y sementeras pródigas en frutos,  
y rebaños y el agua aprisionada.  
Y me muestra su sueño vivo y puro,  
y está él en mí desde hace muchos vientos,  
manos, ausencias, sobresaltos, hierba.  
Se llamaba Adalberto  
y fue un poeta y maestro de mi pueblo.

“Y viene el sueño que las ansias doma  
con un silencio al parecer que zumba,  
y la noche que fue ya se derrumba  
y por Levante el porvenir asoma”.

## ANÉCDOTA

Mi madre, Sofía Bojórquez García,  
múltiple y dulcísima,  
aguantadora de todos los clavos,  
hacedora de todas las llaves  
para abrir las compuertas de perdonarlo todo,  
sonrisa de pan,  
ojos de hermanita huérfana,  
lloradora sin freno,  
mamá,  
mi fórmula secreta,  
mi era espacial,  
niñita bajo las arrugas,  
me parió frente a todos, a palos.  
Mi abuelo hizo un ademán, pero mi madre  
trazó una raya en el suelo.  
Sofía Bojórquez García,  
supo entonces su burla,  
le taparon la boca  
y fui mi huérfano, mi bastardo, el hijo de limosna  
en un pueblo lleno de saliva.

Ahora  
que he vuelto a las maternas calzaduras,  
a la raída veste genitriz, al cardo,  
al terrenal salobre y la sandía,  
se me ruedan las lágrimas,

y como antaño  
soy el joven señero  
de la pasión desapacible.

¡Madre!

¡Ternura de mi madre!

¡Patria mía pequeña!

(Y en la solana, tan irremediable,  
tan dulcemente humana,  
tan mortal y tan luz sobre la tierra  
abierta a la luz, en luz desengañada,  
la levísima sombra de Sofía, mi madre,  
ha ocupado su sitio).

## CANTO

Detiénese mi voz en este instante,  
se ahonda en las señales espaciosas mi corazón,  
y así, frente a la pompa solar y la hoja exigua,  
y la mezquina savia y la canícula,  
nunca tuvo la luz tanta blancura;  
refulge mi porámen  
y, ya cierto de mí,  
presencia desasida y el poema,  
al aterido ámbito translúmbrome.  
Y el día reina como un héroe  
con su esqueleto de diamante,  
y el cielo se descubre recomenzando sus aceros,  
y llega la voz tórtola  
minuciosa y paupérrima;  
baja la voz jadeo solemnemente caí  
y es necesario hundirse,  
buscar la contraseña de la voz palofierro;  
la voz liebre  
se hace una solalenta hospedería en la avidez recóndita,  
y la voz lagartija contraviene  
caminando en puntillas sobre su misma sombra;  
conocedora del arte de la sed  
la voz víbora trema;  
la estepa desahuciada  
deja que abra sus dedos la voz cacto,  
y arde envuelta bajo el pavor celeste

la voz inmensidad;  
el viento azota la voz lastimadura  
contra los ritos del uranio;  
el fuego son distancias,  
todo lo circunscribe y lame la voz reverberancia;  
la voz ardilla como una víscera solar se azufra  
bajo el golpe candente,  
y el castigo frenético fulmina  
las radiantes desdichas de la voz camaleón,  
e inagotable claridad flamean  
el cuervo y el coyote  
en las junturas de esta violencia arcaica.

Y uno recuerda  
frente a esta forma recta,  
bajo el viento vinagre,  
trasponiendo el arenal recinto,  
asumiendo la espina,  
las guaridas solemnes,  
la pezuña extremosa,  
cuando, agria la luz  
sólo es un golpe duro  
al pedernal donde sus pasos arden,  
que aquí existió en un tiempo  
tan larga línea azul del mar  
que, bajo la hora única,  
trasciende aún el oro de las dunas  
y las nácaras cosas de la arena;  
y se pregunta uno:  
¿Serán los espejismos la memoria



que el desierto guarda del mar,  
de la última ola que recorrió la pedregosa aurora  
en la totalidad abrasadora?

Y se pregunta uno...

y sólo el mar lo sabe,

y el desierto;

¡imposible beber, toda esperanza  
abandonar aquí!

Y uno se anuda y crispa

y nadie escucha,

y nos palpamos la asolada arteria:

¡No puede ser! y, sin embargo  
es cierto,

Pero al anochecer, señal de alianza,  
donde las cosas fueron,

sólo los nombres de las cosas quedan  
en las habitaciones inclementes

y las cosas avanzan olvidando su nombre.

Entonces uno sabe, en su zozobra,

que el silencio está vivo,

que la vida profunda en sus áridas puertas

echa a sonar crótalos, ojos, combates,

fosforescencias, tímpanos,

voracidades, patas, estirpes, aguijones,

y así,

desde sus cuarteaduras inorgánicas,

con inaudible estrépito,

se oye crecer el intangible azoro,

y el desierto,

constelado de incógnitas liturgias,

recomienza su círculo  
perfecto.

Oh, Desierto, jaula del sol, Oh, Mío,  
al aire reo y loco de la ausencia,  
miro pasar tus trenes como la arena entre los dedos,  
miro pasar mi pubertad desalentada  
hacia donde me condujeron,  
miro cómo a mitad de marzo, desde el centro del mundo,  
te cubres de azucenas  
y nadie sabe nunca cómo, de dónde, desde dónde,  
los bulbos arremeten sus estigmas liliáceos  
y te engendran, te cumplen desde abajo,  
decretándote la primavera de un instante;  
miro también la flora inverosímil  
de la biznaga y la pitahaya,  
que son el galardón de la hora nona,  
el premio a su martirio deslumbrado;  
gusto las mezquitales ambrosías, la chúcata viscosa,  
y sé que bajo de tus sueños,  
el petróleo y el oro te dan goce,  
y abundancias ancladas,  
y mareas,  
la plata y los placeres minerales.

Oh, Desierto,  
ya todo lo recuerdo;  
camino por mi nombre,  
me paro a conversar con nuestras cosas,  
y dulcemente, después de haber estado

sobre el fuego y el ala de la tierra,  
no me importa quedarme,  
mano para volver,  
recomenzando  
tu corazón y el mío.

## VUELO 922 SOBRE EL DESIERTO

Y aquí está la ciudad,  
entraña yuma,  
ancla de azogue,  
rumorosa  
raíz, siesta redonda,  
alegranza, rosárida,  
iracundia del sol, solicultora,  
lasca de estrella y brújula perdida,  
luciérnaga lunar en donde zumba  
la corola profunda de la noche  
y acampa la ruidosa caravana.  
Se extingue lentamente la memoria  
en donde hicieron trueque y burdel  
las hordas comarcales.  
Ya no los rostros arduos  
que iban con su mejor abolladura,  
cuando tuvimos río, río adentro,  
hacia la agazapada cartuchera de la tribu vecina;  
y ya no la palabra aguaprestada  
donde por el salitre  
dánoslo hoy perdona nuestras deudas,  
digamos, por ejemplo,  
no se supo por qué,  
fuimos privilegiados  
con la rabia nostálgica;  
ni el mediodía de brasas verticales

bajo el que las distancias derretíanse,  
y ondeaba la deshora  
junto a las bienvenidas deshonrosas  
y las fecundas temperaturas de la cerveza;  
ni el pulso de los máuseres,  
volcando sobre el yermo los cántaros del opio  
y sus eclipses;  
ni aquellos emigrantes  
de lejanísima saliva familiar  
gastándose los últimos zapatos y el primer descalabro...

De otros tercos quehaceres,  
de sus vitales zumos constructores,  
brota ahora la vida  
como brazo caliente sobre el hombro,  
por el que cada habitante del desierto  
es un hermano nuevo.  
Herencia de sopores,  
viejo quejido de indio cucapah  
que reencuentra su sombra,  
esta ciudad no es ya el futuro vago;  
es el presente domeñador del agua,  
ojo de las compuertas y el estío,  
hijárida del júbilo al servicio de la estación vibrante  
bajo la cual murieron, renacieron, ennegreciéronse,  
[insoláronse,  
consumiéronse, mentaron madres, se hicieron inmortales,  
tantos y más que abrieron espejismos,  
brechas y mariposas, estrellas y jadeos,  
flores livianas de la avena,

durmientes y palomas,  
un despertar de ruidos y perfumes  
en el asfalto, el polvo, el aire ácido  
de esta ciudad áurea y clarísima,  
siempre inédita, pàrvula y solidaria,  
San Luis del Río Colorado,  
hermosa y violentamente triunfal,  
a donde traigo estas palabras fraternales,  
bajo la vigilancia de Adalberto Sotelo,  
Oscar Corrales, Enrique y Eliseo Bojórquez,  
hombres encabronadamente terrenales,  
pero ahora  
bajo custodia, prescripción, desahucio y manoseo  
definitivamente  
celestiales.

## NOCTURNO

Cuando de noche, en casa,  
los ruidos amortiguan sus azogues  
y un silencio iracundo  
hace sonar silencios condolidos;  
cuando enmudece el tráfico y las cosas  
reconquistan su sitio acostumbrado;  
cuando desde las calles minoran los estrépitos  
y uno mismo es la casa y la memoria  
de algo que testimonia y nos contiene;  
cuando todo se calla  
y quedo capitulante,  
solo, a mitad de la sala,  
es cuando siento que vive en todas partes  
la señora mi madre;  
la oigo cantar sus cosas jovencísimas  
de cuando era muchacha,  
recomponer el orden perturbado,  
perseverar en el afán su escoba,  
reamasar en la harina su infancia desteñida,  
tostar, moler y hervir el café cotidiano,  
reprocharle a mi vida los flagelos del vino,  
despedrar las lentejas,  
estofar las cebollas,  
y aliñar el chorizo con los clavos;  
después en el corral juntar los huevos,  
nombrar con dulce voz a las gallinas,

volver de allá con nabos y con flores,  
con ejotes y coles hortelanas.  
Luego sale un momento por la leche,  
habla a las codornices con su lengua silvestre,  
viene a comer su pan con mantequilla,  
sorbe el café, se sienta,  
vuelve a ponerse en pie, da trigo a sus palomas,  
compone las verduras del puchero,  
saca la ropa sucia, la remoja,  
descorre las cortinas, tiende las camas, cose  
y clava, pule, plancha, se reprende,  
riega sus plantas, desyerba la hortaliza,  
cava, siembra, desgrana unas mazorcas,  
revisa el gasto diario, no descansa,  
viene y va en el amor mi madre ausente,  
y en la callada noche  
y en la casa callada,  
algo de su ejetreo y de su gracia  
me hace creer que sigue aquí conmigo,  
y cuando ella regrese,  
o cuando ella se marche definitivamente,  
sé que cuando más triste,  
desvalido y agraz la necesite,  
la escucharé de nuevo  
en la callada noche  
y en la noche callada  
recomenzar su trajinar celeste.



## ENVÍO

RENÁN:

la vida siga así, sencillamente;  
tenerse amor, sembrar, transparentarse  
en tierra y a sudor y perpetuarse  
agua encendida y cálida simiente;

dejar que el sol encumbre lentamente  
sus oficios de octubre; comprobarse  
que se es de verdad y continuarse  
de sí mismo a sí mismo, ardientemente.

Dejar que mis palabras, rezumando  
la voz gozosa, la acuciante estrella,  
queden en estos versos, cintilando;

que aspa de luz, ilimitada y bella  
honda y florida miel, dulcemanando,  
va LA POESÍA en prenda. Y voy por ella.

Chalco, Edo. de México  
Agosto de 1978



PODRIDO FUEGO  
1985



*Con cálido aprecio y cordial amistad*  
*a*  
*Martha Elena Mungula Zatarain*  
*y*  
*Jesús Antonio Villa*



## LA TIERRA PROMETIDA

### I

Amante,  
cuando te plazca amanecer,  
cuando tu cuerpo recomience poderes  
y convalezca del sueño conferido  
y abras los ojos al rescate del día  
y sobrevengas;  
cuando despiertes:  
sonando todavía en tu cabeza  
la voz cálida, espesa de la vida  
que todavía ayer decíamos,  
mano en la mano, absortos,  
como niños recientes;  
cuando despiertes, despacísimo,  
amante mío, mi semejante voluptuoso,  
preguntarás qué fue lo que pasó  
mientras dormías,  
cómo es que, de repente,  
el viento ya no está ni su memoria,  
preguntarás dónde quedó la vida,  
sus querencias,  
sus gracias vagabundas, su hermosura,  
qué fue de tanto como un día fuimos,  
tú que amabas el sol, el pan, los niños,  
las creaturas silvestres, los aromas,  
los zumos, las estrías, la retama,

el vino, el fuego, el coito,  
la infancia de los ríos;  
bajo cuál sitio de la muerte  
se olvidaron los nítidos aceites,  
el zureo, los peces, la paloma,  
el rastro de la hormiga y sus quehaceres,  
cuándo fue que arrasamos  
los últimos tropeles  
y cuándo la destreza de los dientes  
acabó la cebolla.

Me acuerdo de la vida;  
me acuerdo  
que alguna vez llovió,  
y en el alba liviana  
los árboles en flor eran de pájaros.  
Olía el campo a limas,  
a albahaca y luz el ámbito perfecto;  
suelta iba la alegría  
y el esmeralda suelto entre los campanarios;  
hundíamos las manos en la vida,  
viajábamos al fondo del caracol sonoro;  
la alondra  
era estrella mojada;  
abril era en tu torso sembradura,  
labranza de balidos y,  
de pronto,  
la vida estaba ahí,  
quietas las manos,  
muerta.



Se sabe cuántos fueron y qué hicieron,  
nada faltó en el horrible catálogo:  
se sintió un estallido,  
una luz de potencia sobrehumana,  
y,  
¿a dónde los almíbares, a dónde  
las púrpuras creaturas,  
los ternos recientes y las liebres,  
la codorniz, los higos, los escualos,  
la cocción de la harina, las abejas,  
el arroz, la vainilla, la linaza,  
el café y el tabaco, a dónde, a dónde  
el azúcar, los élitros, el ciervo,  
la menta y el cacao y los cipreses?

Y aquella tierra nuestra,  
la que oía correr sobre su cuerpo  
los ríos y las bestias iracundas,  
que maduraba bulbos y rizomas  
en la reconditez de su lactancia,  
que había dado fructívoros y agrestes  
labios al hombre, cal de su hermosura,  
que fue los socavones, los metales,  
las selvas de floral carpintería,  
la madre de los cálices herbáceos,  
allí estaba,  
cadáver de otra estrella,  
trizada para siempre,  
ni aquí ni más allá ni nunca  
revivida.

### III

Amante,  
tú no andarás esta heredad siniestra,  
no aullarás en las cuevas tu amargo sinsentido,  
no beberás tus lágrimas, tu orina agazapada,  
no escarbarás el polvo de las cosas que han sido,  
no añorarás la lumbre en el terror más alto,  
de cierto te lo digo.

Si algo habrá de perdurar  
de esto que fue tomado sinrazón,  
será tu libertad;  
yo he de quedarme adentro,  
mendigando  
el alegre pavor  
de que he quedado preso, loco.

Apenas si oigo en la horaigual mi corazón  
y estas viejas palabras:  
la tierra era tan nuestra  
y agotamos su vida fresca y honda,  
su inocente alegría,  
su tibieza profunda y luminosa.  
Amante,  
ahora sé que has muerto.

y todo es menos puro entre mis manos.

Así

me voy doblando, abrasándome, quebrándome  
en la perfecta soledad;  
quedan ya sólo aquí memorias, eco de lo que fueran  
tu exacta piel, la rosa, las guitarras,  
los pueblos en verano, la Poesía,  
ciertas caricias que inventamos,  
pero también aún  
éste que soy,  
Caín, tu hermano vivo,  
y vivo,  
sin embargo.

Camarada, amor mío,  
Abel,  
mi semejante voluptuoso,  
dios póstumo y oscuro,  
no vivirás  
la tierra  
prometida.

LOS DULCES NOMBRES  
(Fragmento)

I

*Eternamente no vendrás.  
Caerán constelaciones.  
Se hundirán montes, siglos, tempestades  
Y no vendrás. Y yo estaré mirando  
lo que nos une todavía: el mar.*

*JOSÉ ALBI*

No bastó que el silencio confirmara  
sus nervuradas mocedades.  
Ni bastó que la luz enjazminase  
sus pendulares  
atributos.  
Ni que hacia mí sus pasos condujeran  
rastros de algún incendio.  
Ni la invasión toral de su hermosura  
en las avasalladas soledades.  
Ni su pelo feraz ya levemente mío.  
Ni sus ojos tabaco  
de eficaces instantes.  
Ni el reclamo  
de lo que en su cuadril ruisseñoreaba.  
Faltaba el mar, sus cómplices azogues,  
sus empujes vitales,  
el júbilo hamacal de sus vaivenes;

y el mar, bramal y salitrado  
doncel entre la luz, llegó lamiendo  
aquella flor de carne entre mis manos.  
Yo estaba sobre la ácida blancura,  
junto a la desnudez total, súbdito y amo  
de aquel cuerpo de almendras y de limo.  
Oh, niño de la siesta, oh tierno, oh mío.

Recuerdo que subía del suntuoso verano  
la rama intensa del calor.

Oh, Mórbido.

Oh huracánido.

Y ardió a besos el mar

entrambasaguas,

entrambazarpas,

entrambaspiernas descifrantes del fuego

y los saqueos de insaciabiles discordias,

como barcos tundidos que el mar hunde o levanta,

como leños que anega y transfigura

perseverantemente.

Plenario fue el amor. Enardecido

el goce diluvial, la punzadura

del cuerpo bienherido, servidumbre.

Y sentimos el mar y sus reclamos

mío también diciendo

entre las ondas vulneradas.

Ahora,

lenguante el mar, bramal y salitrado,

profundamente canta en la memoria,  
canta, mientras la vida,  
con revuelta marea  
rejunta entre sus aguas las aguas de este olvido.  
Todo tiene su precio.  
Y he pagado  
con vejez o con lágrimas  
aquel amor perdido.

## VII

Y aquí me tienes, mar, de nuevo,  
aquí me tienes,  
                oh, submarino corazón,  
oh, genésica alegre sementera,  
piafante luz y mano empueblecida.  
Dulcemente mi piel engaviotiza,  
púlsame lento, mar, ay, como un arpa,  
acúname,  
mastúrbame,  
empavésame.

Quiero ser otra vez las intemperies  
y las rudimentarias sumisiones.  
Reconocerme  
bajo el sol bramador ay, desnudarme  
en su fulgir de oro.

Como ninguno otro, deseo ver de nuevo  
las húmedas aldeas de la orilla,  
y las redes chorreando peces suplicatorios  
y la lluvia de luz y los estuarios,  
el azul derramando de su copa;  
el prestigio naval y las barcazas  
inmóviles, saciadas, y lejanas las dunas lentejuelas.

Seré pastor de arcángeles barqueros  
y comunal recolector de aromas;

iré cantando mi vejez primera  
con esta boca salitrada y pobre  
sobre el aguacaudal.  
Juntaré en una vara mis palabras  
y prendiéndoles fuego,  
arderán hacia ti como una llama florecida  
los serpenteos del poema;  
juvenéceme,  
mírame como soy,  
invítame a cruzar esta frontera,  
yo soy lo que arde, mar, soy el que aguarda,  
y aún estoy  
con los brazos  
extendidos.



## IX

Eléctricas distancias eternizan  
nombres y soledades:  
Dulcamar, Altazor, Aldebarán, Eleusis,  
y aquí sigo esperándote.  
Te he venido a esperar y, si hoy no vienes,  
cualquier día te aguardo,  
antesdeahora;  
frente al mar te memoro,  
quienquiera que tú seas,  
cualquier nombre que invente en esta playa,  
cualquiera de los que asuma y sufra y desentienda.  
Yo miento luego existo,  
pero confío en que algún rastro llegará a ser el tuyo,  
tu dulce nombre azul, irrealizado  
o la falta de todo.

Frente al mar yo te sueño, joven náutico;  
todo el alcohol del mundo está cantando  
en la humedad más alta de la noche marina.  
Frente al mar yo te pienso;  
acodado en el aire contemplo tu recuerdo,  
tu dulce desamor,  
la ceniza en el tacto,  
tu flor de pastoreos,  
la brecha en mi ternura,  
yo por siempre ya más en ti te nombro:

Noaimasquearena, Persio,  
lexis, Marzo, Alcándaro, Abenámar;  
ue nadie más se acerque,  
quel que olvide tendrá doble recuerdo,  
abel, Abraxas, Eufranor, Flaminio,  
lónde pedir auxilio sino en ti que no existes,  
ibilo, Escarnio, Galápago, Entresueño?  
unque  
fueras  
cuál serías entonces,  
da mía?

## X

Pero ahora te soy y te me entregas  
libremente, azulmente,  
desenfadadamente,  
y te nombras como alguien de otro día,  
anterior y magnífico,  
y te me doy en nombre de su ausencia,  
y en nombre del amor desconcedido  
que en otro tiempo así perdí y recobro.

Te empaloman mis malas intenciones  
del más perfecto y trémulo deseo,  
abarco hambriento, allanto, irrefrenable  
tus contornos suntuosos y garantes,  
tus muslos vellecidos y morenos,  
tus nalgas opulentas y triunfales;  
muerdo y beso y escancio tus ijares,  
bebo de tu tenaz envergadura  
y eres en ti tú todos lo que fueron antes que tú  
raigambre de mi vida,  
alertinaje  
sobre este corazón que soy, que sigo  
prolongando,  
exhumando,  
reviviendo,  
hasta el día sin ti que se detenga  
a darse,

a alarse,  
a desnudarse,  
a irse.

Centauro del rocío:  
los mares de la alfalfa te nautican,  
el mirasol te amarillece y anda,  
el chayote recrea tus amorosos atributos,  
y el airemar encomia tus aromas,  
a caballo y a sal empavecida.  
De día, el sol te agrava,  
te emparienta,  
te nombra carretero del estío,  
estás y sueles comenzar el alba  
tortolar y estatuario,  
y me condenas  
a creer en la luz, que, de tus ojos  
espejea y devuelve sus azogues  
al paisaje de mar que te contiene,  
y de noche la noche nos congracia  
y nos da la señal  
y amanecemos.

Jinete  
de sonrisa que hace temblar las cosas y las hojas,  
aquí me quedaré  
o marcharé desde ti descabalgado;  
y el lecho que ha cumplido  
sus consignas de bélicos aceites,  
te pide nuevamente, te reclama

tu cuerpo miel de niño enrracimado,  
tus manos de quehacer estremecido  
y ese timbre violento de tu risa.

Amor,  
a partir de este día te declaro  
en estado de sitio.  
Para mí solamente tus poderes,  
tu dulce nombre igual y repetido  
a través de otros nombres diferentes,  
fuente de toda gracia,  
carne filosofal, piedra de toque;  
dondecuando tú quieras  
desinvento  
mi soledad  
y hacemos primavera.

## XI

Pero te vas, no vuelves y apareces  
en otro nombre ígneo,  
ignidisciente,  
ignífico,  
en otro nombre dulce que, de pronto  
tampoco tengo.

Desértica,  
dulcanácar,  
salilunar,  
florángela,  
pastoreazul,  
plenifrutal,  
fulgidasol,  
acontrañil,  
blanca y sola  
la playa.

Contradigo que existas  
o que me ames,  
o que te llames:  
Dosvalar,  
Riesgo,  
Tubermoh,  
Nalume,  
Osimes,

Hanco,  
Urano,  
cuando en verdad, quien fueras te diría:  
te inventaré la vida,  
espígate y camina carne adentro.

Es el Séptimo Día.

Desembarca.





## APOSENTARIO

*"Ay muerte, muerta seas con muerte degradante"*

*ARCIPESTRE DE HITA*



APOSENTO I.  
JESÚS ARELLANO

Entre empellones,  
disputas,  
codazos,  
fetideces,  
aullidos,  
palabrotas,  
apreturas,  
jijolos y gatócratas,  
intensos manoseos,  
descalabros,  
interjecciones,  
gleba,  
autoctonaje,  
entre  
obligadas esbelturas  
y agrios despojos  
desentrañadamente detonados,  
sudorífuga,  
desdeayojete  
mente triturada,  
la galerada puja,  
se atormenta,  
pulula,  
se arboriza,  
se sobreencima,

muge,  
se pedosaumeriza,  
diluvia,  
tentaculece,  
se agria,  
se mediomata,  
a la horaprima irremisible de trepar en el Metro,  
de ser ignominiosamente casialzados en hombros  
y tundidos  
en el hacinamiento y el estruendo,  
mientras piafan las bestias congregadas,  
y atronadoras jetas concilian las pestíferas ordas...  
Es el fin del otoño. Me avisaron que has muerto  
y, desgraciadamente voy a que te entierren,  
ausente bienquerido,  
con el aún caliente sobresalto de que ya nunca más  
[tendremos,  
oiremos,  
festejaremos,  
bendeciremos tu justísima lengua zapadora,  
porque, de pronto, te moriste  
bajo diciembre dos  
absurdamente estrago,  
irremediablemente tú sin Arellano  
desde lo más sentidamente Chucho  
que tú fuiste.

Y mientras arremete el escarbante cúmulo  
andén a andén,  
y la bramante turba blande sus codos,

agrede,  
se embravece  
herido de los pies a la cabeza sigo pensando en ti;  
en tanto en el furor de la batalla  
hay vivos vencedores,  
y vivos mediomuertos,  
y muertos revividos  
en el vagón repleto línea uno del Metro que me conduce  
a tu injusto sepelio.

Yo sé que mientras pienso en lo que fuiste,  
gran poeta cabrio y genitorio  
sudando luz de carne,  
insumiso soldado labrantio  
a lomo de frondal cabalgadura,  
garañón seminal restituido  
al redil de la lumbre y sus abonos,  
citárido varón de la poesía,  
arcabucero avasallante y solo;  
las proletarias heredades  
entran,  
desaparecen,  
cabalgatan,  
tarantulan,  
se evaden,  
trajineran,  
se fugitivan,  
ay, espumedecen,  
cunden,  
transpiran,

enardezcan,  
bufan,  
se acolchonan,  
y como nadie de estos sabe ni quién fuiste,  
me desgarró, me enchillo, me enchuchesco,  
y te construyo lágrima,  
te llanto,  
y en mi vida: qué gran desgarradura  
devastarellanadamente pesarosa,  
porque la vida es muerte y no sabemos  
dónde ponerla en claro;  
luego bajaste al terregal tezonco  
y Carmenánfora,  
Margaritágata,  
Marceluberrisísima dime tú  
que sí seré tu amado  
colibrí,  
la fidelumbre rui señora,  
notoriamente entristecieron y ya fuiste recuerdo,  
cascajo malherido,  
cualquier cosa del suelo trascendiendo  
al profundo huesor inolvidado.

Y mientras huyo contigo en la memoria  
y entro de nuevo al Metro,  
y como nadie de estos sabe ni quién fuiste,  
celebro esta colmena abastecida de ceguedad,  
y pobre pobrecido  
te nombrechucho amigo,  
anoche siendo

anocheciendo  
y tú no estás en casa de ninguno,  
mientras el Metro  
enmetra  
enmetrece  
enmadrece  
enmutece  
empadrotiza  
tu lluvioso recuerdo enlllorecido  
entre gentes desgentes  
gentesdesas.

APOSENTO V.  
EFRAÍN HUERTA

Y a te inventaste descarnado, ay de ti,  
váyaste tú, Efraín,  
se oculta el jade,  
se trafica la extinguida especie del quetzal,  
aunque fuese de oro se exporta, ay, de mí,  
hasta el crudo aquel le dieron para adentro;  
este junio dieciocho del ochenta y cuatro  
cumplirías setenta años de edad,  
no los cumpliste ya,  
y a la Ahuiani que se quedó esperándote  
a esa  
no se le hará;  
por eso, a solas, doy salida a mi llanto,  
hacen estrépito los crótalos  
de Sonia Amelio,  
la Gordon anda de reventón;  
al fin qué resta ya de tanto y tanto coño  
como tundiste,  
los glúteos(?) de Rubén, de Walt, de César, de Ricardo,  
de Pablo, de Ramón,  
¿qué les fiziste?

¿Dónde Píndaro  
esquina  
con Mercedes Caraza?



Viejas me sobran,  
hombres no me faltan, dijiste: estoy completo;  
suerte la tuya,  
porque ahora por allí anda el Ave escarneSIDA,  
carísima,  
el oro lo conserva alegremente  
el que fue por seis años Quetancácotl,  
el jade se lo chingó La Pintada con Caca de Sor Juánatl,  
y las plumas de quetzal  
en La Casa Del Dador De La Deudatl.  
¿Acaso de nuevo volveremos a La Vida?  
Ay de mí.

Vengo en busca de los huesos preciosos  
que tú guardas aquí en Juchitepec,  
donde Mictlantecuhtli te conforta, oh, mi rey,  
tú ya en La Mafia de Los Dioses,  
y donde al son de los atabales  
Acerina y su Panzonera contraataca Durazno El Negro  
del Antepenúltimo Quintero,  
Ay de ti,

Nadie podrá ocultar tu fama y tu rebane, Señor,  
aquí sobre la tierra,  
cúmplase el cocodrilo nalgaísta,  
caimán del sueño ruiseñor,  
que permanezca siempre tu pajarito de la muerte  
sobre las atareadísimas vaginas,  
por ventura  
que sea siempre así tu canto cascabel,

canto alivianador junto al que nada  
se echará ya de menos,  
únicamente a ti, Efraín,  
chingonería  
del amor y todos sus contornos  
púbicos y nalgráficos,  
como aquellos que alegraron tus ojos aligátors  
Tecojobichi,  
Retorno de Trasero  
y Sancojón en la colonia Chupas.  
Sí,  
señor.

APOSENTO VI.  
MIGUEL GUARDIA

Aquí entre nos, dime, Miguel,  
¿qué se sintió decir no moriré del todo,  
qué se sintió decir  
que ejerciste honradamente el verso  
para seguir viviendo,  
qué se sintió decir que dejarás testigos,  
odios feroces,  
irreconciliables reconciliaciones,  
hijos  
que no habrán de dejarte  
morir del todo?  
Aquí entre nos, ¿quién fuiste, cuate?  
Sólo yo te recuerdo, Aurora alce la voz,  
que por lo menos  
alguien diga que no ha muerto del todo tu esperanza.

Porque lo sabes tú mejor que nadie, amigo,  
entre toda esta fauna monosabia:  
se batracian y plañen  
muchos empecinados, iluminados, tercos, solitarios o  
balines, petardos, urracas, engréidos, créidos, dizque  
[más malitos que malditos  
cursis, arribones, coquetos, o  
magníficos, menospreciados, resplandecientes,  
mamones, lambisquistas, agachones, musáferas,

excrementables, amafiados, instituidos, chichifos,  
juniors, mariposócratas, pájaras, coleópteros, suripantones,  
y hasta olvidados, incorruptibles, altísimos poetas  
y parlachifles, literatíputos, de tocho.

¿Cuántos te conocieron buenamente o violentamente,  
encabronadamente, o te desconocieron;  
cuántos te dejaron morir,  
cuántos te masacraron encantadoramente,  
cuántos te leen ahora que te has muerto del todo,  
amigo mío?

Bebe este Chup amargo de esperanza,  
porque la vida arriba aquí, sin ti o contigo, los crítículos,  
el rol,  
la culturilla,  
la vida esplendolora,  
putita,  
zaumadora,  
salamera,  
mafiosa,  
cuatísima,  
buenaza,  
convenenciera  
sigue siendo:  
un lírico  
sorbete  
de cagada

1979-1985

B.A. y G. FRECUENTAN LOS HOTELES  
1988

201

202

203

204

205

206

207

208

209

210

211

212

213

214

215

216

217

218

219

220

221

222

223

224

225

226

227

228

229

*Para José Luis G.*





Dicen que en los hoteles  
 se vale no dormir;  
 sólo se canta,  
 o se zahiere en pleno  
 rosa sin par,  
 botón de empuñadura;  
 o se paga embeleso,  
 merecimiento, hastío,  
 recelo, villanías,  
 o se desencamina  
 de amor el corazón desdoncellado.

Ah, del mundo,

¿quién canta?

Dicen que en los hoteles  
 se vale no saber uno del otro;  
 esgrimida la flor,  
 el deleitable horror acometerlo;  
 óyeme, sorda muerte,  
 presago tecolote,  
 ah, del mundo,  
 ¿quién sabe?

Dicen que en los hoteles  
 se vale no morir,  
 ah, del mundo,  
 ¿quién vive?

Me era sencillo estar masturbofósil, voluptuofósil,  
 en la umbría entrecolchas dando rienda  
 a la mano perfecta, recordando  
 lenguajes de lujuria inmemoriada  
 de otro fragor enjuto naufragándome;  
 me era sencillo estar baldíamente solo,  
 subibajando deshojados amores,  
 y echar sobre mí mismo otra fatiga:  
 ribera de la esperma congelada,  
 naufragio de saliva,  
 cama sin nadie,  
 Onán de la horaluna,  
 ceguedad infinita, brevedad engañosa  
 de no querer morir lo que ya sé que morirá:  
 este fuego.

Me era sencillo el postrimer casero.

Y aquella noche en Veracruz entrambos  
 fue mejor tu compañía insosegable  
 y haberle juntamiento plancentero;  
 fue como hacer remar las cosas quietas  
 y dar a combatir los brazos ávidos.  
 Por eso, cuando nos es posible abril y resplandece,  
 tú dejas tus hazañas, tu edad de mancebía dulcísima,  
 yo mi propia vejez desalentada,

y agarramos camino, vértigos inconfesos  
hacia donde el amor nos lleve, el mar, las islas,  
sin ocultar abrazos, uno en el otro aliados,  
trenzados, olfateándonos, frecuentándonos, hasta el próximo  
[hotel

—recuerda—

donde mis ojos, manos, lengua, colmillos, lambetadas,  
recorren dulce o brutalmente  
en lo salobre, en lo amargo, en lo escondido,  
la fruta de tus muslos. Y me abrazas. Y creces.  
Y yo te como entero.  
Y me desdigo.  
Para comerte mejor.

Jugosa mordedura,  
 lamida sabia en tus testículos,  
 succión opresa entre mis labios  
 que hacen de ti fruta debida, vida,  
 mientras gimes, y ofreces  
 todo lo que de ti se avidecina y urge:  
 ascensión a tu ombligo,  
 a tus pezones ninfos,  
 a tu cuello,  
 a tus labios,  
 a tu oreja de manantial oscuro,  
 a tu final estrago donde escancio  
 tu juventud bestiosa,  
 donde te magnificas  
 y pides paz y se hace la ternura.

Frecuentar los hoteles  
 es olvidar qué fuimos allá afuera,  
 por cuál camino de entresueños  
 no me dejas dormir,  
 por qué razón padezco y me padeces  
 el pecado, el estigma  
 de estar hombres en el amor,  
 la expiración delictua,  
 la agonía,  
 el santísimo entierro

en el que sabe cuál de los dos  
murió primero.

Frecuentar los hoteles  
pudiera ser  
ir a los cementerios mucho mucho,  
—donde no estemos nunca—  
porque otros se amortajaron antes  
con estas mismas sábanas epitafiales.  
Estoy a punto de vivir el sueño:  
*morir... dormir... dormir... tal vez coger...*  
y te me ofreces, jugosa mordedura,  
lamida sabia en tu segundo viaje.  
De todos modos,  
enciende, amor, la luz,  
a ver si todavía estamos en el cuarto,  
o habremos de nacernos nuevamente  
cuando la luz se apague.

Qué cosa el escribir después de haber  
ardido contra ti entre ti dedos solares  
sembrando luz en un lagarto de oro.

A mi lado tu cuerpo en lo entreabril del cuarto  
expía y *está escrito*  
sus secretos mojados.

Me he despertado alegre, a media noche,  
con un gozo sincero,  
tú duermes.  
No amanece del todo.

*Dos años y cincuenta contra veinte  
dan esta unión de hombres  
con la oscura costumbre  
de levantar en vilo el peso prodigioso  
del amor prohibido  
y por eso radiante  
y darles en el rostro a los consignadores  
después de todo inútiles  
porque tú porque yo los conocemos  
rompiendo los cristales.*

*Aquí está el potro de condena y silencio  
la cama del suplicio y la ceniza*

*Dios implacable y justo*  
*purifiquémonos*  
*o vámonos al diablo.*

No amaneces del todo,  
pero tú, corazón desesperado, vuelto a turgir, turgido,  
todo eso y mucho más, me penetras todavía mejor,  
mientras la novia ciega de la estrella del alba  
nos mira para siempre.

Así que puritanos, mojijotos, arrebañados bueyes,  
aquí no pasa nada. Cae el telón.  
La lengua cae, se hunde  
en lo eterno de este gran happy end.  
Eficaz, sigo teniendo el canto.  
Vida, vente.  
Ustedes: a volar.

G. pequeño de estatura, goloso, ratón tierno,  
 sensual, lacio de pelo, nálguido, moreno,  
 lúbrico, indócil, buena onda,  
 dionisiaco y alegre,  
 géminis y sanguíneo,  
 cabrón, rechoncho, lampiño, bienmembrado,  
 ni duda cabe, lleva la ventaja  
 que él me miró primero.

Todo esto hace creer que solamente  
 la hacemos en la cama;  
 pero sucede que algunas veces también la hacemos  
 otra vez en la cama.

Desenvainada espada G. cava hombre,  
 se va a pique,

me siento en el ojo del cíclope,  
 asumo mi propia abdicación, rehago  
 de G. el domesticado,  
 vivo en su cuerpo vivo regadío,  
 cuerpo que reconócese en mi cuerpo  
 las cuevas que en mi piel hunde y entraña,  
 anega y bautismiza y entalega,  
 y sale de mi cuerpo, abandonado,  
 devuelto a las arenas de la sábana santa.

Así es la muerte, acto amoroso, sal, la barca de Caronte;  
 en la esquina más próxima



el mar de Mazatlán habla a sus náufragos,  
y en la noche de invierno  
por si él despierta o por si yo me muero,  
lo amo profundamente,  
adormecido aljibe,  
compañero.

Donde la furtivez solapa  
 y hotelea  
 un sinnúmero de élitros y lenguas;  
 donde nombres de anónimos quereres  
 quedan escritos sobre las paredes;  
 y quejumbres, lamidas y morderes, redes,  
 mamaduras y fajes  
 dejan tan sólo un corazón pintado  
 con dos nombres, un dardo y una fecha,  
 allá en Guadalajara,  
 donde también nosotros dibujamos  
 un corazón, dos nombres, una fecha,  
 mi nombre Abigael me protegía,  
 el tuyo era  
 perversita menesterosa G.  
 en la pared abyecta.

Había uno: *aquí estuvo la lágrimas*  
 y otro: *aquí cogió tu abuela;*  
 luego un rayo de sol, exactamente  
 donde existió un espejo,  
 se astilló contra el muro  
 en el que *vana gloria* se leía:  
*aquí no ha estado nadie como yo la pelos,*  
 y amaneció la muerte  
 de abrir y desamores agotada.

Pero ahí quedarán  
murales,  
trasnochados,  
amanecidos,  
crudos,  
nuestros nombres opresos  
en un desvencijado william tel ero cuore  
oh tel hotel sepulcro inagotable.  
No faltará quién diga *éstos también*  
y pintarán el suyo  
con la ilusa inocencia  
de perdurar o de seguir pintando  
en el próximo ohtel y el otro, el otro,  
calenturas, axilas, entreabrires,  
y un nuevo corazón:  
*Arriba el culo.*

Amor:

tú me horadas, me dueles, me subyugas, me vences,  
me anañas, me estremeces, me endulzas, me masturbas,  
me embriagas, me eyaculas, me maternizas, me andas,  
me enviudas, me alboreas, me sustentas, me vives,  
me amaneces, me besas, me penetras, me matas,  
buena ventura  
si muerto yo, pudiera seguir siendo  
tu recuerdo más próximo,  
muchacho,  
o mejor tú, en la tierra, multiplicado  
hombre,  
porque aquí entre mis cosas, si es que estoy,  
si es que sigo,  
te convalezco a diario,  
vuelto a morir de ti,  
por ver si me recuerdas.  
Pero vivo.

Mientras el autobús persigue el día venidero  
y todavía es noche, y en el viento  
hay veloces señales y constela  
la distancia el toque ardiente  
de la lluvia en el alba,  
te has quedado dormido, pequeño,  
en el asiento diez.

Pasan pueblos  
y en alguno de ellos encuentro algún recuerdo  
aullando lloroneando en el río mis veinte años.  
Mañana olvidaremos que en el árbol del cuarto mago:  
*me subo trepo bajo te desfruto encarnizadamente*  
sólo somos dos hombres llegando al mar,  
de ayer apenas de la noche,  
al poema siguiente.

Era verdad aquel silencio, amor;  
el aire mórbido del cuarto a oscuras  
ángel suspenso oyéndose por dentro,  
ardía en la su quemadura silenciosa  
la música inoída.

Entonces, Santa Prisca,  
latió violentamente sus esquilas,  
y pasó al lado nuestro, desprendida del alba,  
la sombra corcovada de Juan Ruiz de Alarcón,  
fúlgida de pecado.

Si *las paredes oyen*,  
cuánta oreja se habrá llenado de temblores  
cuando te dije: enarbórame así, relincha,  
móntame, galopa mi corazón en llamas,  
mientras amanecía.

Era verdad, amor,  
tu peso  
halcón hambriento  
con su presa.

Este cuarto tiene cama de piedra,  
buró de piedra, silla de piedra,  
tocador de piedra;  
que sea para bien,  
mientras el convidado  
no se vuelva también de espaldas  
y se ponga.

G. colecciona llaveros,  
cuartos de hotel,  
penumbras deslumbrantes;  
y ya que llega al hecho,  
el lecho suma  
su mejor colección:  
él mismo, útil, diminutivo,  
cóncavo y convexo, delantero, febril,  
amándome.  
Y creo en la nostalgia  
de que pude haber sido tan joven  
como G., lumínico,  
o quizá peor,  
pero nací viejísimo.



Yo no puse el anzuelo.  
 Quería sólo ser pez lamiendo tu edad.  
 Pero el Mesón, las leyes de la noche,  
 te hicieron mi carnada,  
 donde el pez engulló la más breve alegría  
 y el más alegre estrago.  
 Pátzcuaro,  
 sin especial envidia,  
 jaló su cheremuka,  
 y yo: pescado.  
 Blanco.

Janitzio arriba,  
 el aire olía a acúmara, a tiruh,  
 a charalito  
 sacado apenas de la santa uiripu.  
 Saltó el día suicida al lago seminal  
 y azulverdeó con gran facilidad  
 el alma.  
 Lo feo eran las antenísimas  
 de los televisores  
 en la isla paupérrima —como que no—,  
 y la indiada de punkers.  
 Fue entonces que sonreí  
 porque tú eras feliz.  
 Ahí aplaudimos la vida,

nuestro tiempo tumigo,  
el tener tenernos entretiempos  
entrepiernas arriba.

Carnario lactador,  
cierto de ti, te espermó,  
y un soplo de morir pulsa la brama  
*oh, don del almo cielo*  
en tu pubis varón, de donde huelgo  
que sé que quiero,  
amores.

Hace un rato  
morí otra vez tu mocedad azul;  
todo tú eras azul,  
y yo, de azul mortal herido,  
besé tu boca y dijo: el mar.  
Me desahucias ahora,  
pero mañana  
me echaré boca abajo  
y serás tú quien empiece  
a morirme de nuevo  
el mar, el mar aquel  
de nocturnia y licor  
ensalivados.

Esta jugada debía empezar así:

*Pues bien, yo necesito...*

Ya para qué, animal,

de otro será de otro como antes de mis pesos,

y hubiera sido echada según plano,

en algún cuarto de motel en Jalapa,

y no fue de tal manera, teótiua.

Sin embargo, existen —puedo probarlo—

hoyos, datos, daños, cicatrices, agendas,

materias blanquecinas, moretones, aves que cruzan,

constancias, premeditaciones,

por las que emplazaríamos

nuestro próximo round

en el que G. perdería la muerte

y yo la vida.

Y sucedió que un día,

yo quise hacer poemas que envidiasen

los poetas eróticos, atávicos, erráticos,

antrófilos, esdrújotos, impertérritos,

edípicos, nácodos, te lamo el clitemnéstrico

capullo herida virgen chupa;

y los poemas hago

y ay, deshago la tanta luz que tuve fulminada,

mientras se pierde,

después del desencuentro,

aquel beso no dado.

¿Y en dónde quedé yo,  
en qué cama de cuándo,  
en cuál hotel profundo  
me quedé para siempre entre tinieblas?  
Ayer también me estuve,  
estoy disimulándome  
el penoso declive de mi vida,  
no puedo ser mi casa sin pensarte,  
me pongo mal, regreso hacia mí mismo,  
no me encuentro, recuerdo, porque es tarde,  
porque es triste,  
que en algún cuarto a oscuras  
debí olvidar. Oh, Dios, mi gafetito:  
"Payasito de Mierda"  
y G. no existe.



COUNTRY BOY  
(CRÓNICA DE XALCO...)  
1988





*gratitud a Octavio Campa Bonilla  
por su rollazo,  
y a Martha, su mujer,*

*para Sergio Magaña  
y José Manuel Álvarez  
incitadores,*

*a Noé Luna*



POEMAS POCHOLOCHALCAS  
UNO

Andarás como te plazca, piltontli,  
de equívoco en equívoco, *my baby*,  
también tus botas, tu cinturón, tu *levi's*,  
tu taparrabo *made in taiwan*,  
tu guitarra, tecuilontli,  
y tu aroma de otro antro;  
pero *me too*, a huevo,  
como me plazca,  
amándote sinrazón.

## TRES

Se estrella mi golpe enfurecido  
contra los que arrimaron a tu ombligo dientes de gula  
y luego se arrodillaron y te sorbieron  
oh yey tototltepulli;  
quiero volver a decir te amo  
pero ahora mismo me he cerrado la boca;  
en este mismo instante, itzcuincone, te,  
meto la mano en tu recuerdo,  
rescato tu memoria de rui señor,  
les escupo con ella y todo mi coraje  
y me siento a pudrirme en el beso final  
que no nos dimos;  
contra los semen teros de la vendimia,  
contra los transformistas del amor que no es el nuestro,  
contra los tenebrosos que talan los inermes omóplatos,  
los niños de limón *like you, so fool*,  
aquí me tienes, *country wayward*,  
dime que está a punto de olvidarme  
*well hung hung*  
que se salve quien pueda, *God damned*,  
*please.*

## SEIS

Cuando te conocí me dije:

WOW

*what a drink, my God.*

Y sigo borrachisísimo.

## SIETE

No es lo mismo táctame que apetéceme,  
*to move or not to move,*  
todo consiste en desnúdame y acométame,  
*smuggler,*  
éntrame con pulgadas de piel,  
mi loco,  
y alócame:  
*yeah.*

## NUEVE

Amor  
qué inquietud estar  
yo frente a ti  
*so excited* túrgidos amenazándonos no puedo más  
mejor me rindo  
esgrime el espermario que llevas alegre entre las piernas  
y márame con él  
*dead queen tell no tales*  
*no tales*  
*no no*  
*God save the Cock. Arghhh.*  
No es para tanto  
pero fingir la muerte  
duele.

## DOCE

En tu aldea, xochipiltécatl,  
donde las soterradas castañuelas,  
los madroños, los pelos, *spain, hipocrisy,*  
el chorizo, las alcaparras,  
y uno que otro retrato pedorreado  
fatalísimo de alfonso trece o pedro de alvarado,  
adornan todavía el caballito apolillado  
de santiago cortés, hernán apóstol  
o huitzilopochtli *chain,*  
y doce sectas regatean a Dios en el tianguis,  
ahmo qualli inin *God,*  
muéstreme otro mejor, no lo quisiera de la CIA,  
santoyo *hole* melo mamés *ass* calcáreo sobajón garrenbalde  
trujeano señor aiboites bicholini *envyingly,*  
son mercedes, consignas, apellidos, inclinaciones, malquereres,  
desvíos, pactos, deberes, chismeatoles, menesteres  
tan obvios aquí, como expender longana,  
requesón, trompa y orejas, *cheese,*  
embutidos, sobre todo embutidos,  
lengua, la imprescindible crema,  
y están sacristanía adentro  
persignando bragueta.  
Lo bueno es que tú te apellidas  
Satélite  
y yo  
ac yehuan,



ac yehual,  
ac yehuatli,

la alegría de papá,  
lailahel,  
yori.

## QUINCE

Venusto:  
en la Sierra de Puebla existen popolocas: la indiada;  
en Chalco: locas popó,  
las sueltas:  
Coyahuacaxanqui.  
Pero bien merecidas.

Así usted, atzitzicuilotl,  
queda inmortalmente  
cuitlayoyoli: merde;  
y usted también, Kicapuh,  
tzincualiztli,  
*I hate you,*  
mucho.

## DIECISÉIS

Ahora te llamas  
como yo siempre quise  
o como hubiera querido siempre que te llamaras;  
alguna vez te amé pero no era tu rostro,  
teníamos doce años, pero no era mi rostro,  
te llamabas Virgilio Óscar Leighton Ramiro Tetabuate;  
entonces oía cantar desde tu calor,  
desde tu persecución,  
a los fieles protestantes;  
recuerdo que había una voz de mujer  
subiendo y bajando las chimeneas de mi pueblo;  
zan yuh nenti in chichixtiuh noyollo  
y un coro alegre alegre diciendo algo del cielo,  
*beyond the sun I have a home*  
*a sweet pretty home beyond the sun,*  
pero no era tu rostro;  
ahora posiblemente haya una voz también  
y tú, pero ya no eres tú, eres otro  
y el coro habla del cielo pero de otra manera,  
y tu nombre es el mismo, Noahnoé cuicahua,  
como yo siempre quise que te llamaras,  
y te amo como a ti mismo,  
*yes,*  
*tatli,*  
*my country boy,*  
Amén.

## DIECINUEVE

Quiero que todos sepan  
que si no te esperaba  
te sentí, mi ñero, cuando estuviste  
hasta lo más adentro,  
sismo,  
tlaloli, nazo.  
*I am still trembling.*

*Wake up,*  
se vino el cuarto abajo,  
ximoquetza,  
tlahuanqui.

“Amo quinequi”.

## VEINTIUNO

He aquí esta huella acabadita de nacer:  
relámpago, ráfaga de lo que pienso,  
dedicada a los hombres perfectísimos,  
caníbales versados en política ranchera,  
en trampas, en codeos, en albures,  
de este pueblo sin tregua,  
*but no one loves me nonetheless,*  
mendrugo con más de quince años  
viviendo entre soplones.  
¿Por qué a pesar del tiempo transcurrido  
se castiga mi *flor y canto*,  
se señala mi curva,  
se apuesta mi cabeza?  
ya viejón, ay ojón, *old age of poetry like wine, you know,*  
todavía no acierto a comprender por qué;  
quizá por eso  
del apartheid papal: los primatídeos sentaditos allá,  
sentaditos acá los eunocojos; o el *Aids*,  
o el chauistlazo bíblicópata: no le harás al varón,  
o de estos nalgodederos y nalgogoleadores novoindígenas  
metemanís aldeano, que sobran, atropellándose,  
unos encima de otros,  
proliferando irreprimiblemente en el chousito arrabalero  
de este suburbio  
de la Gran Tenochtitlán, pero  
¿por qué mi flor y canto, mi tzintli, mi cabeza?

Ay Xalco, Xalco, ha pasado un entierro que puede ser el  
[mío,  
sigan deliberando. Va el golpeeeee.  
Paso. Golpeeee. Pasooooo.

En plena fiebre del Mundial  
 de luz me vi negado;  
 náufrago en la repleta oscuridad  
 diome entrevelas  
 entrometidamente genesiáco  
 invocar al Altísimo Réferi;  
 fue cuando llegaste tú:  
 empleado luzifuer,  
 que en luz y a fuerza  
 de entromentándotela: entrometísmela,  
 metiche,  
 que mi luz recobrásteme  
 y fuísteme  
 luzbelmente incrustado,  
 luego la tele se hizo.  
 Entonces,  
 viendo Jehová  
 que el futbol era bueno,  
 fructificó y multiplicó los equipos terrestres,  
 siendo la mañana y la tarde del día veintinueve  
 del mes sexto y el Señor dijo;  
 GOOOOOOOOOOOOL  
 y fui alumbrado, descostillado y cojo  
 Dios mediante.

## VEINTIOCHO

Me encontré entre el fusil y el paredón un día;  
del lado de disparar arteramente, biciclero:  
Chalco,  
del otro, yo,  
que todavía no entiendo por qué,  
tan lejos de mi suelo, desmadrado;  
cuando confié en los bueno vecinos  
se les botó la cuica;  
cuando fui querendón  
me echaron de los cuartos que me rentó  
la *chikpea face friend* la ínfima  
y se supo que era y sigue siendo  
bicha  
y que tragaba soledad  
y comprobé que fueron aletazos  
que cruzando el pantano cual debe se mancharon  
y su vuelo era chirris,  
mamona,  
*bye;*  
*now tlatlalcauilli*  
envejezco bien *softly*  
*quiet you know*  
imacaxoni  
*writing* el rollo  
de que me aguanto,  
porque no tengo amor,



desamante,  
*fucker*,  
auilnenqui...

Turón dirá:

pocho, cholo, chalca, pápagocaborca, cocotte,  
irreflexo, irrecontenso, vulgo:

Dionicio:

tenía que terminar así, no le publico.

Gonzalo: me es, me cae.

Fernando:

faltan cadaverísimos, los cuates,  
amigos, *friends*, cocoua, ñis, mis batos, ay, mis hijos.

Daniel:

poctli.

Lástima que seguimos bajo el signo de lejanía,  
distancia, *underhandedly*:

de lo contrario estaríamos

a esta hora bien wainos,

*drunk*

hasta atrás

leyendo estos poemas.

VEINTINUEVE

*Sleep, child, rest easy, baby,*  
*lie quiet, piltontli,*  
mientras me cambio  
de alma.

1985-1989

VERSIÓN CERCANA DEL TERCER TIPO  
DE ALGUNOS INDIGENISMOS

*Según de Arenas  
y Molina, N. Náhuatl*

- Piltontli*, Náhuatl, chavo  
*Tecuilontli*, N. el que se coge a otro  
*Yey Totoltepulli*, N. el verdugo  
*Itzcuinconetl*, N. escuincle  
*Chipahuac*, N. hermoso  
*Cuicapicque*, N. poetas  
*Xochipiltecatl*, N. el pue pertenece al linaje de las flores  
*Ac Yehuan*, *Ac Yehual*, *Ac Yehuatl*, N. de aquel, de aquellos,  
[de este  
*Metztli*, *Mextla*, *Metzua*, N. luna, lugar de la luna, el de  
[la luna  
*Teutli*, N. Príncipe, Señor  
*Mumuco*, del pápago (Sonora), estar enfermo  
*Tecoco*, N. que duele  
*Naniasha*, del zapoteco (Oaxaca), sabrosísimo  
*Coyahuacaxanqui*, N. guanga  
*Atzitzicuilotl*, N. el flaco y seco del agua, chichicuilete  
*Cuitlayoyoli*, N. zabandija de mierda  
*Tzincualiztli*, N. carcomido en el culo, con almorranas  
*Zan yuh menti in chichixtiuh noyollo*, N. sin darnos cuenta,  
[el corazón se aceda  
*Tatli*, N. papi  
*Ahuiani*, N. puta  
*Tlaloli*, N. temblor de tierra  
*Ximoquetza*, N. ya párate

*Tlahuanqui*, N. briago  
*Amo Quinequi*, N. no quiero  
*Mayahua*, N. el que tiene mayates  
*Tlatalcauilli*, N. desamparado  
*Ymacaxoni*, N. suave, tranquilo  
*Auilnenqui*, N. el cogelón  
*Cocoua*, N. enfermo  
*Cuicahua*, N. el de las canciones  
*Yori*, del yaqui: cara pálida, el blanco  
*Ahmo qualli inin Dios*, N. no me gusta este Dios  
*Tecuhtli*, N. caballero  
*Dzul*, del maya: caballero  
*Poctli*, N. humo

NAVEGACIÓN EN YOREMITO,  
1993



PARTE DO NO SE MUERE SINO QUE SE VIVE LA  
CRUDA SUERTE DE MATAR

Oy'ese, clarosojos,  
mano aferrada a mi cadera exigüa:  
esta piel que tú eres,  
liturgia humedecida a fuer de pidemele,  
luz de mi tacto loco,  
de mis ojos eléctricos,  
es la mi piel peguedesumbrá tuya,  
hecha este rito de saliva y queja—  
donde tu peso y tu tendencia empujan  
crótalos que hablan sí,  
zaeta en carne acarne,  
bálano tremolávido  
que entrando se derrite,  
reventazón que sale donde no hay salida,  
que duele peor, trenzados ejercicios  
cuando conducto, orgasmo, lactelumbra,  
viaje de espermas y niños desahuciados  
quedan amor, así, desconsolándose  
cortado ya el oficio de su vida.  
Oy'ese lince,  
súbita lazada, poseedor deleitoso,  
contado te he que agora sólo siento  
sabroso y tierno llanto,  
que me ha dejado tu ala numerosa  
en el vuelo infecundo de este cuarto.

AQUÍ SE DICE DE CÓMO SEGÚN  
ALGUNOS HOMBRES HAN COMPAÑA AMOROSA  
CON OTROS HOMBRES

De amor echele in oxo, fablel'e y allegueme;  
*non cabules*, —me dixo— *non faguite fornicio*;  
darete lecho, dixe, ganarás tu pitanza.  
La noche apenas ala, de cras en cras cuerveaba  
sus mozos allegándose a buscar la mesnada.  
Vente a dormir en mí, será poca tu estada,  
desque te vi me dixe, do no te tocan, llama,  
do te tocan, provecha, cualsequier se vendimia.  
Y “andó” —que es de salvajes—: anduvo, anduvo, anduvo;  
non podía a tod'ora estar allí arrellanado.  
El mes era de mayo, ansí su devaneo,  
la calor fermosillo fermoseaba su estampa.  
Más arde y más se quema cualquier que te más ame  
—le dixe—, folgaremos como'l fuego y la rama.  
Entonces preguntome —entendet la palabra—:  
*¿cuánto dáis?* y le dixe: cuanto amor te badaje,  
que el que ha los dineros siempre es de sy comprante,  
muestra la miembresía, non enseñas non vendes.  
Ay, vivo desdentonces empeñando la tynta  
y muchos nocharniegos afanes hame dados  
bien cumplidas las nalgas de aquestas culiandanzas.  
La cuerva noche arrea ovejas descarriadas.  
Yo pastoreo amores  
con aparejamiento.



DEL ARDOR QUE ME CONTESCE DESQUES LLEGADA  
LA PRESENCIA DEL MI AMADO

*"Descubre tu presencia  
y márame tu vista y hermosura,  
mira que la dolencia  
es dolencia de amor que no se cura  
sino con la presencia y la figura".*

*SAN JUAN DE LA CRUZ*

Hete aquí que ta anuncias  
transcurriendo de amor un no sé qué  
de bálsamos henchido;  
un ruiñeñor de ráfagas trigales  
ungüenta tus corolas;  
un címbalo de nardos elocuantan  
tu piel que se hace lunas con el tacto;  
en ti cunde jardín la chuparrosa;  
están brotando ámbares tus ojos,  
dicen el agua,  
escriben la paloma,  
nacen los vuelos párvulos del álamo.  
Hete aquí que ya vienes;  
no hay otra alternativa que tus labios,  
tus manos sabias que doró la huerta,  
tu destreza apetita,  
tu pecho  
que no he podido hartarme de besallo,  
y el bello tronco lampo en que se ahonda

la más felice noria del ombligo,  
y el monte más copioso, coronado  
de torre centinell puntiparada.  
Hete aquí que ya subes del camino,  
hete aquí que ya eres,  
que has llegado.

CANCIÓN DE AMOROSOS APREMIOS  
ESCRITA A LA USANZA DE LO QUE AGORA  
NO SE CONSIDERA

*"Salid al campo, señor,  
bañen mis ojos la cama,  
que también me será a mí  
sin vos, campo de batalla".*  
ROMANCERO, s. XVI.

Amor  
en donde el anca  
tormentadoramente se perturba;  
compaña  
que es pródiga en arrimos y me ciñe  
briosa de ensillamientos y dulzura,  
zagal  
d'un bel catar ferido,  
déjeme ya,  
que día toma riendas  
y el corazón amaina,  
tente, tente.  
Quede en hebras deshecho  
de arremeter menguado  
lo de entrambos.  
Porque vendrá la noche  
a donde bajas y entres  
ya tornado,  
 viniendo de los sotos el ganado  
al bajo son de tu zampoña ruda.

## NAVEGACIÓN EN YOREMITO

Incendio aguaesmeralda

el día funda

eucalipto pleamares

en el río.

De la heredad campestre sale a flote

el forestal velamen de los sauces.

Fuego sembrado en la humedad almáciga,

el sabor de la luz y el agua ardiente

maduran sol de espléndidas tilapias

en la milpa lumbrera del estanque.

Andar y navegar terrestrementemente

oleajes de la hoguera represada

y, mástiles al viento las higueras

los linajes del mar fundan en tierra.

Todo sucede así:

un río cormorán y un sol tumbado,

cosechar el delfín, arder el higo,

uvas de sol y yerbas de la espuma,

sonidos del membrillo, olores muelle

al acuífero fuego y aires dulces

en el silvestrecer de la colmena

y en el rústico arpón de la oriflama.

Muy sol está la mar de sed continua,

muy agua está la luz penefarola

en el ir y venir de tu cadera;

rema pues, maristerro,

nave de luz que soy rema  
y apágame;  
malherido me has y a pie,  
pastorgaleote;  
por vos es mi placer hortelamante:  
a remar me a remar, entanamientos,  
yo empezaré mi boca  
solmarina.

AL ÉSTER, ESTANDO SEGÚN ALGUNAS DICEN,  
COMO QUIERE

El éster, mi mancebo,  
alto de carnetrigo, miembros ópimos,  
cabeza agraz, purísima noticia,  
pelo duro y sentado y colorado,  
esbeltura de espigos aromosos,  
ojos claros de gato tras el vino,  
nariz breve, enfrenada, respingosa,  
boca en estadogozo embebecida,  
la maña y fuerza mucha y lujuricio,  
con el ávido oficio amenazante.  
Pescuezo como quiero, fructuoso,  
convidando a llegar a dulce trato,  
pecho para estar a lamer,  
ombligo oasis,  
brazos remeros de diestra mancebía,  
pies generosos,  
pernón loco de ascensos exprimillos,  
y mi temor del áspero enemigo  
las espaldas mordiendo  
con que el común deseo y alegrías  
de entres y salires de volunta;  
oy'ese liro, títuli,  
tan presto como aquesta venturanza,  
óyeme lo que digo, corrimiento  
de ver mi vida entre las cosas tuyas

más mortíferas siempre; y entretientes,  
aprenderé seguido.  
El éster, mi zagal,  
escucha siempre a los Yonics, Trileros, Caminantes,  
Invasores de Nuevo Li6n,  
y lee vaqueros de Marcial Lafuente Estefanfa;  
presume esa barba partida yoremita que su madre doña eva  
fermosa le pari6,  
y yo escribo esta gana de estar a solas hasta la tumba  
con 6l,  
mientras se baba jando el z6per de su Lee  
y se encabrona porque canta la Piaf y no Cornilius  
Reyn6us  
en el primer tel6n  
de la cat6strofe.

AQUÍ SE DICE DE CÓMO HA DE HACERSE  
LA ORACIÓN QUE TRAE AL ALMA CONSOLACIÓN  
DESPUÉS DE HABERSE IDO DESDEÑADO

Tirte allá, engañástesme,  
madásteisme a,  
pusístesme en cuidado y agora fallecístesme,  
volvido nos han  
y deseñástesme  
con la más fea holgando;  
mas non vos desdeñaré  
con bellido pájaro oscilando;  
non me lo toque ninguen.

Mientre,  
merenderades cú:  
lo traigo andado,  
que non soy de olvidar,  
non.

Rústico mío, mi agreste compañía,  
non me desamparedes ni de noche ni de día,  
contigo me acostaríais,  
tal en tal edad  
no se vió jamás,  
pero: ¿cuándo venís?  
o ¿monsiváis?



## CANTE DEL AMOR ANSÍ PERDIDO

*"Arrimárame a ti, yo congoxado;  
non me diste solombra,  
y quedesme debiendo vista y lengua;  
vida sin ti me da tanta tristura  
que ya jamás seré lo que solía".*

ANÓNIMO S. XXI

¿Por qué mis ojos, madre,  
hanze a llorar?

Ay. Ay.

Yoremito de cuerpo arrimoroso  
y de clavito mortal.

Ay, amor. Ay, amante  
que mi amor tiene.

Solecito  
del viejo pavo  
real.

Ay. Ay.

Meu corazón transido,  
cómo me duele recordar.

Aire de flor secreta.

Locura  
de aquel beso de párvulas corolas  
y jaguar.

Ay, amor. Ay, amante  
que amor mi amor bebía  
y ausente está.

¿Por qué mis ojos, madre,

hanze a llorar?  
Ay. Ay.  
En el aire camú  
de los olivos:  
su piel,  
niñez de la aceituna y el jacinto,  
su sonrisa de miel y pan.  
Ay, ay, que no  
su juventud de palomo ávido  
y apto para cantar,  
ay, ay,  
que no lo veo más  
mi bienquerido,  
dulce nombre,  
entrepierna de dátíl y almidón,  
sexo de anís y fragua,  
ay, ay,  
malpenadito me sepulto,  
ciego,  
que en él puse mi vida, madre,  
y en él que la perdí.

Hermosillo, Sonora.  
Octubre de 1992.

POESIDA  
1994



*Estáis muertos. Pero,*  
*¿En verdad estáis muertos,*  
*promiscuos homosexuales?*  
**MUERTOS SIEMPRE DE VIDA:**  
*Dice Vallejo,*  
*EL CÉSAR.*



## DESAZÓN

Cuando ya hube roído pan familiar  
untado de abstinencia,  
y hube bebido agua de fosa séptica  
donde orinan las bestias;  
y robado a hurtadillas  
tortilla y sal y huesos  
de las cenadurías;  
y caminado a pie calles y calles,  
sin nómina,  
levantando colillas de cigarros;  
y hubime detenido en los destazaderos,  
ladrando como perro sin dueño,  
suelo al cielo, mirando a los abastecidos.

Cuando ya hube sentido  
en pleno vientre el hueco  
requetrajado y yermo  
del hontanar vacío,  
y metido la mano a los bolsillos locos  
y, aún así, levantada la frágil ayunanza  
del alma en claro,  
me conformo, me he dicho:  
Dios asiste, y espero.

Cuando ya hube saboreado  
sexo y carne y entraña,

y vendido mi cuerpo en los subastaderos,  
cuando hube paladeado  
boca, lengua y pistilo,  
y comprado el amor entre vendimiadores,  
cuando hube devorado  
ave y pez y rizoma  
y cuadrúpedo y hoja  
y sentado a la mesa alba y sofisticada  
y dormido en recámara amurallada de oro,  
y gustado y tactado y haber visto y oído,  
me conformo, me he dicho:  
Dios asiste. Y camino.

Cuando ya hube salido  
de cárceles, burdeles, montepíos, deliquios,  
confesionarios, trueques, bonanzas, altibajos,  
elíxires, destierros, desprestigios, miseria,  
extorsiones, poesía, encumbramientos, gracia,  
me conformo, me he dicho:  
Dios asiste. Y acato.

Por eso, ahora lejos  
de lo que fue mi casa,  
mi solar por treinta años,  
mi heredad amantísima,  
mis palomas, mis libros,  
mis árboles, mi niño,  
mis perras, mis volcanes,  
mis quehaceres, la chofi,  
sólo escribo a pesares:



Dios me asiste.

Y confío.

Y de repente, el Sida.

¿Por qué este mal de muerte en esta playa vieja  
ya de sí moridero y desamores,

en esta costra antigua

a diario levantada y revivida,

en esta pobre hombruna

de suyo empobrecida y extenuada

por la raza baldía? Sida.

Qué palabra tan honda

que encoge el corazón

y nos lo aprieta.

Afuera, al sol,

jugueteen los niños,

agrio viento,

con un barco menudo

en mar revuelto.

## SLOGAN

Y, fue que, un día, el BUEN vecino  
estrenó la película, como un trigal en llamas:  
AIDS IS COMING/AIDS IS HERE;  
y uno ya no volvió a poder ser  
la familia de hierba de Walt Whitman:  
—¿me celebro a mí mismo y me canto a  
mí mismo?—  
*because to die for AIDS is different  
from what any one supposed.*  
sobrevino el terror,  
*the happy birthday of dear DEATH TRACY;*  
uno  
entonces,  
enamorado todavía de las cosas oscuras,  
tornó a mirar a su izquierda, a su derecha,  
detrás, al frente,  
queriendo ver espejos dónde tocar un rostro fértil;  
pero llegó algo que vino enemistando,  
desapartando y no es igual la vida:  
*because to die for AIDS is different  
from what any one supposed;*  
y devino el horror impenitente  
de que éramos muriendo o vamos a morir  
o estamos muertos  
y obstinamos: dead-drunk  
rock,

dead-end  
rock,  
deadfall  
rock  
deadly gone world  
rock,  
oh yeah,  
*but to die for AIDS is different*  
y ai' nos vamos, carnal  
haciéndonos poquitos,  
esfúmate, pass bye  
no chingues, puta muerte,  
*but to die for AIDS is different,*  
*like spit to olden olden God,*  
rock  
rock  
rock'n rolling,  
a pesar de aquel día.

Porque hubo días hasta la desvergüenza,  
donde fuimos *tan lúbricos*

*tan móviles*

*tan fértiles*

*tan plácidos*

*tan sórdidos,*

presuntos dueños del amor intemporal;  
porque hubo días en los que fuimos  
aquella mano que buscaba,  
y aquella otra mano que daba sobresaltos,  
y aquella breve mirada solándula y promiscua,

porque todo estaba tiempo de la pasión,  
y convivimos la cintura del canto,  
y no conocíamos piedras en el camino;  
pero hubo días en los que fuimos  
los únicos culpables  
de esta vieja batalla  
recientemente concluida,  
en la que no diré que te he perdido  
para siempre,  
sino que yo te amaba  
y he muerto.

## DUELO

Vengo a estarme de luto por aquellos  
que han muerto a desabasto,  
por los que rútilos o famélicos,  
procurando saciar su corazón o su hambre,  
cayeron en la trampa;  
eran flores de arena, papirolas,  
artificios de *bubble gum*, almas de azogue,  
veletas disotheque, aleteos, dispendio,  
pero eran también un alma, una palabra,  
un esqueleto de pan y sal,  
con rincones amables  
como el tuyo o el mío, compañero,  
un pensamiento hermoso o ruin,  
mas cosa como nosotros,  
hechos un haz de sangre todavía  
entre el verdor y el agua de la vida.  
Vengo a estarme de luto  
por aquellos  
que recibieron prematuramente  
su funeral de escándalo,  
su ración, su camastro, su obituario, velado,  
pero más por aquellos  
que, desde que nacieron,  
son confinados, etiquetados, muertos  
en sus propios rediles,  
herrados, engrillados a un escritorio oculto,

a un cubículo negro.  
Ah, caravana de las carcajadas,  
carne desamparada de la arcaica matanza,  
paredón de la pública befa,  
arrimaditos, amontonaditos  
en el muro del asco.  
Vengo a estarme de luto  
porque puedo.  
Porque si no lo digo  
yo  
poeta de mi hora y de mi tiempo,  
se me vendría abajo el alma, de vergüenza,  
por haberme callado.

Qué natalicio nuevo de la ausencia,  
qué grave el día,  
qué turbio el sol  
apenitas ayer abeja de oro,  
qué viento de crueldad este domingo,  
qué pena.  
Pero está bien;  
en este mundo todo está bien:  
el hambre, la sequía, las moscas,  
el apartheid, la guerra santa, el Sida,  
mientras no se nos toque a Él;  
Ese no cuenta,  
simplemente está Allá,  
loco de risa,  
próspero de la muerte,  
agosto.

## RETRATOS

Éste era Lesbia Roberto.

Quería ser estrella como Lola Beltrán.  
Era muy jovencito cuando le revelaron  
que estaba muerto de  
"qué vergüenza de la familia";  
fue cuando vivió para ya no contarle  
y se hizo rico sintiéndose Mae West  
en su bar de Los Ángeles,  
asediado de pochos, de negros,  
de narcos salvadoreños,  
de muerte.  
Hasta que dio con Ella.

Éste era Pájara Gustavo.

Fue profesor de educación primaria  
y tuvo el alma de cristal (soplado),  
por eso lo corrieron de trabajar;  
hizo versitos, coronas para muertos,  
vales para quinceaños;  
rezaba novenarios,  
hablaba solo con la Virgen María,  
se le apareció El Diablo,  
y una mañana  
lo descubrieron tieso, con el alma trizada,  
en libertad de alcohol y de tabaco,  
amoratada pájara tucana,

alma de Dios,  
salvada de sin amor, de sin calor  
humano. Ni divino.

Éste era Daniel L'amour:  
trabajaba el grabado con escasa fortuna;  
padeció bajo el poder terrible de Olga Guillot  
y Concha de Villarreal, dos ángeles hermanos;  
como amiguísimo era un padre, Tatena,  
se las partía por uno  
o con uno cuando no había más.  
Compró un lote silvestre  
porque siempre anheló levantar una casa,  
para que los amigos fuéramos a seguirla  
el sinfín de semana;  
leal a su muerte, frustrado,  
ahora ocupa un lote bajo tierra,  
y sus amigos, en pleno seguimiento  
sin Tatena La Morgue,  
muerto en la peda augusta,  
de rabia,  
un sinfín de semana.

Ésta era Sarito:  
no el criado de Rosalina  
la novia puertorriqueña de Juan Ramón,  
sino esta hombrembra de picapleitos  
y promotora de "vencidas",  
mujer de pelo en pecho,  
cantante de ranchero



que a las mujeres más bonitas se llevaba,  
y éstas sus compinches:  
Odilón, Isabel de los Ángeles,  
Mi General Zeta, Feyamira,  
la fanfarronería, el *splendor*  
de *old mexican movie*,  
con señas muy visibles de varones,  
con ostentosos entrecejos de soldados rasos,  
con cicatrices de haber ido a trabajos forzados,  
con alebrestos de Juan Tenorio de jaripeo,  
ásperas oropéndolas de la "madriza"  
nacidas para perder.  
Se le dijo bien claro: Pelotón, marcha atrás;  
pero tomaron sus mazos, sus cascós,  
sus cadenas, sus bragueros,  
sus áspides,  
y partieron al Frente,  
dejando novias llorando,  
llorando  
la despedísima.

Éste fue Braulio Ayeres  
que, de la noche a la mañana,  
contrajo, de raíz,  
magnolias de consunción,  
que consiguió ver despojos  
de haber dado fragancia,  
impávidos rescoldos de haber pasado por el fuego  
y de no haberse hecho santo,  
constancia de no haber sido

como pudo ser  
su personaje inolvidable,  
pavesas de haberse dado holgadamente  
a la desventuranza,  
indicios de que una vez probó,  
delicuescentemente,  
la miel sobrada del amor,  
pruebas irrefutables de mala suerte  
y mala muerte  
en la tenebra del hospital.

Éstos eran Bartolito, don Chuy, Lolo,  
Estrellita de Enero,  
decadensos mariquitas de lonchería,  
chapeteaditos de escarnio,  
viejérrimos,  
siseando placer  
a los hombres que venían del mar  
de las pizcas.

Éstos eran Leticia, Salomón, la Yetis,  
alebrestados jotitos de prostíbulo,  
añorando la muerte piernasarriba  
de las putas,  
mordisqueando sus sombras,  
sus curvas, sus cosméticos,  
imitando sus zafios cadereos,  
copiando en los espejos  
sus miradas afroides,  
espionando por las rendijas de los muros de Jericó

la brutal ceremonia,  
desafanándose de la calentura y extorsión  
en las braguetas de la policía.

Éstos eran Chiquita y Juan Manuel,  
modelitos de oficina,  
acicalándose en el baño de damas;  
y Apolinia: la chic,  
Pola Negri de arrabal, atragantada  
de morder su nariz donde atracaba  
el velero mayor de la comarca.

Éste era Jesús, el revelado;  
tuvo diez hijos a la luz pública  
y era pastor de evangelizaciones,  
pero de noche  
era Herodías, Dalila, Semíramis, Astarté,  
y danzaba entre velos y címbalos y coros de mancel  
que palmeaban mucha ropa pelo pelos  
aleluya aleluya  
en la iglesia sodómica.

Éste era Abigael, perplejo:  
zurcía, bordaba, jugaba con muñecas,  
cantaba, amargo, descreído de Dios.

Oh travestis casi perfectos de los carnavalitos,  
oh vedettes culimpinados de los gimnasios,  
oh locorronas de las sacristías,  
oh pobrecitos de aldea

apedreados por el vecindario,  
cercados por los perros,  
ahorcados y quemados en la noche sin tregua;  
Oh Rubén de la eterna noche de mi desconsuelo  
bebiendo, tronándotelas, de a soledad,  
soportando una esposa que no pediste,  
echando paliacate con el lechero,  
en sartén con el velador, pinicuchado,  
de a rápido;  
oh Alejandro malvada  
vistiéndote de madrota  
porque estabas refeo,  
oh damas caballeros de la fosa común:  
por ellos supe, de niño  
lo que quiere decir ese mote quemante,  
palabra lapidaria  
que escuché muchas veces por la vida  
y que aún zumba el tímpano:  
entremedio,  
lucisombra,  
cachagranizo,  
leandro;  
por eso sé que  
ahora sé  
qué canto.

Ven, madre y hazme decir:

*jarrito de rojo barro en que tomo mi café  
te quiero tanto jarrito que nunca te romperé,  
levántame del polvo de tus huesos,*

de tu palabra final de expiración  
que no escuché,  
levántate de tu vestido que guardo  
para ponérmelo un día de total abandono,  
ya deja que no te sueñe a diario,  
y ven otra vez en la derrota de estar sin  
derrotada otra vez,  
madre con hijo así, maravi  
llosa,  
y cántame con aquella voz tuya, tipluda, delgadita:  
que no es necesario que cuando tú pases  
me digas adiós,  
porque no estaré.

Por ahí andaré  
sorteando la corriente, tristecito,  
tratando de vivir lo que me diste  
en el clamor baldío.  
Por ahí andaré, tierra de ciegos,  
con el ojo del tuerto  
para lo que hay que ver.

Cuando el alba aletee otra vez  
y vuelva al mundo la claridad,  
y quizá yo no exista,  
y los jóvenes asuman nuevamente  
la fuerza comosea del amor  
en el sexo cualquiera,  
y el AIDS sea un slogan de los ochentas,  
habré de ver qué digo

de donde esté:  
Lázaro resucita cada día  
ente los minerales del estiércol,  
y la paloma de la masacre  
volverá a hacer pichones  
bajo el cielo.

## ABIGAE BOHÓRQUEZ: LA MULTIPLICIDAD DE LAS RUTAS

Abigael Bohórquez publica desde antes de que yo naciera. Hablar de él es como si Vinny Castilla quisiera hacer lo mismo con Beto Ávila, guardada la distancia entre estos tres *bíbligueros* y yo, humilde "poeta del llano" y la barriada.

Bohórquez es un gran poeta regional, si por región entendemos nuestra realidad más próxima que es latinoamérica. No tengo la menor duda de que es un gran poeta hispanoamericano. Poeta en activo al que le viene chica la región geográfica y literaria.

Uno lo ve bajándose del camión o del pesero: gorrita beis, enmezclillado; ahora le ha dado por usar botas "Texa Style", o "Del Torito", para explicarme mejor. Eso sí, muy de guayabera y bolsa de mandado llena de libros y fotos y folders, en la que suele guardar unos chilitos serranos frescos, por aquello de las comidas afuera, o a la hora del "lonchi" *bajo la sombra de un pirul*, como dice la canción. Para mí eso es un poeta: quien va con sus versos pegados a él, y aún son sus cómplices a la hora de disimular el picante, sin albur.

El poeta Abigael Bohórquez no se la acaba. Enseña, publica, colabora, cocina, escribe, redime jóvenes convictos, etc. Y todo "a patín"; no cabe duda, es un hombre de *multirutas*. He aquí lo que admiro de Bohórquez: la multiplicidad de las rutas. Pero poeta desconocido, poco

frecuente, escasamente aparece en antologías, Abigael Bohórquez se resistió a morir literariamente, su poesía aguantó la intolerancia y el olvido, la presunción estética de los literatos y la crítica en México. Sólo sus amigos poetas cocodrilos y cronopios alentaron la publicación de sus libros y obras de teatro.

Poco usual su registro poético en la lírica mexicana, dado a partir de la irreverencia ante el Gran Tema y en una actitud lúdica con el lenguaje, un ansia experimental y broncudada dispuesta para asustar y conmovernos. De igual manera, en el ámbito local, la poesía ha saltado del adorno de quinceañeras y niñas bonitas, a una actividad intelectualmente cursi, a un grito desaforado desde las cantinas y los talleres literarios, hasta una comprensión, tímida y provinciana, como oficio legítimo. Aquí Bohórquez también es un extraño y un raro: su literatura se brinca las trancas de lo fácil y acostumbrado.

La poesía de Abigael Bohórquez es sexual. No erotiza, coge en el sentido amoroso de la palabra. Canta, alienta el amor sin abismos ni límites mojigatos: *¿Por qué no decirlo si en la vida son tan pocos los actos verdaderos?* Así, su aliento alcanza los motivos trascendentes para todos: la muerte como dolor y esperanza, donde se dan los aposentos de la amistad y el respeto por la vida, el rebane, el coto y el coito y la embichada realidad de las ausencias; se explayan el coraje y la rebeldía para aterrizar con fuelle y pasión en los hechos de la vida que se calcina en el tizón que emana del (uro) gallo del poeta Raúl Garduño o reviven en el grito borrachísimo de Miguel Guardia contra los literatíputos y los mamfloros de la cultigrilla y la leperatura.



Las palabras de Abigael son como el bacanora: se sorben despacio hasta que la embriaguez las automatiza con los espasmos del reventón y del azote. Es el ritmo el elemento central de su poesía que habla de la heredad de siglos, filibustera y heroica, de estar vivo, pataleando y moviendo la cola en la calle, la oficina, el depa o en hoteles y buhardillas, lugares sagrados de los misteriosos y los *máyatls*, bebedores de lactancias y furores; arrojados sobre el vórtice de sí mismos, al fin soñadores, incitadores, seductores, broncas aves en los aleros de la madrugada y lo oscuroito: *...yo que llegué esta noche de recorrer amores, salgo a llorar escombros, catástrofes, olvido.*

Francisco Luna  
Hermosillo, Sonora, 1995.



# ÍNDICE

NOTA: D.M.	9
LAS AMARRAS TERRESTRES DE ABIGAIL BOHÓRQUEZ	
DIONICIO MORALES	12
FE DE BAUTISMO 1960	62
LLANTO POR LA MUERTE DE UN PERRO	65
MADRE, YA HE CRECIDO	69
CARTA A SOFÍA DESDE AYER	74
ELEGÍA DE PRIMER INGRESO	77
ACTA DE CONFIRMACIÓN 1966	81
DEL OFICIO DE MADRE	85
CARTA ABIERTA A LANGSTON HUGHES	88
DEL OFICIO DE POETA	94
ACTA DE CONFIRMACIÓN	102
CANCIÓN DE AMOR Y MUERTE POR RUBÉN JARAMILLO	
Y OTROS POEMAS CIVILES 1967	107
CANCIÓN EXALTADA A CLAUDIO AQUILES DEBUSSY	111
PALABRAS POR LA MUERTE DE SILVESTRE REVUELTAS	115
CANCIÓN DE AMOR Y MUERTE POR RUBÉN JARAMILLO	122
LAS AMARRAS TERRESTRES 1969	129
LAS CANCIONES POR LAURA	133
CANCIONES DE SOLEDAD PARA NO ESTAR TAN SOLO	157
LAS CANCIONES POR ALEXIS	167
POEMITA	180
MEMORIA EN LA ALTA MILPA 1975	181
NOCHE NOCHE	185
CLAVE DEL VINO	190
MILPA ALTA'S BLUE	191
TLÁHUAC	198
CONTRACANTO	199
VIEJAS POSTALES QUE APENAS EN EL CORAZÓN SE HALLAN	200

AGUSTÍN (NOTICIA DE MUERTE CON LA QUE SE CONSTERNA UN CUATE, AL ESCUCHAR POR LA RADIO, VELORIO, PASIÓN Y SHOW CON EL CADÁVER DE AGUSTÍN LARA QUE MURIÓ DESPUES DE FUNDAR UN HUERTO)	204
CRÓNICA DE EMMANUEL	209
FINALE	212
DIGO LO QUE AMO 1976	213
PRIMERA CEREMONIA	219
CARGO	222
APREHENSIÓN	223
DESCARACIÓN PREVIA	224
RECONSTRUCCIÓN DEL LECHO	226
CUERPO DEL DELEITE	227
ENCHUFE	229
CAREO	230
TLAMATINI	231
REINCIDENCIA	233
SAUDADE	235
DESIERTO MAYOR 1980	239
EXORDIO	243
CONFIRMACIÓN	245
RECONCILIO	247
MEMORIA	250
ANÉCDOTA	253
CANTO	255
VUELO 922 SOBRE EL DESIERTO	260
NOCTURNO	263
ENVÍO	265
PODRIDO FUEGO 1985	267
LA TIERRA PROMETIDA	271
LOS DULCES NOMBRES	276
APOSENTARIO	289
APOSENTO I. JESÚS ARELLANO	291
APOSENTO V. EFRAÍN HUERTA	296
APOSENTO VI. MIGUEL GUARDIA	299
B.A. Y G. FRECUENTAN LOS HOTELES 1988	301

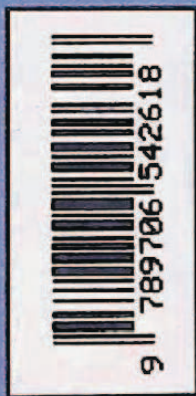
DICEN QUE EN LOS HOTELES	305
ME ERA SENCILLO ESTAR MASTURBOFÓSIL, VOLUPTUOFÓSIL	306
JUGOSA MORDEDURA	308
QUÉ COSA EL ESCRIBIR DESPUÉS DE HABER	310
G. PEQUEÑO DE ESTATURA, GOLOSO, RATÓN TIERNO	312
DONDE LA FURTIVIDAD SOLAPA	314
AMOR:	316
MIENTRAS EL AUTOBÚS PERSIGUE EL DÍA VENIDERO	317
ERA VERDAD AQUEL SILENCIO, AMOR;	318
ESTE CUARTO TIENE CAMA DE PIEDRA,	319
G. COLECCIONA LLAVEROS	320
YO NO PUSE EL ANZUELO	321
CARNARIO LACTADOR,	323
ESTA JUGADA DEBÍA EMPEZAR ASÍ:	324
COUNTRY BOY (CRÓNICA DE XALCO...) 1988	327
POEMAS POCHOLOCHALCAS	331
UNO	331
TRES	332
SEIS	333
SIETE	334
NUEVE	335
DOCE	336
QUINCE	338
DIECISEIS	339
DIECINUEVE	340
VEINTIUNO	341
VEINTISIETE	343
VEINTIOCHO	344
VEINTINUEVE	346
VERSIÓN CERCANA DEL TERCER TIPO DE ALGUNOS	
INDIGENISMOS	347
NAVEGACIÓN EN YOREMITO 1993	349
PARTE DO NO SE MUERE SINO QUE SE VIVE LA CRUDA	
SUERTE DE MATAR	351
AQUÍ SE DICE DE CÓMO SEGÚN NATURA ALGUNOS	
HOMBRES HAN COMPAÑÍA AMOROSA CON OTROS HOMBRES	352

DEL ARDOR QUE ME CONTESCE DESQUES LLEGADA LA PRESENCIA DEL MI AMADO	353
CANCIÓN DE AMOROSOS APREMIOS ESCRITA A LA USANZA DE LO QUE AGORA NO SE CONSIDERA	355
NAVEGACIÓN EN YOREMITO	356
AL ÉSTER, ESTANDO SEGÚN ALGUNAS DICEN, COMO QUIERE	358
AQUÍ SE DICE DE CÓMO HA DE HACERSE LA ORACIÓN QUE TRAE AL ALMA CONSOLACIÓN DESPUÉS DE HABERSE SIDO DESDEÑADO	360
CANTE DEL AMOR ANSÍ PERDIDO	361
POESIDA 1994	363
DESAZÓN	367
SLOGAN	370
DUELO	373
RETRATOS	375
EPÍLOGO: ABIGAEL BOHÓRQUEZ: LA MULTIPLICIDAD DE LAS RUTAS, FRANCISCO LUNA	383

*Las Amarras Terrestres, Antología poética (1957-1995)*, número 131 de la colección Molinos de Viento, se terminó de imprimir en el mes de junio de 2000 en los talleres gráficos del Departamento de Publicaciones de Rectoría General, se tiraron 1000 ejemplares sobre papel cultural de 90 gr. en tipo garamond de 8, 9, 10, 11, 13 y 18 pts. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dionicio Morales. Formación: Ma. Isabel Cervantes Juárez.

"Bohórquez es el primer poeta importante que da el Norte... México tiene en este joven a un poeta extraordinario", declaraba Carlos Pellicer a principio de los años 60. Y no se equivocó. Abigael Bohórquez, a pesar del silencio crítico urdido a su alrededor, de la ignorancia, del menosprecio hacia su obra, pero también de su escaso sentido editorial, es uno de los poetas más originales de la segunda mitad del siglo XX —no sólo dentro del contexto de la literatura mexicana—. Su sed desértica (Caborca, 1936-Hermosillo, Sonora, 1995) encontró las aguas torrenciales en el soberano oficio de la poesía, en la que resaltan su amorosísima y humana ansiedad por el destino del hombre, el desenfadado espíritu crítico que alcanza cimas corrosivas, su noble antiimperialismo, el delirante gozo de las varoniles urgencias terrenales de su asumienda condición en el amor que ya puede gritar su nombre, su infinita ternura hacia las cosas y los seres olvidados de Dios, entre otros amplios registros. Su obra poética es un extraordinario trozo de vida —porque nunca puede abarcársela toda— que pide a gritos, por derecho propio, su lugar dentro de la literatura de nuestro tiempo.

Dionicio Morales



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA